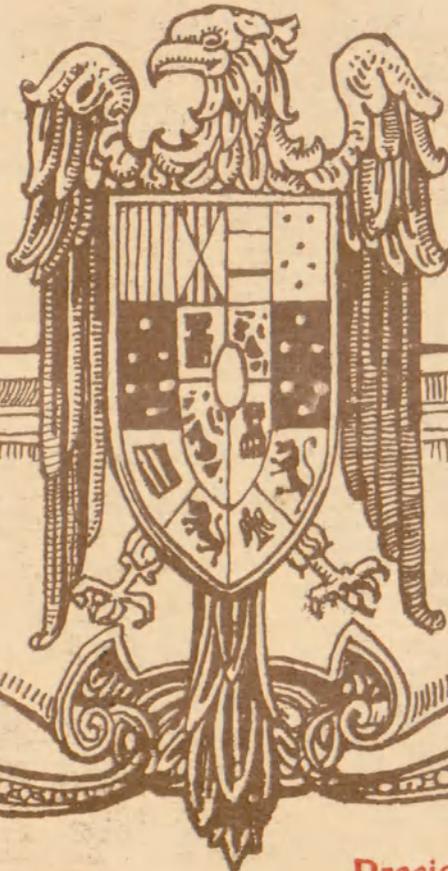
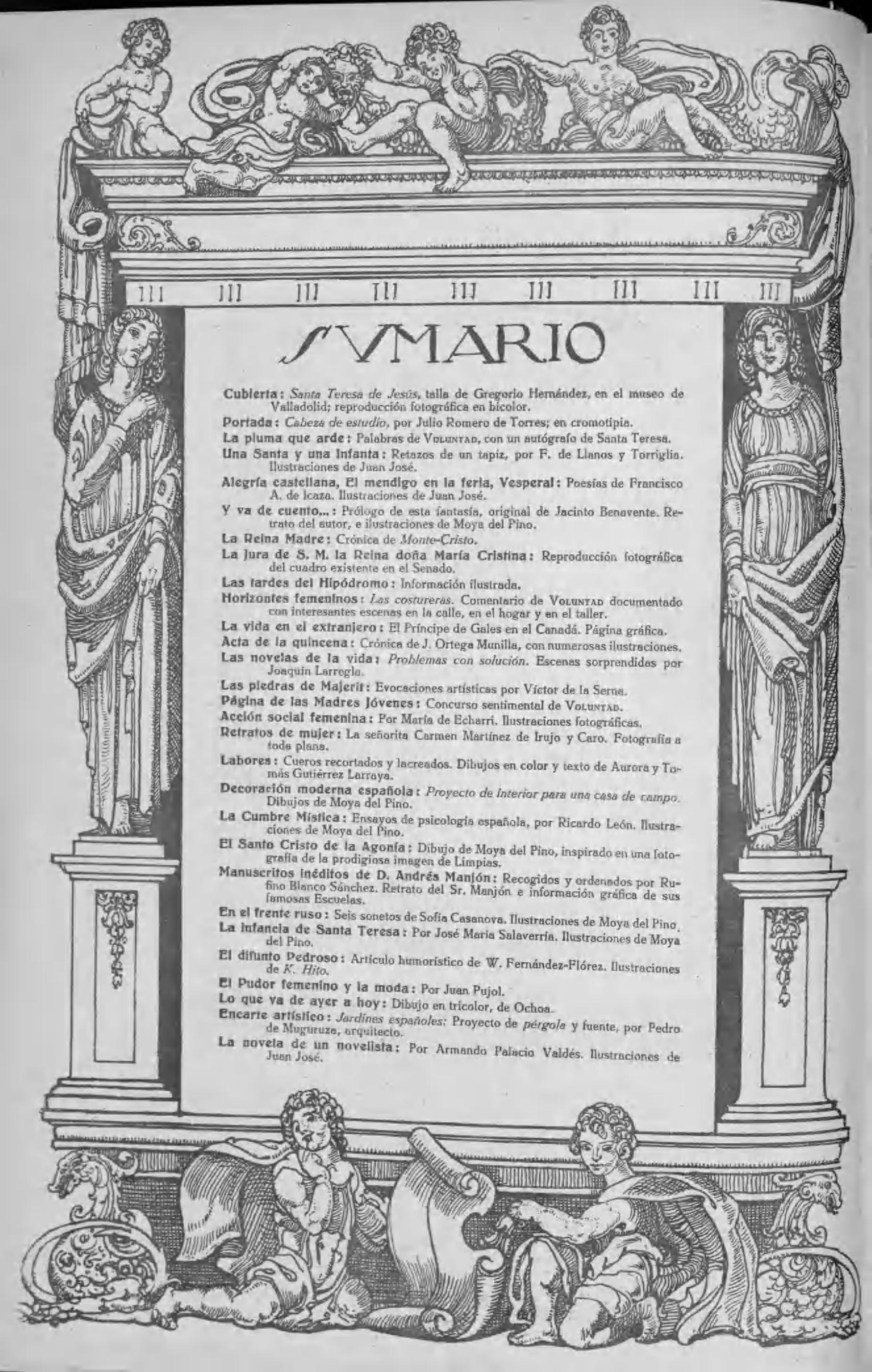


VOLENTAD



Núm. 2.

Precio: (En España . . . 2.00 pesetas.
(En el Extranjero . 3.50 »



SUMARIO

- Cubierta:** *Santa Teresa de Jesús*, talla de Gregorio Hernández, en el museo de Valladolid; reproducción fotográfica en bicolor.
- Portada:** *Cabeza de estudio*, por Julio Romero de Torres; en cromotipia.
- La pluma que arde:** Palabras de VOLUNTAD, con un autógrafo de Santa Teresa.
- Una Santa y una Infanta:** Retazos de un tapiz, por F. de Llanos y Torriglia. Ilustraciones de Juan José.
- Alegría castellana, El mendigo en la feria, Vespéral:** Poesías de Francisco A. de Icaza. Ilustraciones de Juan José.
- Y va de cuento...**: Prólogo de esta fantasía, original de Jacinto Benavente. Retrato del autor, e ilustraciones de Moya del Pino.
- La Reina Madre:** Crónica de *Monte-Cristo*.
- La jura de S. M. la Reina doña María Cristina:** Reproducción fotográfica del cuadro existente en el Senado.
- Las tardes del Hipódromo:** Información ilustrada.
- Horizontes femeninos:** *Las costureras*. Comentario de VOLUNTAD documentado con interesantes escenas en la calle, en el hogar y en el taller.
- La vida en el extranjero:** El Príncipe de Gales en el Canadá. Página gráfica.
- Acta de la quincena:** Crónica de J. Ortega Munilla, con numerosas ilustraciones.
- Las novelas de la vida:** *Problemas con solución*. Escenas sorprendidas por Joaquín Larregla.
- Las piedras de Majerit:** Evocaciones artísticas por Víctor de la Serna.
- Página de las Madres Jóvenes:** Concurso sentimental de VOLUNTAD.
- Acción social femenina:** Por María de Echarrí. Ilustraciones fotográficas.
- Retratos de mujer:** La señorita Carmen Martínez de Irujo y Caro. Fotografía a toda plana.
- Labores:** Cueros recortados y lacreados. Dibujos en color y texto de Aurora y Tomás Gutiérrez Larraya.
- Decoración moderna española:** *Proyecto de interior para una casa de campo*. Dibujos de Moya del Pino.
- La Cumbre Mística:** Ensayos de psicología española, por Ricardo León. Ilustraciones de Moya del Pino.
- El Santo Cristo de la Agonía:** Dibujo de Moya del Pino, inspirado en una fotografía de la prodigiosa imagen de Limpias.
- Manuscritos inéditos de D. Andrés Manjón:** Recogidos y ordenados por Rufino Blanco Sánchez. Retrato del Sr. Manjón e información gráfica de sus famosas Escuelas.
- En el frente ruso:** Seis sonetos de Sofía Casanova. Ilustraciones de Moya del Pino.
- La infancia de Santa Teresa:** Por José María Salaverría. Ilustraciones de Moya del Pino.
- El difunto Pedroso:** Artículo humorístico de W. Fernández-Flórez. Ilustraciones de K. Hito.
- El Pudor femenino y la moda:** Por Juan Pujol.
- Lo que va de ayer a hoy:** Dibujo en tricolor, de Ochoa.
- Encarte artístico:** *Jardines españoles: Proyecto de pérgola y fuente*, por Pedro de Muguruza, arquitecto.
- La novela de un novelista:** Por Armando Palacio Valdés. Ilustraciones de Juan José.



"VOLUNTAD" ② ② ② ②

A SUS AMIGOS Y LECTORES



N EXITO FORMIDABLE, CALUROSO, RAPIDISIMO, HA CORONADO los esfuerzos de VOLUNTAD. Agotada velozmente en Madrid, a las pocas horas de salir a luz, casi toda la edición del primer número, apenas quedaron ejemplares para servir al público de provincias, y ni uno solo pudo mandarse al extranjero.

Nunca pudimos sospechar un triunfo semejante. Los cálculos más optimistas, los que cifraban el máximo límite de la nueva publicación, allá en lo porvenir, en miles copiosos de ejemplares, han sido espléndidamente superados antes de ir a las prensas este segundo número. Y fué preciso, con urgencia apremiante, disponer una gran reedición para Provincias y América.

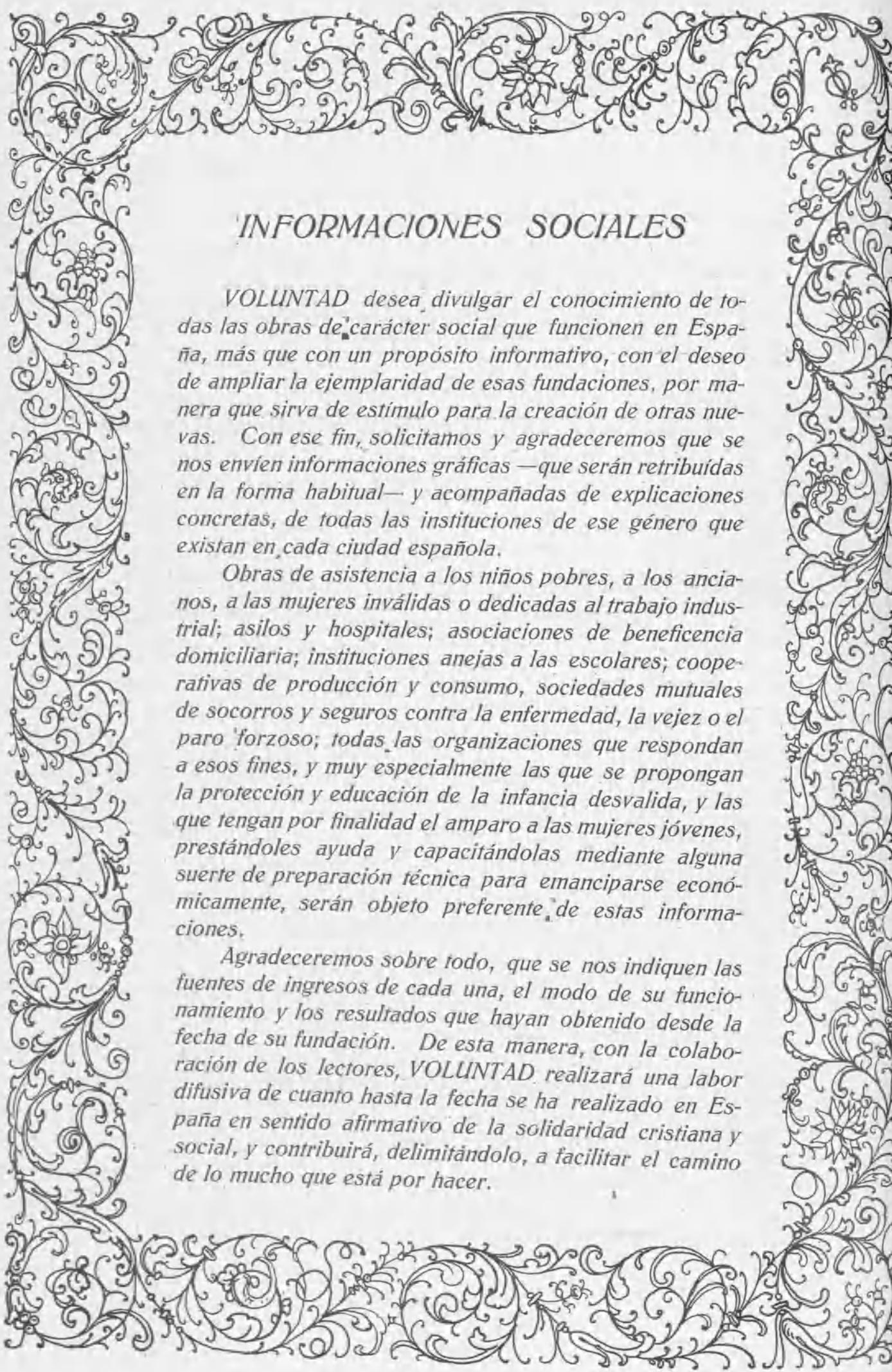
No ya los que juzgaban arriesgado, cuando no estéril, el esfuerzo material y moral de una empresa romántica, sin fines de exhibición ni de lucro, fiada únicamente a los eternos ideales del alma española; no ya los que creían imposible el éxito feliz de una Revista de índole espiritual, de enorme costo, sin atractivos malsanos, sin concesiones a la frivolidad ambiente; nosotros mismos imaginábamos harto difícil lograr una acogida tan espontánea y cordial.

Lo declaramos así, no por orgullo ni vanagloria, sino para excusar en primer término las naturales deficiencias de nuestra labor, dichosamente abrumada por el triunfo; para disculparnos también ante los numerosos corresponsales y suscriptores que aun no recibieron sus pedidos, y sobre todo, lo declaramos en elogio, gratitud y homenaje del gran público español, cuya capacidad intelectual y económica, digan lo que gusten los pesimistas, da tan gentiles pruebas de esplendidez y pujanza.

Nos sería muy grato señalar aquí, si no fuera imposible, la muchedumbre de fervorosas adhesiones con que todas las clases sociales acompañan y estimulan los primeros pasos de VOLUNTAD, mas sí haremos singular mención del rasgo generoso de SS. MM. los Reyes de España y su Real Familia, que se han dignado presidir las listas de suscripción de VOLUNTAD.

Estos puros y nobles alientos son la más firme garantía de nuestra futura labor: con el auxilio divino y tan cordiales simpatías humanas, procuraremos que la Revista, cuyos primeros números ensayamos, llegue a su plena madurez y logre la perfección posible, la eficacia total, la unidad y armonía de todos sus pormenores, la honesta y encumbrada belleza de sus altísimos ideales.

VOLUNTAD

A decorative border with intricate floral and scrollwork patterns surrounds the text. The border is composed of repeating circular and scroll motifs, creating a frame for the central content.

INFORMACIONES SOCIALES

VOLUNTAD desea divulgar el conocimiento de todas las obras de carácter social que funcionen en España, más que con un propósito informativo, con el deseo de ampliar la ejemplaridad de esas fundaciones, por manera que sirva de estímulo para la creación de otras nuevas. Con ese fin, solicitamos y agradeceremos que se nos envíen informaciones gráficas —que serán retribuidas en la forma habitual— y acompañadas de explicaciones concretas, de todas las instituciones de ese género que existan en cada ciudad española.

Obras de asistencia a los niños pobres, a los ancianos, a las mujeres inválidas o dedicadas al trabajo industrial; asilos y hospitales; asociaciones de beneficencia domiciliaria; instituciones anejas a las escolares; cooperativas de producción y consumo, sociedades mutuales de socorros y seguros contra la enfermedad, la vejez o el paro forzoso; todas las organizaciones que respondan a esos fines, y muy especialmente las que se propongan la protección y educación de la infancia desvalida, y las que tengan por finalidad el amparo a las mujeres jóvenes, prestándoles ayuda y capacitándolas mediante alguna suerte de preparación técnica para emanciparse económicamente, serán objeto preferente de estas informaciones.

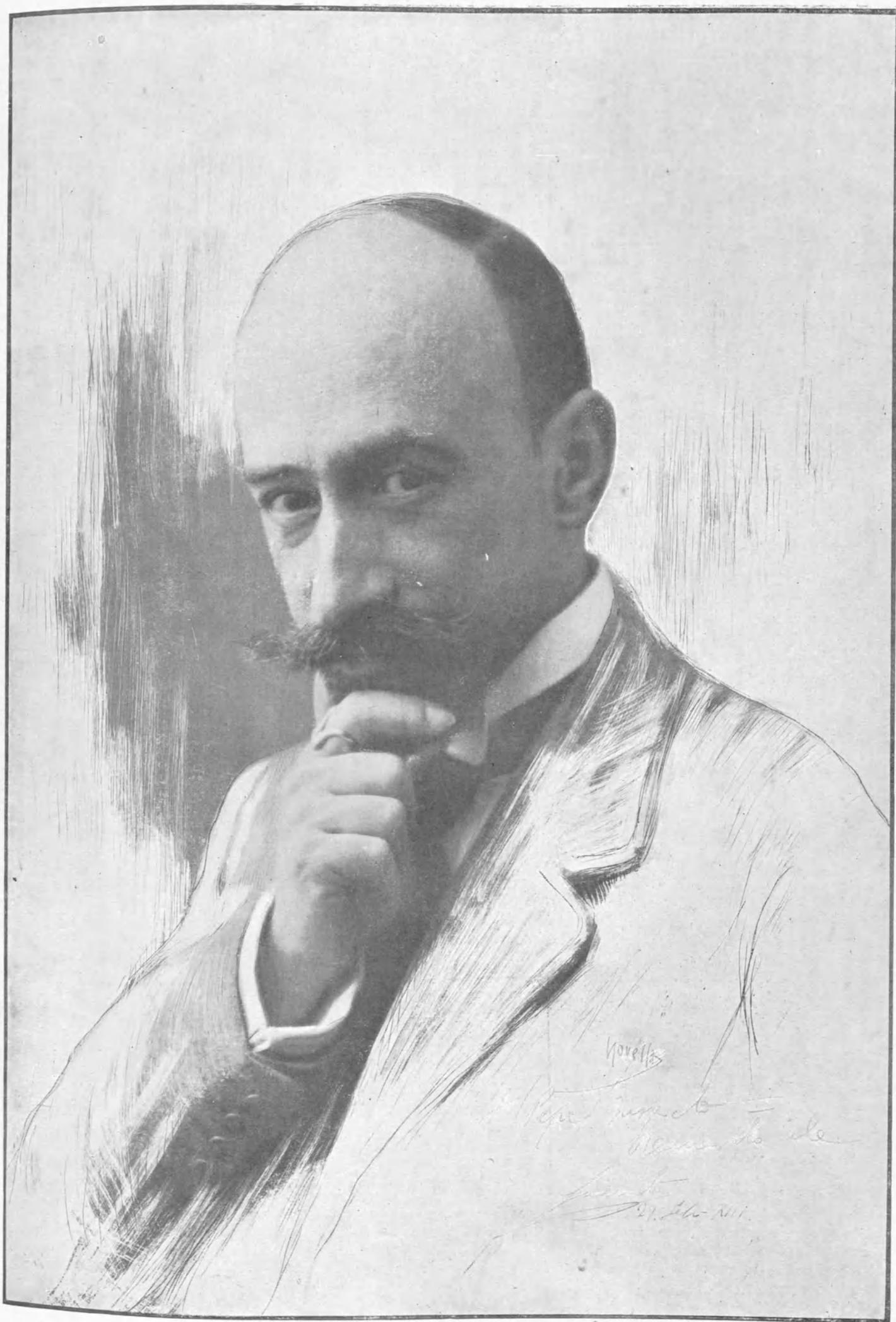
Agradeceremos sobre todo, que se nos indiquen las fuentes de ingresos de cada una, el modo de su funcionamiento y los resultados que hayan obtenido desde la fecha de su fundación. De esta manera, con la colaboración de los lectores, *VOLUNTAD* realizará una labor difusiva de cuanto hasta la fecha se ha realizado en España en sentido afirmativo de la solidaridad cristiana y social, y contribuirá, delimitándolo, a facilitar el camino de lo mucho que está por hacer.

Madrid, día de Todos los Santos, 1919



CABEZA DE ESTUDIO

Julio Romero de Torres

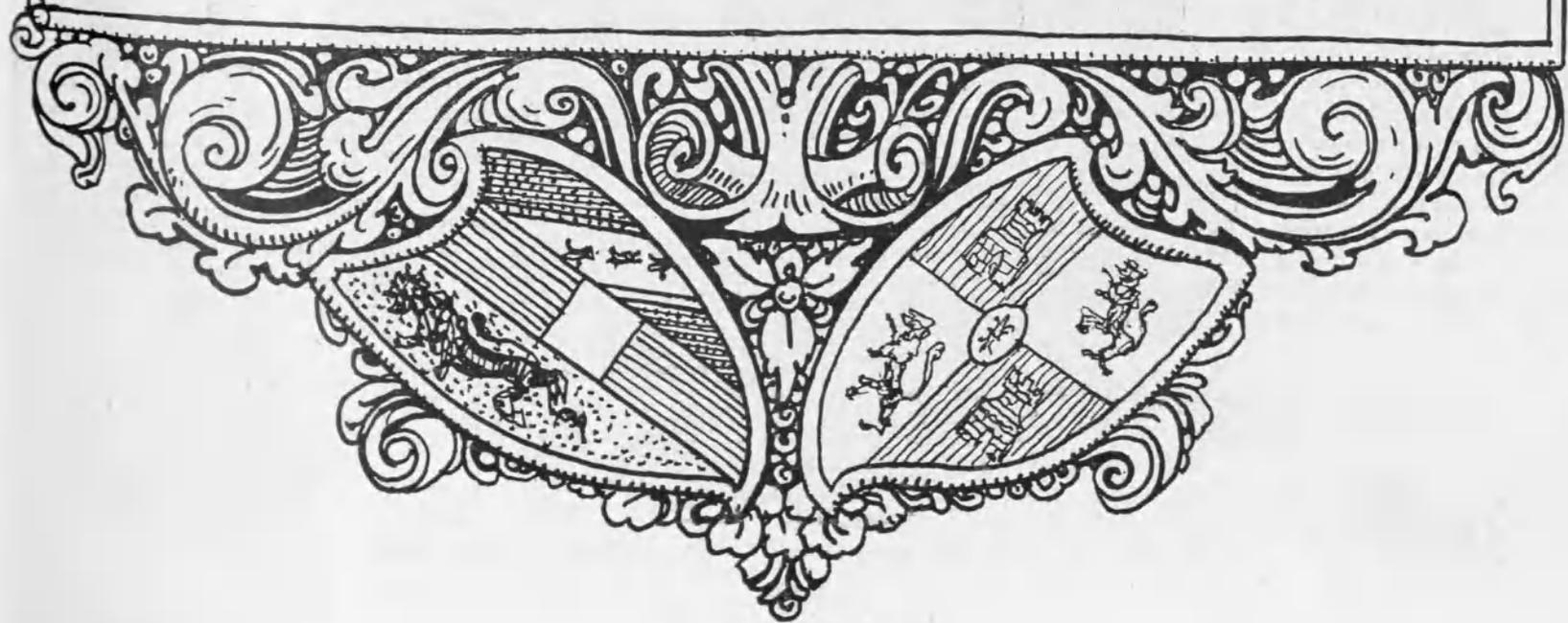


JACINTO BINAVENTE

*Regalamos a nuestros lectores en este número con
las primicias de la obra de D. Jacinto Benavente
Y va de Cuento..., que se estrenará en el teatro
de la Princesa en la próxima Navidad. ↗
Además del admirable prólogo, página llena de
emoción, de gracia y poesía, VOLUNTAD publi-
cación después del estreno la obra íntegra del
Príncipe de nuestra escena ↗ ↗*



LA JURA DE S. M. LA REINA DOÑA MARIA CRISTINA





El instante decisivo. A pocos pasos de la meta

LAS TARDES DEL HIPODROMO

Cuando éramos estudiantes, y perdíamos lamentablemente el tiempo en las aulas de la Universidad, escuchando a unos profesores tan faltos de ciencia como sobrados de prosopopeya, que enseñaban Historia Natural sin asomarse a la Naturaleza, y que suplían el laboratorio de química con juegos malabares de mnemotecnia; cuando éramos estudiantes, hace quince años, nadie pensaba que las carreras de caballos pudieran llegar a ser, en España, un espectáculo interesante casi popular, útil por muchos conceptos y de todas suertes productivo...

El Hipódromo era, por aquel entonces, un campo baldío, y el triunvirato Fuentes-Bomba-Machaco, imán irresistible, arrastraba a los públicos... Aristocracia, mesocracia y plebe, no imaginaban que al aire libre y bajo el sol pudiera haber otra diversión que no fuera ésa: los toros... Eran aquellos los ingenuos tiempos del teatro de Echegaray... Eran los días de oportunismo y de pasajera gloria para los muñecos de trapo hilvanados por Galdós: el ingeniero sabio y bueno, vestido a la inglesa; el confidente artero y santurrón, que a toda hora salía de levita y que nunca abandonaba sus guantes negros; la niña a ratos timorata y a ratos descarada, que al través de cuatro o de cinco actos iba de unos a otros, de la tradición al progreso, en inquietante fluctuación, para al fin decidirse en favor del progreso encarnado por el novio, y emanciparse de la tradición vinculada en

la familia, gracias a los consejos del amigo paternal, viejo, alegre, y un tanto revolucionario... Eran, en fin, las jornadas épicas en las que, barriendo lo necio y falso con el soplo de su genio prodigioso, llegaba y escuchaba las últimas protestas de los últimos ignoros el inmenso Benavente... Como veis, Madrid empezaba a cambiar de ropa y de costumbres: substituía la «pañosa» con el abrigo; la palangana liliputiense con el higiénico «tub»; el brasero con el radiador; el escarbadiantes de enebro o de plata con el cepillo, la caja de pasta, y el vaso de agua templada...



El favorito se dispone a entrar en la pista



Su A. R. la Infanta Doña Isabel, acompañada por la señorita Xargot Beltrán de Lis, en el Hipódromo

De entonces acá, muchas cosas buenas y no pocas malas de Europa se nos entraron por los umbrales de nuestra vieja casa solarienga. Entre las cosas malas, el snobismo y la «boxe»; entre las cosas buenas, el hábito de los deportes, el amor al campo, y esa afición a pasar las tardes en los hipódromos, en los campos de «tennis» o de «golf», que arrancó a nuestras damas de aquellas eternas visitas, de aquellas tertulias interminables, de



El público de las «apuestas»,



contemplando el paseo de los caballos

aquellos bailoteos que agostaron varias generaciones de muchachas privadas de aire puro, de ejercicio y de sol.

Hoy, ante un espectáculo agradable y culto, en el placentero ambiente de elegancia y de cosmopolitismo que es el de estas fiestas, las mujeres de nuestra sociedad viven horas de una vida que está ya muy lejos de la vida de ayer, y que es esperanza de una vida de serenidad, de salud y de clarividencia para mañana.

Para el poeta, las tardes del hipódromo tienen el raro encanto de su silencio... El público llena las tribunas, rodea las mesas del té, invade el paseo, y habla, y



La señorita de Portago hablando con el Sr. Lavayen



Dos siluetas muy en carácter

Una aficionada, manejando el «Kodak».



sonríe, y pasa... y apenas si de aquellos centenares de personas se alza un leve murmullo, hecho de palabras amables, de pasos lentos, del crujir de una seda, del vibrar de un cristal... Más tarde, a la hora de la prueba, los caballos galopan; y aún en este instante decisivo, el escuadrón de los centauros no mueve otro rumor que no

sea el choque sordo, apenas perceptible, de los cascos hincados en la tierra húmeda y blanda... Es la vida, en estas tardes, un maridaje ideal: intensidad y calma; y en ese ambiente de ensueño, cuando a vuestro lado halláis, tan cerca de vosotros que apenas si un paso os aparta de ellos, a una reina y a un rey que también, sin ceremonia y entre la multitud, humanamente y bellamente, sonríen y hablan, podéis imaginar, aunque no sea más que durante el breve espacio de un crepúsculo, que es llegada la hora en que todos, los más grandes y los más pequeños, pueden llevar sus existencias por sendas paralelas, por sendas trilladas, por sendas de universal amor y de inalterada paz.



HORIZONTES FEMENINOS

LAS COSTURERAS

Intentamos aquí explorar los horizontes de la mujer, esos pobres y angostos horizontes de su vida económica rara vez teñidos de alegres sonrosadas luces. En la ciudad y en el campo, en la clase media y en los hogares pobres, revisten los problemas femeninos una agudeza singular, un carácter dramático, cuyas profundas tristezas se desvanecen o se ocultan a las miradas superficiales en el horroroso trajín de la vida contemporánea. Las grandes urbes, sobre todo, esconden bajo sus lindas apariencias de lujo, modernidad y *comfort*, humildes y silenciosas desdichas, pavorosos riesgos, torpes e inicuos desamparos. El mal, en todas sus formas, el dolor, la ignorancia, la necesidad, la impureza, se incuban ardientemente, sistemáticamente, en las entrañas de una sociedad que presume de culta y de cristiana, y florecen con viciosa lozanía en los planteles de la juventud femenil.

Ved, por ejemplo, a las simpáticas, a las graciosas y castizas costureras, gala y ornato de las grandes ciudades, típica «nota de color» de la calle española. ¿Quién no las ha visto, con más o menos sana curiosidad y simpatía, al salir del taller, al alegrar con sus risas el tránsito por la acera, al agolparse en bandadas, como pajarillos en plena libertad, por los paseos en las tardes festivas? ¿Quién sospechará bajo sus airosos arcos, bajo su alegre desenfado juvenil, uno de los problemas sociales más hondos y más tristes?

Sobre todo en la Corte. Lo que en algunas capitales de provincias está admirablemente organizado y previsto, es en Madrid desorden y abandono.

la vida, sin arte ni primor, no obstante las maravillosas aptitudes de la mujer española y madrileña, la pobre modistilla ve despreciada su labor, mezquino su jornal, triste su oficio, sin porvenir ni horizontes, sin otra ilusión ni otra esperanza que abandonar un día, sabe Dios si con honra o vilipendio.

Porque en la ética se agravan los daños de la ineducación profesional. Forzosamente, el contagio de los virus sociales; la vida libre y callejera; las malas conversaciones y lecturas, sin un cimiento sólido intelectual y moral; ese contacto, lleno de sugerencias y secretas codicias, de los objetos frívolos y lujosos del taller, con todos los demás estímulos de la

Faltan aquí Escuelas profesionales, bien dotadas, con alto espíritu pedagógico y labor eficaz. Una aprendiz de costurera, generalmente, luego de pasar la infancia en pobre y estrecho hogar sin una sólida instrucción primaria, sin una justa noción del mal ni del bien, de lo necesario y lo superfluo, va al taller en plena adolescencia, casi siempre acuciada por la penuria familiar, abierta la ingenua fantasía a todos los riesgos y las seducciones de la calle.

Una vez en el obrador, sus vivas cualidades se ejercen por lo común en menesteres ajenos a toda enseñanza profesional, y, cuando al fin de largo y penoso aprendizaje, logra el mezquino fruto del oficio, la obrera y su trabajo se resienten de aquella falta de preparación, de aquellos hábitos mal adquiridos en el hogar y en el taller. Sin una instrucción elemental, sin un justo concepto de





vida moderna y urbana, han de producir y despertar en mentes mal cultivadas y juveniles, un mundo de ideas, de aspiraciones y deseos más inclinados al error que a la virtud.

Si en medio de tales tentaciones su natural condición las libra de caer; si tiene novio y se casa, ¿cómo habrá de cumplir sus deberes la esposa del obrero, del modesto empleado? ¿cómo resistirá los sacrificios de la maternidad y la crianza? ¿qué atractivos intelectuales, qué primores domésticos, qué prudencia y gusto de la vida, podrá ofrecer ni comunicar a su marido ni a sus hijos? Y ¿qué trascendencia tiene todo esto!

Existen, sí, en Madrid, como en otras partes conatos de enseñanza profesional, iniciativas dispersas con tan bella intención como carencia absoluta del buen concepto de estas obras. Prescindiendo aquí de los centros de origen oficial, que suelen crearse generalmen-



te con fines políticos y, desde luego, nada prácticos, vemos en la iniciativa privada múltiples y pequeñas obras, de más espíritu pero no de más eficacia. Aquí el taller de costura con opulento patronazgo y mísera dotación, la pobre maestra cansina y desilusionada; allí el celoso y pío sacerdote, que al modo del *Padre Polinar de Sotileza* lucha esforzadamente por romper la dura costra de la ignorancia y la miseria ancestrales...

Nada de esto puede en el siglo xx sustituir a una más racional pedagogía. Sólo en la Escuela profesional católica, fundación apremiante y urgentísima, puede hallar la mujer caminos y horizontes; sólo allí la simpática, la castiza y graciosa menestrala de la villa y corte, puede redimirse de las tristezas, de los peligros, de los fracasos que rondan su juventud, en apariencia tan dichosa, tan fácil y tan alegre...

(Fots Larreg'a)



EL PRINCIPE DE GALES EN EL CANADA



El mozo que ha de llevar sobre sus hombros, algún día, la herrumbre formidable del Imperio Británico —el Príncipe de Gales—, pasa una temporada en el Canadá, lejos de la vieja Europa, de sus intrigas y de sus sombras, allá en el mundo nuevo donde la naturaleza es fuerte porque no ha sido mutilada por los hombres, y donde los hombres no son débiles ni mezquinos porque viven al amparo y en el amor de la Naturaleza.

Consagrado a los deportes, a la caza, a la pesca, a las excursiones en canoa por los

rápidos del Nipigon, a galopar con los vaqueros en pos de los rebaños, y a vivir, en suma, entre la paz de los campos y de las gentes humildes, el príncipe inglés podrá olvidar sus largas y crueles jornadas de guerra, su educación de cuatro años entre el fragor de la más espantosa lucha que registró la Historia; y quizás pueda olvidar también las escenas abominables que fueron su espectáculo cotidiano de aquellos días: rodar de «tanques» sobre despojos humanos, triturados; vuelos de aeroplanos que iban, en el azul del cielo, llevando, muy lejos, la muerte para muchos inocentes; nubes de gases asfixiantes, que rastreaban, lentas e inexorables, envolviéndolo todo en su veneno; y la horrible matanza de todos los instantes; y el perpetuo grito de odio; y el inex-

tinguible lamento de agonía...

¡Olvide todo eso para no recordarlo jamás, el príncipe que un día llevará sobre sus hombros la formidable herrumbre del Imperio Británico!... Los tiempos fueron de iniquidad, y en ella todo pereció: perecieron las gentes, las ideas, las esperanzas... Se derrumbó el edificio que nuestro orgullo alzó para un progreso que imaginábamos del bien y que no fué sino del mal, y sobre las ruinas de nuestra supuesta civilización aun corre la sangre...

El príncipe heredero de Inglaterra escucha en estos momentos los sabios consejos que todos debiéramos escuchar: los consejos que dan las cumbres y los valles, los bosques y los ríos, las piedras y los líquenes, a los hombres de buena voluntad: consejos piadosos, blandos consejos que la naturaleza guarda en el inmenso relicario de sus ecos, desde que ellos recogieron la palabra del divino Francisco de Asís, del divino enamorado de todas las cosas, para el que rean hermanas la estrella y la larva, y hermanos el sapo y el sol...

(Fots. Central-News.)



El príncipe de Gales, vestido con la típica indumentaria de los jefes «sioux».—Ante la tienda de campaña, armada a orillas del río Nipigon, el príncipe se dispone para la jornada de caza y de pesca.—El heredero del Trono de Inglaterra, pescando en el Nipigon.—Las canoas del príncipe y de sus acompañantes, salvando los rápidos.



ACTA DE LA QUINCENA

inauguramos este extracto espiritual de la vida pasada a partir de la fecha en que apareció el número primero de VOLUNTAD; o sea la de la magna fiesta mística de las Españas: la que se dedica a la Santísima Virgen del Pilar y la de la inmortal efemérides histórica: el descubrimiento del Nuevo Mundo. Ved cómo hemos salido de la nada con el propósito de ser algo, y en qué ocasión y bajo qué auspicios.

Breve apunte será necesario para que todos sepan lo que ha de ser la sección que ahora surge. No contamos hechos, porque eso lo habrán realizado antes los periódicos diarios. Fuera vano empeño competir una publicación quincenal con las que cada veinticuatro horas nacen en el estremecimiento de la rotativa. Lo que deseamos es consignar aquí esencias, síntesis, lo que los acontecimientos presurosos y volanderos van dejando en el alma. Y dentro de la modestia que nos imponen la debida humildad y las contradicciones de la polémica, intentaremos marcar en las páginas de VOLUNTAD, con leves cifras y débiles rasgos el tránsito de un hecho, de una persona, de un accidente jubiloso o trágico... Y así, han de ser estas notitas, ya alegres como gorjeos de ruiseñor abrioleño, ya lamentosas como cantos penitenciales.

La Providencia nos permite empezar con referencias gratas. Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII ha emprendido su viaje a Francia y a Inglaterra. Programa que sólo ha tenido una quiebra: la de que la hermosa Señora que ciñe sobre sus aureos cabellos la Diadema Real Hispánica, ha estado enferma unos días, y eso le ha impedido al Monarca la satisfacción de que su esposa le acompañara desde el comienzo del viaje. Tal demora fué sustituida con la coincidencia de los Soberanos en una de las etapas de la expedición. Y juntas la Hermosura y la Hidalguía, España

El templo del Sagrado Corazón, edificado en París, por voto nacional, que acaba de ser consagrado con extraordinaria solemnidad, presidiendo esta ceremonia el Cardenal Vico, legado del Papa, y asistiendo a ella 110 Obispos, entre los que figuraban 10 Cardenales.—Vista general del templo: El altar mayor, durante el acto religioso.—La procesión de los prelados.—En el medallón: S. E. el Cardenal Vico. (Fots. Royer.)

ha ofrecido al mundo lo que le pertenece: la mujer saturada de virtudes y resplandeciente de bellezas; el varón en el que valor, ingenio, cortesía y abnegaciones, se funden como los viejos hierros laborados en las márgenes del Tajo Toledano, para constituir la espada de la leyenda, la que jamás falló en la prueba, y siempre vibra, si la esgrime la dignidad.

El Rey Alfonso, el Bueno, el Generoso, el diligente en la prueba, el invencible en el esfuerzo, ha visto, al llegar al otro lado del Bidasoa, en cuanto se estima su labor misteriosa, acaso ignorada de los españoles. El ha salvado vidas, él ha encontrado ausentes, él ha liberado siervos... Cuando Nuestro Monarca entraba en París, aquel pueblo le rendía parias. Cuando El iba a Verdún, los soldados de la República vencedora



le gritaban vítores. En la fiesta venatoria de Rambouillet su certeza en el tiro le aseguraba la primacía entre los cazadores. La hija del coracero herido en el atentado inicial del Sindicalismo, cuando el Rey de España iba en un carruaje con el Presidente de la República, muchachita que es ahijada de nuestro Soberano, fué recibida por el Rey Alfonso, y mereció las delicadas atenciones del Conde de Toledo, pseudónimo poético que apenas encubre la Majestad... Y en los brazos del caudillo español la niña fué elevada a las excelstitudes oficiales.

Una vieja señora, vestida de negro, logró ser recibida por Don Alfonso. Y ella dijo «Soy una dama mísera. Vos me habéis atendido largamente. Ahora os ruego que aceptéis para los pobres españoles la reintegración de las antiguas dádivas...»

Y depositó ante los pies del Rey una bolsa de seda, en la que había unas cuantas monedas de oro...

Don Alfonso no aceptó la restitución.

Nuestro Rey va derramando la gracia del oro y de la bondad...



Al retorno del viaje nuestro Soberano habrá cubierto de lauros a su pueblo.

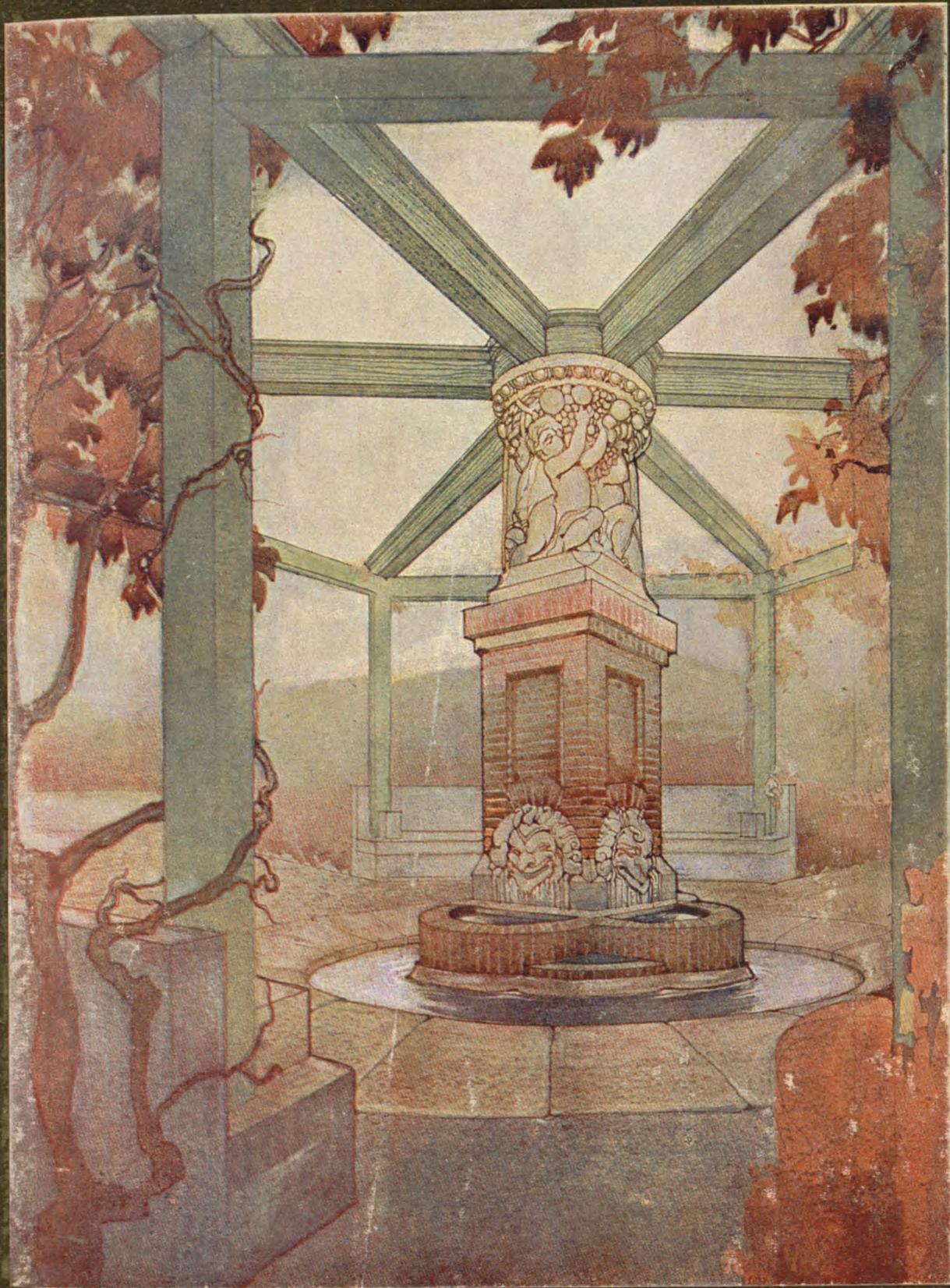
Apenas regresado a Madrid de un largo veraneo, el Sr. Maura lanzó a la publicidad un documento memorable. Constituye ese documento la afirmación viril, sanificadora, del gran pensamiento del patricio. Nunca habla ni escribe éste sin necesidad probada y sin eficacia transcendente. Era precisa la definición del guía en medio de la desorientación en que naufragamos. Y cuando el principio de autoridad fallece en el vilipendio, y ha sido denunciado el delito por la voz prestigiosa del Presidente del Tribunal Supremo, urgía que el Primer Español clavase su bandera de modo que la viésemos todos.

«Hechos innegables son —ha dicho Maura— que durante los últimos años, ningún Ministerio ha tenido aliento sino para malvivir fugazmente, y que cuando las sesiones de Cortes no están suspensas, resultan infecundas: hasta el extremo de no haberse conseguido, durante más del quinquenio, discutir



El Rey de España en Verdún: Don Alfonso XIII, acompañado por el mariscal Pétain, visita las defensas de la invicta plaza.—El soberano español saluda al Obispo de Verdún.—Don Alfonso entra en el cementerio para depositar una corona de flores sobre la tierra que alberga los restos de los héroes.—El Rey escucha las explicaciones que acerca de los tremendos combates le da el mariscal Pétain.

(Fots. Trampus.)



JARDINES ESPAÑOLES: PROYECTO
DE «PÉRGOLA» Y FUENTE, POR PE-
DRO DE MUGURUZA, ARQUITECTO



ni aprobar una Ley de Presupuestos, porque los votos para ella sirven de rehenes en la brega de los bandos que se disputan el dominio. La nación ve a los mismos que estorban el cumplimiento de la Constitución, reprochar por la inobservancia a los contrarios».

Copiamos este párrafo que debiera esculpirse en mármoles, porque él encierra la esencia de las vergonzosas realidades, la síntesis de un ya largo y triste período de vida española, y porque la prodigiosa exactitud de la frase centellea en la caligine ambiente.

«Todo se hunde». La fórmula del pesimismo ha tenido un eco glorioso, propio de la calidad hispana. Puesto que la existencia cae en el negro abismo, busquemos en la profundidad la victoria. Y Madrid ha celebrado bajo la presidencia del Rey, la fiesta magna de la ciencia y de la industria. Se inauguró el primer trozo del ferrocarril eléctrico Metropolitano; lo que con alarde de cómica gracia infantil se denomina universalmente «El Metro». Un hombre de saber infinito, de voluntad terca, de decisión invencible, D. Miguel Otamen-



di, ha conseguido la maravilla de ejecutar una obra difícilísima en el plazo exacto que señaló; y la ha hecho mejor que todas sus similares, más barata, más segura y firme... Llor a Otamendi... Ved el caso. Bajo los cimientos de la Puerta del Sol, que han sentido a través de las eras el tropel de las estériles colisiones de la política, ha aparecido la fórmula de salvamento: la Voluntad, nuestro lema, la base de la reorganización... Ese es el prodigio español: somos desdeñosos de la puntualidad para una cita, y llegamos a la máxima puntualidad en un empeño semi-divino.

Aún retumba en torno los ecos de la fiesta de la raza que se ha celebrado en España y en veinte Repúblicas filiales. Millares de hijos de la Reina Isabel la Católica acuden en masas prodigiosas a besar la mano de la Hembra castellana. Este es el gran Besamanos de la antigua realeza. Y tras la gentilísima Mujer de la Voluntad, surge la figura del Hombre de la Cogulla, la del Cardenal Cisneros... El Fraile y la Reina, entre dos rosarios, balbuceados con emoción, ensancharon la Tierra...

Fiesta de la Raza: Acto de descubrir la lápida enviada por los argentinos para la Universidad de Alcalá de Henares.—En los medallones, a la izquierda, el Sr. Levillier, representante de la Argentina; a la derecha, el Sr. García Kholi, representante de Cuba.—*Inauguración del Metropolitano:* La estación de la Puerta del Sol. En los medallones, de izquierda a derecha, los ingenieros Sres. Mendoza, Otamendi y González Echarte.

(Fots. Vidal.)



«Una abuelita»



«Una de tantas»

LAS NOVELAS DE LA VIDA



PROBLEMAS CON SOLUCION

La vida no es una novela, suelen decir los espíritus prosáicos. Y precisamente la realidad de la vida nos ofrece a cada hora dramas y novelas hartos más hondos e interesantes que los que pueda fingir la más aguda y fértil imaginación. De esas novelas, de esos dramas arrancados al duro vivir de los humildes y los pobres, quiere hacer *VOLUNTAD* un folletín noble y piadoso que llegue a las almas de los felices y los ricos. En toda humana desventura hay siempre un problema que descifrar y resolver: inquirir esas desventuras, dar una solución cristiana a cada uno de esos problemas, es cumplir la obligación que tenemos con Dios y con nuestros semejantes. Vosotros, los que alguna vez os complacisteis en descifrar enigmas y charadas triviales en las columnas de los periódicos; en resolver problemas y acertijos pueriles; en leer absurdos folletones, ejercitad aquí la fantasía, el corazón y el ingenio en los dramáticos y novelescos problemas de la profunda y triste realidad...

Una de tantas...

—¡Qué desgraciada soy! ¡Pero qué desgraciada, señor!
 —Pues ¿qué le ocurre, señora?
 —La Petra que me va a quitar la vida a disgustos. Que no puedo con ella. Que es ya una mujer (diez y seis años) y no quiere más que estar en la calle y corretear por ahí con chicos y que se me va a perder, Señor, que veo que se me pierde.

—¿Lo está usted viendo, Señá Gertrudis? No quiso usted atender mis consejos, no la reprendió usted antes cuando tan fácil era atarla corto y ahora se ve usted en la imposibilidad de hacerlo porque ya no puede usted con ella. ¿Y qué remedio?

—Yo quisiera que me la colocaran en algún Asilo o casa de corrección para que me la sujetaran y corrigieran e hicieran de ella una mujer de su casa.

—Haré lo que pueda porque conozcan su caso las lectoras de *VOLUNTAD* y... pida usted a Dios mucho por su pobre hija.

Una abuelita.

Que no tiene para su nieto más que el calor de su corazón... pero no tiene apenas pan para llevarle a la boca... y no es mendiga ni la vergüenza le dejará serlo.

Ella llora sin consuelo, diciendo:

Yo... que he tenido cuanto quería al lado de mi hija (que en gloria esté), que ganaba para su familia y para mí; yo que he visto a mi nietecito hermoso y robusto y ahora le veo enfermo de la vista y anémico... yo...

—¿Y el padre del chico?

—Murió también.

—¿Y su hijo de usted?

—¿Quién, mi Enrique? muy bueno es el pobrecillo: todo lo que ganaba me lo entregaba y es el que ha estado sosteniendo la casa... pero ahora me lo han llevado al servicio.

—¿Y los otros hijos de usted?

—Están fuera y ya casados, no pueden hacer nada tampoco...

—¿Servir? ¡Yo estoy dispuesta a todo, pero si no me admiten! ¿dónde va una vieja como yo?
Y la pobre vieja deja rodar por las arrugas de su curtido rostro un hilillo de lágrimas frías.

—¿Y dónde sirve su hijo?

—En el Ministerio de la Guerra.

—Pues ahí ganan...

—Sí, señor; ganan 20 pesetas al mes. Y además el pobleto de mi alma se quita el sueño toda la noche para ir a ganar otras 20 pesetas cada decena en una imprenta, trabajando por horas... (seis y siete).

De manera que esta pobre señora tiene planteado el siguiente comprometido problema económico:

20 pesetas al mes + 20 pesetas a la decena = 80 pesetas al mes = 2,66 pesetas diarias.

Restando 0,50 pesetas diarias que ha de emplear en la consulta de la vista para el nieto quedan 2,16 pesetas... menos la salud del hijo que la va perdiendo con el continuo velar y la del nieto que la anemia mina: problema que unido a la depresión moral que los recuerdos de días felices pesan sobre su alma, hacen de esta pobre señora una verdadera infortunada digna de protección material y de consuelo re-
generador.

¿Casada o viuda?

La falta de trabajo llevó a B. de F. L. a traspasar la frontera para buscar allende los Pirineos el pan de sus hijos que aquí le faltaba.

Y aquí quedaron cuatro boquitas abiertas en un nido sin calor, esperando que llegara ese pan que tantos quebraderos de cabeza produce al pobre que no lo tiene.

Y llegó... otro latigazo de la fortuna: llegó la noticia de la muerte de Bernardino. ¿Cómo? ¿De enfermedad o de accidente? ¿Dónde?

—«Ha muerto». No decía más la triste nueva. Seca, descarnada como golpe de verdugo, cayó sobre aquel nido para anegarlo de amargura.

Nuevas noticias vinieron a reanimar a los cuatro infelices; había habido equivocación: Bernardino no había muerto. Pero, ¿dónde estaba? ¿Qué era de él?...



¿Casada o viuda?

Así han pasado los meses, y a pesar de todas las indagaciones oficiales y extraoficiales, los cuatro desventurados siguen haciéndose la misma pregunta: ¿Dónde estará? ¿Qué será de él? Mientras tanto, la pobre viuda, madre de tres pequeños, está ganando unas pesetas a la semana, asistiendo a las casas.

¿Tendréis lectoras queridas, trabajo para esta infeliz?

¿Tendréis influencia para hacer ingresar a sus pequeños en un asilo?

¿Podréis hacer que de alguna manera sepa de su marido esa pobre esposa e inquirir si esos hijos pueden contar con padre o si deben ya considerarse para siempre huérfanos?

Nosotras, que nos interesamos a veces por las desgracias ficticias de la heroína de una

novela, reparemos un poco en estas desgracias reales e interesémonos por remediarlas. Dios lo quiere y El lo premia.

Para que las lectoras de VOLUNTAD puedan, si lo desean, llevar a cabo la obra de bien a que las invita la información precedente, recogemos y estampamos, a continuación, los nombres y las señas de las personas a que aluden estos Problemas con solución.

En el caso titulado *Una abuelita*, se trata de

Doña *Josefa Nevares*, Cerro de los Pinos, calle de Molina, 12.

En el caso titulado *¿Casada o viuda?*, se trata de

Doña *Eustasia Casado*, calle de Alonso Núñez, 1 (Bellas Vistas).

En el caso titulado *Una de tantas*, se trata de

Doña *Victoria Martín*, que vive en Margaritas (Bellas Vistas).

Las personas que no quieran molestarse acudiendo a las señas indicadas, pueden dirigirse a la Redacción de VOLUNTAD.

(Fots. Larregla.)



LOS GOLFOS EN LA NOCHE MADRILEÑA



El fotógrafo de VOLUNTAD ha ido con su máquina por los barrios de la Villa y Corte, en demanda de los misterios. Y él y su instantánea han topado con el misterio mayor: el de los hijos sin padres, el de los niños abandonados. ¿De dónde han salido esos infelices?... Se ignora. ¿Quién cuida de ellos?... Nadie, sino es Dios. ¿Por qué derecho se llaman cristianos los que podrían suprimir, con industria de amores, esas hordas de la miseria, y dejan que el azar intervenga demasíadamente?... Pobres niños, niñas infelices... Ellos son el postrero de los escalones de la Prensa. El ingenio de un magno escritor, que ha puesto en unas páginas la esencia de la vida nacional, necesita de la algarabía voceadora de los vendedores de la Hoja. Ellos gritan. Son los golfos, los nobles modelos de la abnegación. Y así, cuando la urbe arde en la chilladiza anunciando las novedades de la Prensa, esos coros de muchachos y de muchachas, son los que enlazan la idea del literato con la curiosidad, un tanto adormecida, de los lectores.

Estas fotografías que aquí miráis, determinan ideas diversas. La principal es que esos golfos, esos mocitos, viven en el descuido de la tutela cristiana; y no tendrán derecho al respeto de los demás los que pudiendo, no se ocupen de elevar a los niños sin amparo a las condiciones de la protección magnánima.

Fijaos en la demostración gráfica... Poned vuestra mente en los diversos espectáculos que aquí se os ofrecen. Donde no aparece la ternura, surge el peligro. Aquí están, en la soledad obscura, mocicos y mocicas, sin la vigilancia moral de guías o maestros. Unos y otras juegan, gritan, pelean... ¿Quién les da de comer?... El que da de comer a los pajarines anónimos que vuelan y mueren... Los golfos son los gorriones humanos. Yo pienso que la Virgen de la Paloma vigila desde su Santuario los recónditos parajes en que el golfo ambula o duerme, y le dedica su patrocinio y lo defiende de tantos enemigos.

Pero los magnates deben ocuparse en sacar de las zozobras a las miríadas de desdichados, y en educarlos, y en convertirlos en españoles útiles. Obra santa. El Golfo es cantera en la que el Amor de Dios, encontrara estatuas.

Nada tan simpático, tan arrogante, tan noble en medio de su ineducación, como el muchacho que vende periódicos. El no sabe nada, y acierta con el interés de la hoja que expende. Acaso

el hábil periodista que ha redactado el diario irragina que el público acudiría en busca de su artículo, pero el golfillo foliculario salta en gracioso brinco sobre el montón de sabias cuartillas y se fija en una noticia, en un chiste, en una burla donairoso de tercera plana, y eso es lo que vocea:

—¡El Mantuano!... ¡Con la retirada de Burgos Mazo!

Afánase el escritor perfeccionando su obra, le imprime, la lanza a la publicidad, y el golfo vendedor realiza el escrutinio de la curiosidad nacional, desdeñando los artículos y las informaciones serias, profiriendo a grito herido.

—¡El Mantuano, con la revista de toros!

Atomo humano, molécula social.. Tú eres el definidor. Se te desprecia y tú te vengas imponiendo tu criterio!

Esos dos niños que se hallan colocados bajo las reverberaciones de un farol del alumbrado municipal discuten sus asuntos. Así es como nacen los vocablos que inesperadamente circulan y trascienden. La fantasía inculta de un golfillo indocto opera como si él y sus colegas —colegas sin colegio— constituyesen una academia del idioma, del idioma del arroyo. La fiera ironía, el odio a los respetos debidos, base de la organización humana, encuentran en el decir de los chicuelos, en los estremecimientos de su enojo, fórmulas pintorescas, condenatorias, vejamen y castigo para las innecesarias opulencias. Academia he dicho, del *sermo vulgaris*; y también tribunal supremo. Más de una revolución ha hallado su programa en el vocear de un niño pobre y andariego.

Cuando los hombres se alejan en busca del reposo y abandonan las sillas de los paseos, los golfos toman posesión de ellas, y allí establecen sus tertulias y sus dormitorios. Muchas veces hemos visto la escena que el fotógrafo de VOLUNTAD nos evoca con su cliché. Como en las

playas del mar, hay también en las playas de la urbe mareas que ocultan o dejan al descubierto parajes y seres. Hierven los cangrejos, que antes se hallaban sumergidos. Así la golfería, en la noche madrileña pulula agitada en todas partes...

J. O. M.

(Fots. J. Arregui)



ACCIÓN
SOCIAL
FEMENINA



EN
MADRID

Comienza hoy este *desfile* en columna de honor, de las obras existentes en Madrid, de carácter social, creadas o desarrolladas por y para la mujer, agregándose así mismo a la lista, aquellas que se refieren al niño, y pueden por lo tanto interesar — de hecho la interesan — a la mujer.

Seguirán después las que viven en el resto de España, y más tarde las del extranjero.

Temas abundantes hay, como se ve, para llenar muchas columnas, pero como el deseo de las personas que dirigen e intervienen en esta *Revista*, soldado que se presenta en el campo de batalla armado y bien pertrechado, es de que sea esta, como una sección de estadística, que nos diga con toda su elocuencia las fuerzas con que contamos y la labor realizada por el catolicismo social, no añadiré comentarios a cada una de las obras que figuren, limitándome a señalar su nacimiento, la vida que llevan, los fines que persiguen y los medios con que cuentan.

Satisfecha al hacerlo de cooperar al mayor éxito de una *Revista* cuya aparición supone un acto importantísimo dentro del campo de acción social católica, y agradecida al honor que se me ha dispensado encargándome de tan interesante estadística, paso a dar principio a ella, saludando afectuosamente a cuantos lean mis renglones, deseando que les sean de aliento y de estímulo, a fin de que engrosen, si aún no lo hicieron, las filas, muy nutridas ya, del ejército católico social.

Federación de Sindicatos obreros Femeninos de la Inmaculada.

No por su antigüedad, aunque sí por el carácter netamente social que tiene y su inmensa trascendencia para la mujer obrera, rompa la marcha, llevando la bandera blanca de la Sindicación católica, la Federación de Sindicatos obreros Femeninos de la Inmaculada, al nacer, humilde Sindicato nada más.

¿QUÉ DIA NACIÓ?

Tiene dos fechas: en la mente y en el corazón de sus fundadores, se señala la fecha del 12 de Octubre de 1909... Al público, consagrada ya la obra por la sanción eclesiástica, el 14 de Noviembre del mismo año...

Quedémonos con la fecha primera que es la del día bendito del Pilar...

El día 12 de Octubre de 1909, pues, venía a este mundo una obra eminentemente social, absolutamente femenina, completamente católica: la primera en su especie que nacía en España.

¿DÓNDE DIÓ SUS PRIMEROS PASOS?

En una escuela alquilada, en la calle de Isabel la Católica, núm. 18... Allí se echaron los primeros granitos de mostaza... silenciosa, oscuramente... unas pocas obreras, un sacerdote, tres o cuatro señoras... Unas velas alumbraban la escena... pero en el corazón ardía la luz del amor a los humildes, el fuego de la justicia cristiana...

Pasó más tarde a la calle de la Bola, a otra escuela: poco después el Sindicato Obrero Femenino de la Inmaculada se instalaba en la calle de San Bernardo, 7... Hoy, la Federación que cuenta ya seis Sindicatos, vive en la calle de Pizarro, 19... en hermoso local, con salas de gremios, clases, salita para la Cooperativa de venta... otra para la Caja de Ahorros y amplio salón en cuyos extremos opuestos está la Capilla y el teatro...

El grano de mostaza se va haciendo árbol...

¿SU FINALIDAD?

«El estudio, defensa, protección y desarrollo de los intereses profesionales económicos de los Sindicatos federados y de las obreras sindicadas».

«La creación para las obreras de instituciones de asistencia y previsión».

«El fomento de la cultura moral, religiosa y profesional de las obreras».



¿CUÁL ES SU CONSTITUCIÓN JERÁRQUICA?

En un principio formaban la Junta Directiva del Sindicato, señoras y obreras; hoy, reformados los primitivos Estatutos, las señoras no tienen parte ninguna en la organización interior de la obra; quedan de Consejo Asesor tan sólo, estando regida la Federación por un Consejo Sindical de obreras, del que son vocales las Presidentas de los Sindicatos, que conforme queda dicho son en la actualidad seis:

Sindicato de Modistas.

Sindicato de Bordadoras.

Sindicato de Costureras de Ropa Blanca.

Sindicato de Oficios Varios.

Sindicato de Profesoras y Señoras de Compañía.

Sindicato de Empleadas.

El Consiliario de la Obra es el Ilustrísimo Sr. D. José Solé y Mercadé, Asesor de la Nunciatura.

¿QUÉ INSTITUCIONES TIENE LA FEDERACIÓN?

La Bolsa del Trabajo, mediante la cual se colocan y tienen labor las obreras, tantas más, cuantos más avisos envían las señoras.

Recientemente han publicado las obreras una llamada a las señoras, en la Hoja Parroquial, demandando trabajo...

Caja de ahorros y préstamos.

Socorro para las sindicadas enfermas.—Una peseta diaria, siempre que sea enfermedad que las imposibilite de trabajar. También médico.

Cooperativa de Venta.

Obras de Vacaciones, que anualmente lleva a Avila, donde la Obra tiene un pabellón alquilado por catorce años, a las obreras a quienes tocó en suerte veranear, siendo este veraneo absolutamente gratuito para las sindicadas.

El verano anterior 95 obreras disfrutaron de este beneficio.

Clases: de corte, de francés, cuentas, leer, escribir, dibujo y religión.

¿MEDIOS CON QUE CUENTA?

Las cuotas de las obreras: las suscripciones de las señoras, donativos particulares, de la Casa Real alguna vez, de entidades, y... de la Providencia Divina que va abriendo paso a la obra social femenina de sindicación obrera.

Hasta la fecha no obtuvo jamás, a pesar de la importancia social que encierra, la menor subvención del Estado.

Tiene la Federación en proyecto, la *Escuela Profesional de Aprendizajes* y el *Socorro en tiempo de paro*... Pero por falta de recursos aún no los ha podido establecer.

¿LABOR REALIZADA?

Ha levantado, dignificado el *oficio*, hasta ahora algo despreciado por aquellas que del *oficio* vivían; ha atraído hacia las obreras el interés y simpatía de la clase pudiente, de la señora, desarrollando en ésta, así como en la obrera, sentimientos de justicia y de amor, y conduciendo a una y a otra hacia los problemas sociales; ha unido a las de arriba con las de abajo, suavizando asperezas; ha luchado sin descanso en la consecución de los ideales que persigue, de reivindicación obrera dentro del campo de la Iglesia; ha pedido a los Poderes públicos, representando además a los Sindicatos femeninos del resto de España, la *jornada de nueve horas* en vez de once, como permite la legislación actual, y que sean leyes pronto los proyectos de ley de Contrato de Trabajo y Trabajo a Domicilio, de tan vital interés para la mujer obrera; y por medio de su órgano en la Prensa *La Mujer y el Trabajo* ha creado lazos de compañerismo y de fraternal unión con los Sindicatos femeninos de España y del Extranjero, defendiendo tenazmente la bandera de la sindicación.

MARÍA DE ECHARRI

Fots. Larregla

LAS PIEDRAS

DE MAJERIT



Majerit, el famoso castillo del ardiente coso, ya no tuesta sus ladrillos mudéjares al sol de la meseta ni moja su planta poderosa en las aguas humildes del aprendiz Manzanares.

Los bosques del Pardo y de Villaviciosa, que llegaban hasta sombrear la falda de la colina, al ceder a los siglos y a los hombres, descubrieron las entrañas de la tierra arenosa que quiso ser relicario de una civilización llena de misterios, en la aurora solemne de la triste humanidad (1).

Los acentos exóticos de la dulce aljamía, se apagaron en el barrio moro de *Majerit* y ya no brillan alegres los colores rútilos del ropaje oriental. En las calles bulliciosas de aquella Morería, los hijos laboriosos y astutos de Israel no repasan ya las marfileñas hojas de su Talmud ni su libruco de cuentas terror de los hidalgos de la villa.

Ni en los mesones de la calle de Toledo suena a media noche, deteniendo al caminante, el apagado son de las vihuelas que acompañaban a aquellos rufianes bailarines en sus «Zarabandas», sus «Gallardas», sus «Villanos» o en aquel otro baile tan difícil y tan viejo de

«el Rey Don Alonso el Bueno
gloria de la antigüedad.»

Ni los rumores de la fronda del Buen Retiro arrullan los idilios cortesanos, ni escuchan sus fontanas los versos elegantes del rey poeta.

Y las ricas sedas y los humildes merinos que envolvieron el talle majo de nuestras bisabuelas — afrancesadas damas de la calle de la Montera o resueltas menestralas del Lavapiés — se ajan con una mueca trágica y grotesca en las vitrinas de un Museo Arqueológico, cubriendo unos lamentables maniqués de cera.

Desfiló silenciosa y asustada la última silueta nocturna del poeta que salía con capa y chistera de una tertulia de la calle de Carretas...

Y Madrid, el viejo *Majerit* del siglo IX, la corte de los milagros, es hoy esta urbe populosa y rica, que yergue al cielo sus antenas radiotele-

gráficas y horada su propia carne con el tubo luminoso y pulido de un Metropolitano...

Pero no ha muerto todo: quedan las piedras, estos grises granitos carpetanos hechos materia sensible y viva, con vida perdurable y gloriosa. En el recodo de una calle, en el fondo de una plazuela soleada y silenciosa, o erguidos entre el bullicio como en sus días jóvenes, cien monumentos espléndidos, típicos y bellos, guardan detrás de sus austeras fisonomías, en el contono de sus jabonosas decoraciones o en el atrevido chapitel de sus torres, todo el ideal, toda la sensibilidad, todo el espíritu de las épocas más gloriosas de nuestro arte.

De aquel alcázar fronterizo, avanzada temible del reino de Toledo, apenas queda el polvo de sus ladrillos, hecho una pasta en el húmedo subsuelo del campo que llamamos todavía del Moro.

Pero aún quedan en pie en la Corte, almiares mudéjares, iglesias góticas, palacios del Renacimiento español, templos y casas donde el estilo barroco tiene acentos muy típicos. Y en cuanto a ese otro estilo encantador de los «Felipes de Austria», ninguna ciudad como Madrid podría exhibir colección tan completa.

Poco a poco, entre crónicas de actualidad artística, irán estas piedras injustamente olvidadas, asomando sus rostros venerables a las páginas de VOLUNTAD, páginas henchidas de dulzura y de gracia moderna.

Y si después de este desfile, al pasar por la calle de Alcalá en vuestro paseo matutino, tenéis una mirada de curiosidad tan solo, para el soberbio caracol de la Aduana; y si alguna vez os sugieren una frase de compasión las sacrílegas torturas a que está sometida la portada de Torrecilla, el cronista desconocido creará haber llevado a vuestros espíritus algo que reclaman de ellos con sus voces eternas, las piedras de *Majerit*...

(1) El Cerro de San Isidro.

Página de las Madres Jóvenes



VOLUNTAD solicita la colaboración de las madres jóvenes. El primer hijo es, para toda mujer, el gran poema de la vida. Para escribir ese poema, bastan las sencillas frases que dicta el corazón. Para ilustrar lo escrito, bastan algunas fotografías interesantes de „bebé”... ¿Qué madrecita de hoy, muchacha de ayer, no sabe escribir y fotografiar un poco?... En esta página, consagrada a tan bello tema, publicaremos esas inestimables colaboraciones literarias y gráficas, a través de las cuales iremos ofreciendo a

nuestras lectoras el libro de oro de la maternidad



SRTA. CARMEN MARTINEZ DE IRUJO Y CARO



Los comentarios de D. Andrés Manjón en sus *Hojas evangélicas y pedagógicas* dicen así:

Llámase éste el Evangelio de la Anunciación, porque en él se anuncia y refiere con los más interesantes detalles el Hecho, el Grande Hecho de la Encarnación del Verbo de Dios en las entrañas de una Virgen, llamada María.

Este Hecho es tan grande que ocupa toda la Historia, pues fué prometido en el Paraíso, profetizado y esperado en todos los siglos precristianos, y habiéndose realizado en tiempo de Augusto, avanza con el Cristianismo, que es su obra, a través de todos los tiempos, debiendo durar lo que dure el hombre sobre la tierra.

Este Hecho de la Encarnación del Verbo es la base y fundamento del Cristianismo, la obra más grande y trascendental que han conocido los hombres en el orden de las ideas, de las costumbres y de las instituciones sociales.

La Encarnación del Hijo de Dios supone la elevación y caída del hombre, que Jesucristo vino a salvar del pecado y error, haciéndose su Salvador y Maestro. Y como Jesucristo no es el Salvador de un pueblo



El insigne P. Manjón, fundador de las Escuelas del Avemaría.

En las viñetas: Escenas de las clases y recreos al aire libre en las Escuelas de Granada. — En el medallón: Vista general del Ave María, de Granada.



ni de un siglo solamente, sino de la Humanidad en todos los siglos y pueblos, debió fundar y fundó una institución social docente y santificadora que durara tanto como los siglos y se extendiera lo que el Orbe; esta Institución es la Iglesia católica, en la cual Jesucristo encarnó y está espiritualmente presente.

Y sobre la Encarnación del Verbo, el Grande Hecho cumbre y clave de la Historia, fundamento y base de la Cristiandad, solución de la caída y redención del hombre, surge esta pregunta:

La Encarnación ¿encierra un problema de regeneración y educación, esto es, de pedagogía fundamental y trascendental? Para los no cristianos, la pregunta será acaso un problema; más para los cristianos, la Encarnación, con todas sus legítimas consecuencias y aplicaciones, es una solución, que resuelve los problemas más importantes de la vida.

La pedagogía, pues, en cuanto es ciencia y arte del recto vivir y del buen vivir, no puede prescindir de este Hecho Grande, trascendental, reformador y elevador de la Humanidad caída





Arriba: Los niños de las Escuelas del Avemaría aprendiendo el abecedario al aire libre.—En el óvalo: La clase de lectura en el parque.—
Abajo: Las niñas, durante las clases de escritura, a pleno sol.

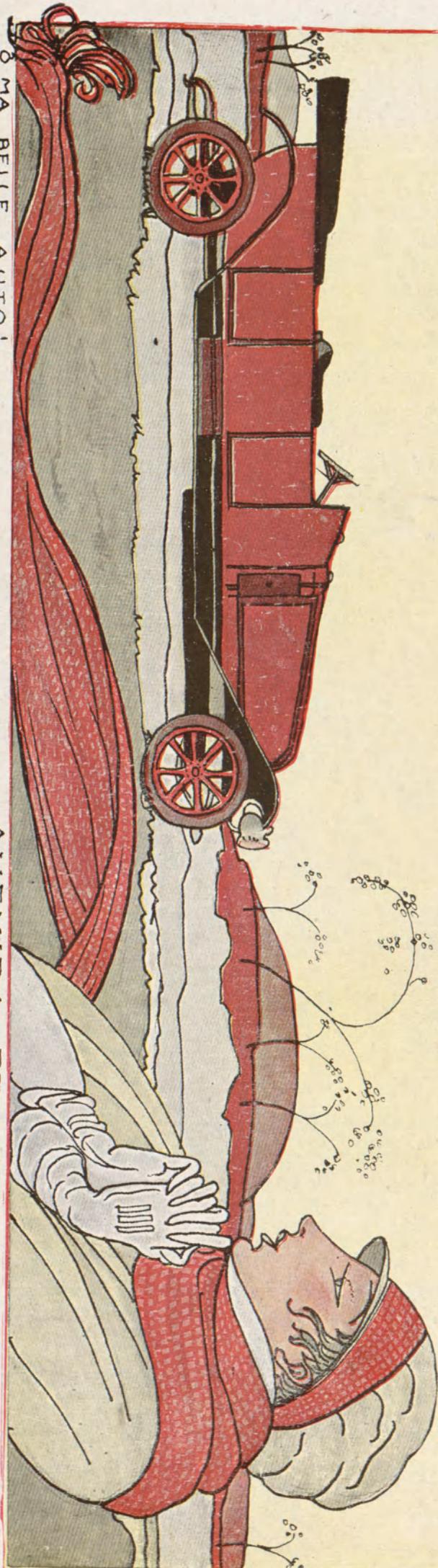
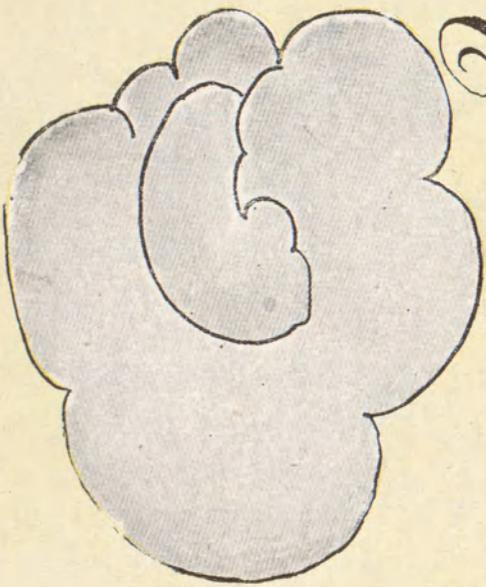
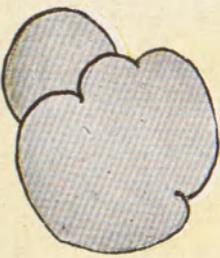


LO QUE VA DE AYER A HOY

Dibujo de Ochoa.

J. F. E.

*Automóviles
Peugeot*



8 MA BELLE AUTO!

AVENIDA DE LA PLAZA DE TOROS 8.
TELEFONO - 1404 - J. MADRID.

RENOVACION Y CIENCIA

GRANDES PROGRESOS EN LA CURACION DE LA TUBERCULOSIS

Las grandes convulsiones humanas que han trastornado profundamente la vida social de todos los pueblos de la tierra, llevando hasta los más apartados rincones sus fatales consecuencias, han determinado una extraordinaria actividad en todo el mundo, que parece que la Humanidad, adormecida largo tiempo, se haya puesto de pie dispuesta a correr, en poco tiempo, largos trechos por vías de mejora y perfeccionamiento.

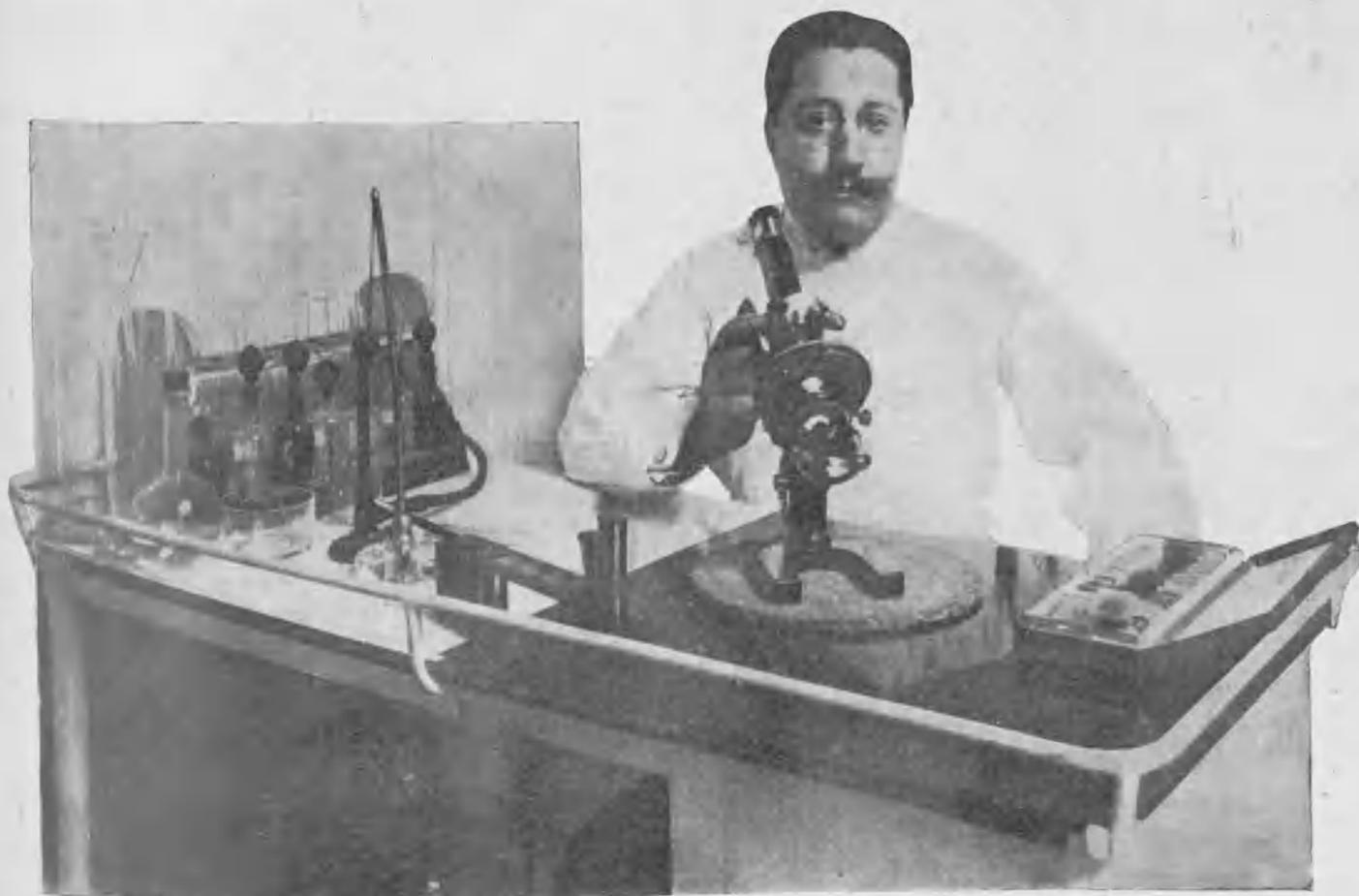
La observación más superficial de lo que pasa actualmente en las grandes naciones, lleva al ánimo el convencimiento de que las colectividades humanas atraviesan un periodo de transformación; se inician nuevos tiempos, y todo hace creer que la vida social tiende a modificarse en sentido más humano y más justiciero, cumpliéndose de paso aquel apotegma vulgar de que, *a tiempos nuevos, vida nueva*.

La prensa en general, y sobre todo la prensa profesional e ilustrada, contribuyen poderosamente a difundir aires de

renovación, preparando a los pueblos para que se adapten a las necesarias e ineludibles transformaciones, con el menor daño posible, señalando con marcado interés todo aquello que pueda llevar en sí, apetecidas fuentes de vida y de riqueza nacionales.

Pasaron ya, por fortuna, aquellos tiempos en que la implacable sed de información obligaba a publicar refinadas descripciones de agentes y elementos destinados a *hacer matar*; bueno es que vengan a sustituirlas gratas y humanitarias informaciones de agentes y elementos dispuestos a *hacer vivir*.

Desde este punto de vista, nos congratulamos con sana satisfacción española de registrar en nuestra cultural revista, un hecho extraordinario en el campo de la medicina, tratado ya en grandes rotativos y varias revistas profesionales, siendo ya del dominio público, y particularmente de la ilustrada clase médica; nos referimos a la aparición de los **sueros antituberculosos SAT**, que han produ-



D. Juan Riera Vaquer, director del Instituto Fisioterápico, autor, con el profesor Sagrañes, de los sueros antituberculosos **Sat**

cido una verdadera y favorable revolución en el tratamiento de la funesta *peste blanca*.

Sabido es, que los sueros **SAT** constituyen un elemento de curación admirable, pues además de ser antitóxicos perfectamente definidos, son completamente inofensivos, por lo cual, su fácil aplicación jamás está contraindicada.

Lo contrario ocurre con las tuberculinas, que son venenos activísimos, y su aplicación, desterrada ya de la clínica, ofrece grandes peligros.

El hecho real y cierto es, que la medicina española, desarmada hasta hoy ante los terribles estragos del bacilo de Koch, cuenta hoy con un elemento de curación de gran valor terapéutico, producto del trabajo incesante de dos hombres de ciencia modestos, oscuros hasta ayer, y de fama mundial hoy, pregonada por una serie interminable de éxitos en la clínica.

Nacidos en Cataluña estos españoles ilustres, el profe-

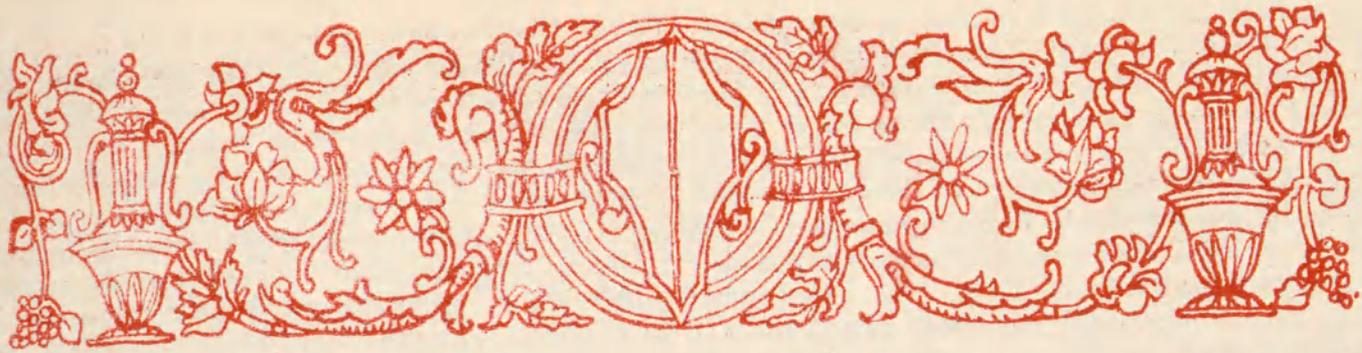
sor veterinario D. Francisco Sagrañes y el joven Dr. Riera Vaquer, se distinguen por su gran cultura en ciencias experimentales biológicas, y por una fuerza de voluntad incontestable, demostrada en su constante persistencia en estudiar y resolver los complicados problemas que entraña la curación de la tuberculosis.

Por esto, haciendo honor al nombre y carácter de nuestra Revista, presentamos al mundo intelectual el ejemplo de estos biólogos ilustres, que adornados de una firme voluntad y merced a su gran entusiasmo por las ciencias experimentales, han llegado a la cumbre del éxito donde sólo llegan los espíritus fuertes; efectivamente, *querer y persistir*; he ahí, el secreto frénico asequible sólo a los seres superiores, cuyos valiosos trabajos se traducen siempre en grandes beneficios para la humanidad.

DR. LUCRECIO



El profesor D. Francisco Sagrañes Bardaji, de la Real Academia de Medicina y Cirugía, afortunado autor, con el doctor Riera Vázquez, de los sueros antituberculosos **Sat**



UNA SANTA Y UNA INFANTA

RETAZOS DE UN TAPIZ

«Humanamente, tenemos encarnado el ideal en dos mujeres tan sublimes como prácticas, profundamente cristianas y eminentemente españolas: Santa Teresa de Jesús y la Reina Isabel, la Católica.»

PRIMERAS IDEAS SOBRE LA CREACIÓN DE ESTA REVISTA



LLÁ POR LOS años 1569 al 70, unos diez después de la fundación del hoy llamado Monasterio de las Descalzas Reales, solían ya alegrar el cuarto de la princesa fundadora Doña Juana de Austria dos sobrinillas su-

yas, las infantas Isabel Clara Eugenia y Catalina Micaela, hijas de Felipe II y huérfanas de Isabel de Valois. De esta época ha de ser el grupo retratado en la Sala de Reyes, que describió D. Elías Tormo en sus imponderables estudios iconográficos del imperial y hermético cenobio, recientemente publicados. Fallecida Doña Juana, continuaron las niñas, aún, no sólo visitando sino habitando a veces el viejo palacio de su abuelo Carlos V, que la religiosidad de la desventurada hija del emperador, tía de las pequeñuelas, había transformado en convento. El frescor de aquellos ánditos y galerías, el encantado retiro de su huerta-jardín, hacían del Monasterio de la Consolación, en la parte no reservada a las monjas clarisas, una deliciosa residencia veraniega, preferible al incómodo alcázar; y además los reyes gustaban de aposentar a su familia entre los espesos muros de tal «palacio de ausencia», por no sé que cautelas o etiquetas, en aquellas ocasiones en que les llamaban fuera de la Corte sus deberes de gobierno.

Así, pues, cuando en 1581 pasó Felipe II a tomar posesión del Reino de Portugal, en las Descalzas quedaron, a la sombra de su Priora Sor Juana de la Cruz (la férrea hermana de San Francisco de Borja) no sólo las dos monísimas reliquias de Isabel de Valois sino con ellas sus tres hermanitos, retoños del cuarto matrimonio de Felipe —el Príncipe Don Diego y los Infantes Don Felipe y Doña María—, que acababan también de perder en Badajoz a su madre Doña Ana de Austria. Fácil es imaginarse los atolondrados juegos, las picardihuelas inocentes, las graves infracciones del protocolo palatino y monacal a que se entregarían aquellos cinco serenísimos señores, cuya decana era Isabel Clara. La futura Gobernadora de Flandes, la Duquesilla de Saboya en ciernes, el malogrado Principito, el Felipe III de más tarde, y el ángel que poco después volvería al Cielo, tan inconsistentes todos de su orfandad como del arcano de su porve-

nir, correrían por los claustros, se esconderían en los bosquetes, quebrarían con sus revoltosas manecitas el claro surtidor de la fontana, profanarían con rabetas y risas la severa solemnidad de la Sala de Reyes y el callado recogimiento de la clausura.

Un día llegó al convento una noticia que produjo la presumible emoción entre la infantil colonia; era forzoso irse al Pardo, porque su aposento en aquél venía a ocuparlo otra tía suya (tía de todos y abuela de los tres pequeños) la Emperatriz María, recién viuda de Maximiliano de Alemania, y su hija la Archiduquesa Margarita de Austria. Contaba ésta seis meses menos que Isabel Clara— entre trece y catorce años las dos— y sin duda aunque el Palacio del regio cazadero fuera la residencia oficial de la realeza menuda, quedó casi constantemente Isabel Clara acompañando en el que había de llegar a ser su definitivo retiro a la mística primita, tan inclinada desde la niñez a ser esposa del Señor que al fin profesaría en las Descalzas, previas unas solemnísimas calabazas suministradas nada menos que a su señor tío Don Felipe II. La paridad de edad de ambas princesas; el prudente propósito de la Emperatriz (que en enlaces de mayor brillantez terrenal pensó para su hija) de contrastar y aún si fuera posible contener la prematura vocación de Margarita, poniéndola en frecuente contacto con el trato y atractivo de las cosas mundanas, y la simpatía que instintivamente unió a las dos regias niñas, retuvieron, pues, al lado de las recién venidas, a la mayorcilla de las hijas del Rey. Este, desde Lisboa, lo aprobaba en una de sus conocidas cartas: «Según lo que decís de vuestra prima»—escribía— «creo que os hallaréis bien con ella y menester será que lo mostréis en hablar castellano, pues decís que lo habla mal, y así lo creo. Si mi hermana os tomó a vos la mayor para que la ayudádes, está bien». Se instaló, por tanto, o poco menos, de nuevo en el Monasterio franciscano la encantadora princesita castellana, y sería entonces cuando, al contar de cierta tradición no bien depurada, Tesesa de Jesús, casualmente en Madrid, bendeciría a Isabel Clara, totalmente ajena, claro está, de que bendecía a quien habría de ser su póstuma colaboradora en la instalación y propagación del Carmelo en los Países Bajos.

Sólo conozco muy somera alusión a esa entrevista cuya fecha en todo caso sería hoy difícil concretar. No ha de pedirse a la poética vaguedad de una leyenda, la seca e irrefutable austeridad de un asiento en un diario mercantil. Pero lo que sí da por cierto la tradición conservada, es que

la escena dejó profunda huella en el espíritu de la despierta hija de Felipe II. Y ¿cómo nó? Vendría la andariega Madre desde su última fundación de Burgos a preparar la de Madrid, que se la quedó en el magín, y tal vez con el propósito de pedirle calor para su obra querría saludar a la Emperatriz María, curiosa también ésta de conocer a la celebrísima reformadora. Frisaba Teresa en los sesenta y siete años; adolecía de grave mal que bien pronto la rendiría del todo; sufría siempre del dolor de su brazo, roto en una caída. En torno de su figura, una aureola de prestigio, de humana nombradía, de simpatía por sus resonantes persecuciones y sus obras, presagiaba el nimbo de santidad con que había de ser adorada en los altares. Isabel Clara, por su parte, había oído hablar más de una vez a su padre (cuyo predilecto confidente empezaba a ser ya) de aquella extraordinaria mujer que había puesto desde un principio a la sombra del Rey sus arrestos renovadores. «Ningún otro amparo tenemos en la tierra», había escrito Teresa a Felipe. «En todo lo hallaréis como padre» había oído la Santa, de la voz del Señor, en una de sus apariciones.

Al anuncio de la visita, grandes debieron ser la turbación y el transtorno en el tranquilo convento-palacio. ¿Cómo recibirla adecuadamente? En aquella claustra palatina, entre humilde y señorial, tomaban los actos de Corte tonos de penitencia, las devociones religiosas majestades cortesananas. Hubiérase tratado de una visita principesca y habría vestido Isabel Clara las galas con que, próximamente por entonces, la retrató Sánchez Coello. Pero ante la monja de los éxtasis y de las caminatas, toda sencillez debiera parecer poca. La Emperatriz no adornaría ni con una cruz de oro la estameña terciaria que uniformó su viudez. A Margarita y a Isabel Clara las pondría también de religiosas; aquella acaso con las tocas con que más de una vez se deleitara, suspirando por su profesión, ésta con un hábito prestado; que la niña en quien su padre soñaba para Reina de algún país poderoso, no podía pensar en votos de pobreza ni encapillarse sino ocasionalmente, y como por broma, vestiduras monjiles.

Llegó al fin la venerable Madre. Venía apoyada en el brazo de su secretaria Ana de San Bartolomé, reducida un tanto por el encorbamiento la aventajada estatura, pero resuelta y firme la mirada que iluminaba el inteligente y gracioso rostro, punteado de lunares, de la iluminada Doctora. A la puerta misma del convento saldrían las personas reales. A la entrada de la clausura, Sor Juana de la Cruz y la comunidad. Hubo de preguntar la Santa quiénes eran las angelicales novicias, y la Emperatriz, declarando el devoto disfraz, pidió para su hija y su sobrina la bendición de la bienaventurada «que hablaba con Dios» y a quien también se había aparecido antaño Santa Clara, patrona de las monjas visitadas, cuya fiesta — otra conmovedora coincidencia — celebraba la Iglesia el día en que nació la mayorcilla de las fingidas novicias. Accedió al ruego, entre arrobada y chancera, la Virgen de Avila y, con la llana unción de los elegidos, trazó risueña sobre las ruborizadas frentes de las adolescentes infantuelas, postradas de hinojos, la señal de la Cruz.

El tiempo fué granando y desgranando la perdurable cosecha de la vida. Isabel Clara y Catalina crecían, embelleciéndose. Llamó a sí el Cielo, en cambio, al Príncipe don Diego. Cuando Felipe II tornó de Portugal a San Lorenzo y recogió a sus hijos, ya habíase mermado, pues, dolorosamente, la regocijada prole cuyas risotadas oímos antes repercutir en las mudas pandas del convento de las clarises descalzas. Poco tiempo después, la infantil María tendería también el vuelo en pos de su hermano mayor.

Pero no sólo ensombreció el espíritu de Isabel Clara y Catalina su doble pena fraternal; le habían impresionado también, aunque sublimemente y con visiones ultraterrenas, los relatos y comentarios con que a diario sus servidores, sus piadosos parientes, y las madres del torno y del locutorio referían el emocionante tránsito de la Santa traginante del Camino de Perfección, según lo describían las conmovedoras versiones que circulaban por toda España. La celestial mujer, pocos meses después, a lo que parece, de su paso por Madrid, había despertado a la Eterna Vida cabalmente en los brazos de aquella su fiel acompañante Ana de San Bartolomé; envuelta, según la discípula, en «una luz y majestad tan grande que me divertí a mirarla, y dijéronme que venía por su alma, que si yo quería que se quedase, y yo dije que no... aunque lo sentía».

Pero Felipe II, a pesar de su extrema fe, no quería sus hijas para el claustro y bien pronto las distraería, si la llegaron a sentir, de su nostalgia conventual. Contaba con ellas para su política extranjera. Por eso casó a los diez y siete años a Catalina Micaela con el Duque de Saboya. Por eso, y acaso también por no prescindir de ella sino a cambio de darla una predominante posición en el mundo, tardó tanto en casar a Isabel Clara, a cada hora más identificada con el padre, de quien era lectora, archivera, intermediaria, lucidísimo consultor más de una vez. Primero, la rota de la Invencible echó por tierra el acariciado ensueño de un trono inglés para la hija preferida. Luego, perdió también la esperanza de depositar la corona de Francia en el ardón nupcial de su filial confidente. Y entonces surgió en Felipe el propósito de casarla con el Archiduque Alberto (hijo de la Emperatriz que hemos conocido en las Descalzas), dándoles como en fideicomiso la soberanía de los Países Bajos, dominio que consolidarían si tenían un hijo y lo casaban con una infanta castellana. No logró el Rey (por que Dios acortó con sus días sus inenarrables sufrimientos) ver formalizado el enlace, pero apenas aliviados los lutos, Alberto e Isabel, dando cumplimiento a lo proyectado por Felipe II, contraían su matrimonio y emprendían el viaje hacia Bruselas.

Los veintidós años que subsiguieron fueron como el esplendoroso de las dotes de mando, de las cualidades de excepcional mujer, del maravilloso poder de sugestión que había ido atesorando hasta entonces, silenciosamente, la tataranieta (biznieta me hizo decir otra vez una descarada errata) de Isabel la Católica. Una monografía leída públicamente y editada a principios de 1917, donde condensé como mejor supe aquel período rutilante, durante el cual se diseñó por primera vez la nacionalidad belga, y sobre ese fondo la vigorosa figura de la Archiduquesa — Infanta, relévame ahora de hacer sino ligera alusión a él. Epoca fué, en la cual Isabel Clara emuló junto a Ostende la entereza de la conquistadora de Granada, rivalizó con esta en actuar sobre el espíritu del marido para la mejor gobernación de su revuelto feudo, y tomó el ejemplo de la inmortal reina de Castilla protegiendo y estimulando las ciencias y las artes, que culminaron en las ingentes cumbres de Van-Dyck y de Rubens, una de cuyas colecciones de tapices envió por cierto la soberana belga a su nunca olvidado Monasterio de las Descalzas de Madrid.

Ni era en eso sólo en lo que seguía las huellas de la gran patrocinadora de Cisneros, el reformador de las órdenes monásticas. Andaban, así mismo, éstas tan relajadas por aquellos desquiciados países que en cartas de muy considerada religiosa se lee que era bueno que estuviesen recogidos los regulares de su orden, pues si no «presto se irían a las tabernas como los demás». En poner orden en



YSABEL CLARA EVGENIA

esto, en restablecer el culto católico allí donde lo había extirpado la Reforma, en favorecer a la Compañía de Jesús, a los Agustinos, a los Franciscanos, a las Clarisas (sus amigas de la infancia) fué activísima y pródiga Isabel Clara. Pero entre sus obras de religiosidad destaca la esplendidez con que, siete años no más desde el día en que llegó a Bruselas, promovió y protegió la instauración del Carmelo en Flandes. Ella fué quien tomó la iniciativa, y aún se disculpaba —al llamar para la fundación a las dos Anas, compañeras de Santa Teresa, Ana de Jesús y Ana de San Bartolomé— de que hasta entonces no le hubiera sido posible realizar su ya añejo deseo, y para animarlas a acceder a él les, escribió diciéndolas que la Madre Teresa no dejaría de asistirles desde el Cielo, e invitándolas a empezar su obra instalando, en las inmediaciones de su palacio, un Monasterio que pensaba poner, anunciaba, bajo la advocación de Santa Ana y San José. «Le gendre et la belle mère —dice la traducción francesa, a través de la cual sonríe el típico donaire de la infancia—, s'accorderont bien».

No se hicieron esperar las carmelitas. A fin de Enero de 1607, dos carrozas, enviadas por los Archiducos a París en su busca, las llevaban a Bruselas, donde fueron recibidas e instaladas por Alberto e Isabel, acompañados de sus caballeros y rodeados de sus damas y meninas, más de una de las cuales se apresuró a entrar en la orden. Poco después se ponía la primera piedra del Monasterio con ceremonias mayestéticas extraordinarias, asistiendo el Nuncio, los Archiducos, la Grandeza, en tribunas vestidas de la más rica tapicería flamenca: ¡Cuánta no sería la confusión de aquella Ana de Jesús —

la gran organizadora de la orden—, «la que lo quiere mandar todo», según la santa fundadora—, vestida siempre interiormente de estopa, debajo de la cual, además, al decir su biógrafo—, «andaba el cilicio, y sobre el canto llano ordinario de las cerdas contrapunteaban rallo, mallas, cadenillas, sogas de esparto y otros instrumentos»; y la emoción de la San Bartolomé, pobrísima guardadora de ovejas en su infancia, que si llegó a escribir fué por sugestión de Teresa de Cepeda, que poniéndola una pluma en la mano le ordenó: «Toma y escribe»; y la turbación de Beatriz de la Concepción, aunque no fuera tan «corta de razones» como aquella su tocaya a quien, merced a tal cortedad, eligió la Santa para tornera de un convento, «porque el callar es mucha virtud para portera de estas casas»; y el pasmo de las más miserables siervas de Dios, viéndose agasajadas con tanto fausto por la que quizás era a la sazón la más lujosa y artística de las Cortes de Europa.

Rápidamente, el Carmen Descalzo (verones y hembras) se extendió por toda Bélgica. Las carmelitas, sobre todo, como dice la condesa de Villermont, «se pusieron de moda». Bruselas, Mons, Lovaina, Amberes, fueron, entre otras, fundaciones de las dos Anas. Pero de ninguna de las casas se escribieron tantos elogios como de la primeramente construida y dotada por los Archiducos, que encargaron la edificación a Cauberghe, el más famoso arquitecto de la época. Cuando se terminó, el traslado del Sacramento fué otra fiesta resonante. Ana de Jesús, ya fatigada, marchaba al lado de Isabel Clara, —«Apóyese en mí, madre —la dijo— que está enferma». Y lo estaba, seguramente de alegría, como lo revela su carta al Padre Guevara, en la que le dice:

«Asegúrole, padre, que esta fundación es como la de las Religiosas Descalzas, de Madrid». Sin duda la Infanta había tomado por modelo el cenobio, que fué el parque de recreo de los albores de su vida, y en cuyo atrio rozaron su frente los taumatúrgicos dedos de la iluminada avilesa.

Pero pronto vendrían los días tristes. Surgió, primero, un disgustillo entre Ana de San Bartolomé y Su Alteza, porque esta, protectora también de cuantos católicos arrojaba de Inglaterra el protestantismo, amparó algún día a cierta inglesa Asunción, «que me espantó que diga que es ella la que guarda el espíritu de nuestra Santa»; disgusto que concilió la intervención de Beatriz de la Concepción, ya priora en Bruselas... Murieron seguidamente las dos Anas cuyas biografías costeó la Archiduquesa, cada vez más entristecida y más desengañada... Todo el castillo de naipes que su

correspondencia íntima revela, elevado sobre la deleznable ilusión de que Dios la concediera un hijo que poder casar con su nuera (como ella llamó desde la cuna a Ana de Austria, la hija de Felipe III), fué derrumbándose al soplo de la realidad. Alberto murió dejándola sin descendencia, y, por tanto, sin soberanía sobre aquellos Estados, por cuyo engrandecimiento tanto había luchado. Recluyóse Isabel Clara seis semanas en su cuarto de oración, al quedar viuda, y cuando salió de él para consagrarse, como un sacrificio, a la administración del que pudo ser el reino de sus hijos, apareció vestida de terciaria franciscana; el hábito que en las Descalzas vió, desde muy niña, ser la mortaja en vida de su tía y suegra la Emperatriz María.



Cuando en la Academia de Jurisprudencia leí la monografía antes aludida, hube de pedir a Bélgica, para nuestra Isabel Clara, — después de narrar el resto de su virtuosa vida— lo que parece imposible que aún no tenga en la que fué su Corte: «una lápida, dos renglones de oro, el rótulo de un jardín, la sala de una pinacoteca consagrada al recuerdo de la Infanta castellana». Lo pedí, al menos, como muestra de la gratitud de aquella nación —protomártir de la guerra europea— a cuanto por ella han hecho en tan angustioso trance España y sus representantes.

Llegáronme entonces las más espontáneas y cálidas ofertas de ilustres personalidades de la colonia belga en Madrid, del Havre y de Bélgica, brindándose a colaborar al pensamiento. «La Belgique —escribía autorizada pluma— ne pourra mieux faire pour payer sa dette de reconnaissance a la noble Espagne qui l'a consolée, soulagée et protégée, qu'en élevant un monument magnifique a la Grande Infante, sa première Souveraine propre, dont elle a conservé la memoire si vivante». «Les Belges —se me copiaba de una comunicación suscrita por un ilustre miembro del Gobierno emigrado, relativa a mi trabajo— n'ont pas oublié cette Infante d'Espagne, intelligente et bonne qui, tout en pansant les plaies de la guerre, sut encourager les arts, et dont ils associent le souvenir a celui des plus grands artistes flamands». Y se me hablaba, a renglón seguido, de la obra misericordiosa emprendida por S. M. el Rey Don Alfonso XIII y sus celosos secundadores «oeuvre qui remplit tous les Belges de reconnaissance»; y al transmitirme el propósito de aquel Gobierno Real de perpetuar la memoria de tan grandes beneficios, se me significaba la esperanza de

que en esa conmemoración «la noble figure de l'Infante, grace a votre heureuse suggestion, en sera un des principaux ornements».

Felizmente, la guerra terminó. Y ha terminado cumpliéndose una profecía que en mi trabajo hice. «Bélgica vivirá» vaticiné, y Bélgica vive. Tiempo hace ya que sus augustos Soberanos actuales, doblemente augustos porque han enriquecido las joyas de su corona engarzándolas en los campos de batalla con los laureles de la victoria, y nimbándolas con el resplandor de su personal sacrificio en los altares de la Patria, tuvieron en la Corte una entrada triunfal, fastuosa, henchida de esperanzas como aquella que hicieron en su día los Archiduques-Infantes, caballeros en dos caballos blancos, por satisfacer antiguas preocupaciones, según las cuales —Isabel Clara lo contaba— «hasta

que entrasen en Bruselas dos señores propietarios en caballos blancos no había de haber paz». Fiel portavoz del hidalgo deber de un pueblo bien nacido, el Parlamento se apresuró a celebrar solemnísima sesión para dar gracias a los Estados que, durante el desastre, velaron por los derechos e intereses de los súbditos belgas, y en ella, con oportunidad de insuperable discreción, el benemérito Marqués de Villalobar, Ministro de España, evocó al lado de los nombres de Alberto e Isabel, heroicos y gloriosos monarcas de hoy, los de Isabel y Alberto, sus homónimos, escritos con indelebles caracteres áureos en la portada de la historia belga. Y yo sé que, a pesar de los dulces olvidos de la paz, en medio de tanto llanto sin enjugar, de tanto daño sin reparar todavía, de tanta inaplazable labor a que acudir, sigue palpitando inmutable y generoso el latido del nobilísimo anhelo, que entre los dolores del combate se me transmitió, compartido por muchos hispanófilos preclaros, entre ellos el eminente Baron Janssen, de consagrar a España, tan pronto como Bélgica se viera libre de sus cadenas, permanente testimonio del agradecimiento belga, en el cual había de ser principalísimo ornato la noble figura de la Gran Infanta; de aquella su primera Soberana, tan rapidísimamente identificada con la belleza y con el sufrimiento de los que iban a ser sus Estados, que, apenas puesto el pie en ellos, escribía al Duque de Lerma: —«Esta tierra es lyndísima, si no estuviese tan destruyda, que es la mayor lástima del mundo».

¿Hemos de limitarnos los españoles a ufanarnos por el recuerdo y agradecerlo pasivamente? ¿No deberemos contribuir en algún modo a dar realidad a un pensamiento,

cuya plástica encarnación tanto habría de colaborar en la purificación internacional del buen nombre de nuestra Patria, secularmente escarnecido y mancillado, en aquellas tierras, por la patraña? Puesto que el monumento, al fin y al cabo, habrá de ser afirmación pétrea de la rediviva personalidad belga, cuyos primeros alientos acaloró la inteligente princesa que envió España, y cuyos vigorosos inconfundibles rasgos se delinearon y deslindaron en los doce años felices de la tregua reconstructiva, por Isabel con tan maternal afán procurada, reproduzcamos en lo posible la dichosa coincidencia; envíe ahora España la estatua de su excelsa hija, y erija Bélgica el resto del monumento; un monumento en el cual las artes belgas contemporáneas rodeen la efigie de la Infanta, evocando el recuerdo de sus progenitoras las inmortales artes flamencas del siglo XVII, que rodearon con inmarcesible lozanía el solio de Isabel Clara.



¿Será ilusión de mi patriotismo, esperar que las damas españolas acudan a perfeccionar y desarrollar tal propósito? Porque confiadamente creo en su ayuda, he venido a impetrarla desde estas primeras páginas de VOLUNTAD.

Ningunas como ellas para acoger mi ruego. En el prospecto que dió a conocer los intentos fundacionales de esta Revista, se leía el párrafo, al empezar transcrito, que las hace votivas de una obra cuya inspiración tiene por norte los dos más castizos, insuperables, dechados de la mujer hispana: Teresa de Jesús e Isabel La Católica. Y una y otra fueron también modelo y guía de Isabel Clara Eugenia. De cómo fué ella, reflejo en Flandes de la luz que se extinguió en Alba de Tormes, queda hecha aquí muy sucinta mención. De cómo, al mismo tiempo

era fiel trasunto de la bendita unificadora de España, sea voz y testigo el Cardenal y Nuncio Bentivoglio que, describiendo a la Soberana de los Países Bajos, afirmaba: —«Bien representa al vivo en todas sus reales virtudes aquella gran Reina Isabel de Castilla cuyo nombre tiene y de cuya sangre toma la descendencia». Por eso, llamé a las puertas de VOLUNTAD. Por eso, confío en que las damas que protegen y leen esta Revista, acogerán bajo su amparo la idea que más atrás queda esbozada. Si ellas me honran dando calor con sus simpatías y patrocinando con su activa divulgación e inteligente perfeccionamiento un proyecto en el cual quien lo inició quiere ser lo de menos, y es lo demás el tributo que en semejante homenaje recibirían nuestra Religión y nuestra Patria, merecerían bien de ellas.

F. DE LLANOS Y TORRIGLIA





ALEGRIA CASTELLANA

*Domingo, cielo azul. Las vetustas callejas
en la gloria del día parecen menos viejas.
Sobre el gris de los muros resaltan los colores
de cintas, gallardetes y guirnaldas de flores.*

*El júbilo estruendoso en los aires estalla
en repique y cohetes, y la ciudad que calla
largos meses se alegra un instante y se viste
el disfraz de alegría clamorosa del triste.*

*Un bullicio lejano. La procesión que llega:
el pífano gangoso de la gaita gallega,
el tamboril cansado, la chillona charanga,
a cuyo son grotesco brinca la mojiganga.*

*Y, al pasar el tumulto de abigarradas notas,
con lento caminar devotos y devotas,
en la torre voltea de nuevo la campana
y va entrando el cortejo en la iglesia lejana.*

*A la plaza los mozos emprenden el camino,
al hombro la alegría en la bota de vino.*

*¡Quién habla de pesares, quién habla de pobreza:
todo es luz en el alma y en la naturaleza!*

*Hoy las ropas de gala salieron de la arquilla,
y las peinas más altas y la mejor mantilla.
Un coche de toreros cruza la callejuela
y hay un sol diminuto en cada lentejuela...*

*Los que fueron gozosos, ya retornan borrachos;
la madres, fatigadas, cargan a los muchachos.
Ya volvió la tristeza. ¡Cuán fugaz la alegría!
¡Penitencias de un año por locuras de un día!*

EL MENDIGO EN LA FERIA

*Son las fiestas de Julio en tierra de Castilla;
al borde del camino está el mendigo hambriento,
cara al sol, que le tuesta, hincada la rodilla,
y en medio del bullicio como remordimiento.*

*Sus ojos son dos brasas en la cara de arcilla
y su actitud estática, prolongado tormento;
sólo el labio terroso en la taz amarilla
se mueve maquinal, acompasado y lento.*

*A veces el viandante se detiene un momento
ante el plato de cobre que entre las piedras brilla,
y al sonar las monedas en la pobre escudilla,
unos dedos nudosos, cual rama de sarmiento,
a la boca y al pecho llevan la calderilla
sin cortar la oración en tono de lamento.*

VESPERAL

*El pastor su rebaño en el redil encierra
y del prado brumoso viene una voz lejana:
es aguda en la esquila y grave en la campana...
Una niebla de ensueño se extiende por la tierra.*

*La púrpura de ocaso se enciende en rojo brillo,
y luego es amaranto, es pálida violeta,
es sombra y es silencio. Ya sólo canta el grillo.
Húndete, corazón, en esta paz completa.*

FRANCISCO A. DE ICAZA



Y VA DE CUENTO

FANTASIA EN UN PROLOGO Y CUATRO ACTOS

Para que los grandes duerman, para que los niños sueñen.

PROLOGO

Las cuevas de los traperos.—Por distintos caminos van llegando los traperos. Es de noche.

- TRAP. 1.—Madre, madrecita nuestra, ya estamos aquí todos tus hijitos.
TRAP. 2.—Ya estamos aquí, como todos los años.
TRAP. 3.—Más cansados que nunca.
TRAP. 1.—Con un tesoro de basura.
TRAP. 2.—La basura de muchos tesoros.
TRAP. 3.—Todos los desperdicios del mundo.
TRAP. 1.—Las sobras de sus festines.
TRAP. 2.—Los andrajos de sus atavíos.
TRAP. 3.—Las barreduras de sus palacios.
TRAP. 1.—Y también la basura de su espíritu.
TRAP. 2.—La vulgaridad cotidiana...
TRAP. 3.—La charla insustancial...
TRAP. 1.—Mentirillas inocentes.
TRAP. 2.—Calumnias criminales.
TRAP. 3.—Risotadas bobas.
TRAP. 1.—Sonrisas perversas.
TRAP. 2.—Y lágrimas falsas.
TRAP. 3.—Y alguna verdadera que se perdió entre las falsas.
TRAP. 1.—Y capullos de flores que se helaron.
TRAP. 2.—Y flores marchitas.
TRAP. 3.—Abortos, fracasos, roturas, quebrantos...
TRAP. 1.—Todo lo que el mundo malgasta y desgasta, derrocha y destroza, malogra y derrama, lo que desperdicia, lo que desbarata...
TRAP. 2.—Todo al montón.
TRAP. 3.—Todo al montón.
TRAP. 1.—Para quemarlo y purificarlo.
TRAP. 2.—Y que las hadas hilen la llama y con los hilos tejan el velo de la ilusión.
TRAP. 3.—Madre, madrecita nuestra, madre de los traperitos, ven a ver el tesoro que te traemos.
TRAP. 1.—Ven a prenderle fuego.

Sale la Madre de los traperos

MADRE.—Hijos míos, hijos de mi vida, cuanto tardasteis.

TRAP. 1.—Un año de nuestra vida, un año de la vida del mundo; mira, mira.

MADRE.—¿Y es esta toda la basura que habéis recogido en un año de vida del mundo?

TRAP. 1.—Aun quedó allí otro tanto.

MADRE.—Sois unos holgazanes.

TRAP. 2.—No, madrecita, trabajamos sin descanso. Más que nosotros son los ángeles del cielo que andan entre los hombres para su guarda, y tampoco ellos pueden limpiar el mundo ni limpiar las almas.

MADRE.—Veamos, veamos; no traéis nada de provecho.

TRAP. 1.—Cada vez se desperdicia menos en el mundo.

MADRE.—Nos reñirán las hadas, nos dirán que de todo esto no sacarán un hilillo de luz para el velo de Maya.

TRAP. 1.—Ellas sí que son habilidosas y cuando todo arda, hilarán la luz en sus ruecas de oro y tejerán un velo maravilloso.

TRAP. 2.—Prendedlo ya.

TRAP. 3.—Prendedlo... qué hermosa lumbre, qué hermosa llama...

TRAP. 1.—Ved, ¡ya se ilumina toda la montaña...

MADRE.—Y las hadas acuden a la luz.

(Queda todo envuelto en humo y en llamas)

CUADRO SEGUNDO

El Palacio de las hadas.—Las hadas hilan en ruecas de oro.

LA REINA.—¿Qué os sucede, hermanas? Nunca os vi tan abatidas en vuestro trabajo.

HADA 1.—No ¡hila la rueca, el hilo se quiebra.

HADA 2.—Son hilos de lágrimas.

HADA 3.—¡Cuánta tristeza, cuánto dolor llegó del mundo!

HADA 1.—Lágrimas de mujer, lágrimas de niño, ¿qué velo de ilusión podemos tejer?

REINA.—Sí, hermanas mías, nuestros telares y vuestras manos logran maravillas. Hay que tejer un velo precioso; el velo de Maya, nuestra diosa, un velo de ilusión y de fantasía. No temáis que entre sus visos irisados diga mal, como el parpadeo de una estrella, el temblor de una lágrima: será como la estrella de la tarde entre nubes de nácar. Veréis qué precioso velo ha de tejerse. Ha de ser su asunto un cuento de niños sin miedos ni espantos, como sueño de noche de Reyes. Nuestra diosa no quiere a los hombres, que han desgarrado su velo tantas veces, y no por amor a la verdad sino por tuda grosería; los hombres ya no merecen el regalo de una ilusión ni la gracia de una mentira. Esta vez el velo de Maya sólo será visible para los niños; en él los envolverá nuestra diosa para ocultarles todas las fealdades, todas las miserias del mundo; y si impacientes y curiosillos, con sus manecitas de gato travieso, rasgaran el velo y asomaran sus ojos preguntoncillos para ver qué hay detrás del encanto, les castigaremos a ser hombres antes de tiempo.

HADA 1.—Y ¿cómo ha de ser el velo que hemos de tejer? ¿De vivos colores entretejidos como un chal oriental; como un mosaico de esmaltes y pedrería, resplandeciente como abanico de pavo real; como una pagoda chinesca de mil colorines, toda colgada de campanillitas de oro; como un manto de emperatriz bizantina; como un cortejo de reyes orientales; como un incendio de luces de Bengala, que chisporrotean en lluvia de oro y de piedras preciosas?

HADA 2.—O será un cuento de luna o de nieve, de lagos y cisnes, de ópalos y perlas.

REINA.—Que tenga dos caras el velo, al norte del sol, al sur de la luna; todo ilusión, todo mentira, el sol de plata, de oro la luna, las rosas azules y el cielo de rosa, en el cielo flores y en la tierra estrellas... Hilad, hilad, hermanas mías. Gire la rueca, gire la rueca.

FIN DEL PROLOGO

JACINTO BENAVENTE



LA REINA MADRE

MARIA CRISTINA DE AUSTRIA



ENTRE LAS GRANDES REINAS que ha dado a los tronos de Europa la insigne Casa de Austria, colocará la Historia en lugar eminente por sus virtudes y talentos, a la que compartió con Don Alfonso XII de Borbón el trono de Felipe II; hija del Archiduque Fernando Carlos y de aquella Archiduquesa Isabel, que desempeñó papel tan importante en la Corte de Francisco José, quien reconocía y tenía en la más alta estima su talento, llegó Doña María Cristina a la Corte española en el año de 1879, bien ajena, sin duda,

a que apenas seis años más tarde, las tocas de la viudez habían de caer sobre los rubios cabellos en que resplandeciera la brillante aureola de una de las coronas de Europa, que aun conservaba el prestigio de los tiempos lejanos en que España fué la dominadora del mundo.

La Corte española ensombrecida con el luto de aquella otra bondadosa Princesa, que pasó leve y rápida por el trono, dejando en nuestros corazones una fugitiva sombra de melancólica tristeza, ansiaba la llegada de esta Archiduquesa bella y joven, que venía de las orillas danubianas, con el poético encanto de una Princesa de leyenda.

Las primeras fotografías que de Doña María Cristina circularon en Madrid, la representaban atrayente en la gentil elegancia de una figura verdaderamente soberana; los preparativos que se hicieron para recibirla y el júbilo de que daba muestras el Soberano, eran claras demostraciones del gran interés que su llegada despertaba; el pueblo español, dócil a la sugestión de la belleza, rindióse pronto a los encantos de la nueva Reina y Don Alfonso cuyo atractivo personal era por todos reconocido, tuvo para su nueva esposa todas las galanterías y todas las delicadezas, propias de su carácter romántico y caballeresco.

Los grandes señores de la Corte festejaron con fiestas magníficas a la Soberana y fué en el Palacio ducal de Fernán-Núñez, donde se celebró la más fastuosa.

«Madrid, al concluir el año de 1879 y comenzar el 80, —dice un notable escritor y periodista— no hacía caso de problemas africanos, ni de crisis políticas, ni de amenazas de Sagasta, ni siquiera del peligro representado por los progresistas, que al amanecer la restauración, mostrábase tan resueltos como al expirar el reinado de Doña Isabel. Madrid menudeaba sus fiestas. El casamiento de Don Alfonso XII con Doña María Cristina de Hapsburgo, augusta dama que, apenas conocida, encantó por su figura y su amabilidad, tuvo todas las pompas y alegrías propias de la Corte española. Se corrieron toros, se encendieron luminarias, se dispusieron festejos populares y Madrid ardió en fiestas durante una semana. Rejonearon el Caballero Floranes, que luego tuvo desdichado fin, el Caballero Vela y fueron mata-dores el Regatero, Gonzalo Mora (a quien, contra su gusto, llamaban *Bandolina*), Gordito, Lagartijo, Currito, Machío y Carancha. De todos ellos sólo dos quedan.»

Uno de los números más interesantes del programa de las fiestas regias, fué la exhumación de una farsa de Plauto, verificada bajo los auspicios del sabio y entonces joven montañés, D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

La obra no produjo gran entusiasmo, aunque para los espíritus cultos constituyó un verdadero regalo.

Durante los breves años de su matrimonio la Reina Doña María Cristina, alejada en absoluto de la política, se dedicó a la vida familiar y a poner en práctica el nobilísimo consejo de su madre la Archiduquesa Isabel, que al despedirse de su hija, pronunció estas admirables palabras:

—«Procura no ser solamente la Reina de España, sino la madre de todos los españoles.»

Y de cómo supo cumplir la Reina-Archiduquesa el maternal consejo, pueden dar fe, más que cuanto pudiéramos decir en esta ligerísima semblanza y más que cuanto pueda consignar en sus páginas la Historia, el cariño y el respeto que los españoles, sin distinción de clases ni partidos, rinden a la augusta Madre de Don Alfonso XIII.

LA REINA CONSORTE

La aurora de su reinado, o el acto más transcendental de su luna de miel, fué la abolición de la esclavitud en Cuba, borrándose con este Decreto el estigma que marcaba a España entre todas las naciones civilizadas; el nacimiento de la Princesa de Asturias Doña María de las Mercedes, la feliz terminación de la llamada *guerra chiquita* en Cuba, gracias al valor y pericia del general Polavieja, la celebración del Centenario de Calderón de la Barca, cuya artística cabalgata superó a cuanto entonces se había hecho, y no ha sido después igualado, la sublevación de Badajoz, fueron sucesos importantes de este breve período de nuestra Historia que precedió a la muerte de Don Alfonso XII.

Por aquellos años —creemos que fué en el 81— vino a Madrid la Reina destronada Doña Isabel II. Estuvo a las órdenes de la ex Soberana, durante su permanencia en la Corte, el General Marqués de Novaliches, que por los sucesos políticos de todos conocidos, había roto todo género de relaciones con el General Serrano; plugo a la bondadosa señora, en cuyo corazón jamás anidaron rencores, reconciliar a Pavia con el Duque de la Torre, y llamando a éste a su Cámara en ocasión en que Novaliches se hallaba prestando servicio, de tal modo logró realizar su propósito, que momentos después Doña Isabel II cruzaba las galerías del regio Alcázar apoyada en ambos brazos de los dos esforzados militares.

Pasaba en tal sazón la Reina Doña Cristina, que no pudo ocultar su sorpresa ante el cuadro que a su vista se ofrecía.

—¿Qué te parece? —preguntó a su nuera, la madre de Don Alfonso XII, y Doña Cristina, con acento levemente irónico respondió estas ingeniosas palabras:

—Qué estás haciendo de Puente de Alcolea.

La frase hizo fortuna y acreditó el ingenio de la Soberana.

UN BAILE CELEBRE

En estos años de felicidad conyugal, los Reyes asistieron a algunas fiestas celebradas en su honor en las casas de los grandes señores de la aristocracia, siendo la más brillante el baile dado por los Duques de Fernán-Núñez en el Palacio de Cervellón, en cuyos salones figuran, como es sabido, entre antiguos retratos de Goya y cuadros de Tiziano, de Van-Dick, de Greuze, de Brenchel, de Salvator Rosa, de Murillo, de Ribera y otros grandes pintores, obras de nuestros artistas contemporáneos, como Rosales, Casado del Alisal, Ferrant, Palmarioli y muchos otros.

Era condición precisa para asistir a aquella fiesta la de que todos los invitados fuesen con disfraz, y solamente se hizo una excepción para Don Alfonso que se presentó vistiendo el uniforme de Capitán general.

La Reina Doña Cristina lucía un magnífico traje de dama del siglo XVIII; la falda que era de raso blanco y rosa, estaba adornada de capullos de rosas y brillantes y un riquísimo joyel colocado en el hombro, sujetaba el manto de color verde musgo, que en elegantes pliegues caía sobre el vestido; en el cuello llevaba un cintillo de brillantes y en la empolvada cabellera un lindo *bouquet* de brillantes y plumas.

La Infanta Doña Paz vestía traje de la época de Luis XV, con

falda color rosa cubierta de ricos encajes; el Príncipe de Baviera, se ajustaba en su traje a la época de Carlos V.

La Duquesa de Fernán-Núñez, con su majestuosa elegancia, reproducía en su atavío las suntuosidades de la Corte de Luis XIV, habiendo tenido el acierto de copiar exactamente un retrato de una de sus bisabuelas; llevaba riquísimo peto de brillantes; el Duque había copiado con exactitud un retrato de Felipe II.

Creemos curioso —abriendo un paréntesis mundano, en esta ligera semblanza de la Reina Madre— dar aquí algunos detalles, hallados en viejas crónicas de esta interesante fiesta, acaso la más notable de cuantas presenciara en su reinado el malogrado Alfonso XII.

Damas que ha tiempo han desaparecido del mundo de los vivos, y otras que viven retiradas de la sociedad, lucieron en esta fiesta con esplendor nunca superado. Tal la Duquesa de Osuna, que vestía soberbio traje oriental, cuajado de perlas y con inscripciones bordadas en oro, que según un cronista de la época, debieron decir: *sólo ella es vencedora*; tal la Marquesa de Villamantilla, aquella inolvidable dama, que fué más tarde Marquesa de Squilache y que vestía de *Fátima*, en recuerdo sin duda de su paso por la Embajada de España cerca del Sultán de Turquía, y otras como la Condesa de Almirante, la de Villalba (hoy Condesa viuda de Aguilar de Inestrillas), la hermosísima Condesa de Atrés, la Marquesa de Roncali, la Condesa de Casa-Valencia, la Marquesa de Ayerbe —que precedió en este título a la hoy señora de Liria—, y aquella dulce y bella Vizcondesa de Irueste, que tantas simpatías contaba en la sociedad madrileña.

Pero lo más notable de este baile fueron las comparsas. Ved sino la de la Comedia, al recuerdo de cuyos personajes, los que tales tiempos alcanzamos, sentimos invadido nuestro espíritu por intensa melancolía...

La primera pareja *Corcelina* y *Bertramo*, la representan de modo admirable la Infanta Doña Isabel y el Marqués de la Mina; después *Colombina* y *Spezzaferró*, la Infanta Doña Eulalia, en traje de gró verde musgo y rosa, y el Duque de Tamames; *Fiorinetta* y *Pantalone*, ella, la hermosísima Ministra de Holanda Mme. Stuess y él, el Marqués de Castrillo; *Silvia* y *Leandro* o sean la Condesa de Villagonzalo, radiante de hermosura, en su traje rosa y blanco, con el delantero bordado de plata y el peto cual una coraza de brillantes y el Marqués de Castel-Moncayo, actual Duque de Montellano.

La Duquesa de Alba en la plenitud de su belleza, llevaba con soberana distinción el traje de *Isabella*, la pobre comedianta, y sobre el rosa y malva de su traje, cubierto de valiosos encajes, fulguraban las perlas de la Casa ducal, formando una a modo de red, que la cubría todo el escote; el Vizconde de Linares —hoy Marqués de la Torrequilla— era su pareja y vestía con arreglo a la época de Enrique II.

La Vizcondesa de Torre-Luzon —hoy Duquesa de Ahumada— personalizaba a *Cantatrice* y estaba encantadora; su pareja era el Conde de Gomar.

La Condesa de Peña Ramiro, que hacía de *Comedia* tuvo un gran éxito de belleza y de elegancia; su Caballero era el Conde de Crecente; la Marquesa de Castrillo, otra beidada, iba de *Bernetta* y con ella Don Enrique Heredia de *Fritelino*; la Marquesa de Belbauf, hija del Marqués de Alcañices, la Señora de Silvela, la de Xifré, Doña Joaquina de Osuna, que muchos años después había de ser la esposa del insigne Cánovas, la Duquesa de San Carlos y Doña Concepción Heredia, completaban la magnífica comparsa con sus parejas, Don Emilio Heredia, el Conde de Benalúa—hoy Duque de San Pedro de Galatino— Don José Xifré, Don Enrique Crooke, Don Andrés Hinestrosa —el malogrado Conde de San Martín de Hoyos— Don Luis Pérez del Pulgar, de la Casa de los Marqueses del Salar, y el Conde de Cumbres-Altas, hoy Duque de la Conquista.

Sería curioso citar los nombres de una comparsa de solteras que hoy casi todas son abuelas. He aquí algunas: María Salabert, hoy Condesa de Torre-Arias; Pilar Caso, hoy Duquesa de Sotomayor; Mildred Potestad, después Condesa de Caltavuturo; Fuencisla y Amparo Quirós, las dos nietas de la Reina Cristina de Borbón, que hoy se llaman la Condesa de Guendulafin y la Marquesa de Santa Cristina; Lucía Ozores, que casó con su pareja el Conde de San Román; Carmen Mendoza, hoy Condesa de San Luis, y algunas otras.

Era Camarera Mayor de Palacio, la Duquesa de Medina de las Torres y Mayordomo Mayor el popular Duque de Sexto, Marqués de Alcañices.

¡Cuán lejanos parecen ya aquellos tiempos! ¡Y qué distintos de los de ahora, aquellos bailes que comenzaban invariablemente con el severo rigodón de honor y en que con los vales de Strauss y de Arban, alternaban los *quadrilles* en las que se marcaban reverencias versallescas, tan distintas de los *fox-trot* y de los *one-steps* que ahora se bailan en los salones.

El admirable cronista *Fernánflor*, describió con su pluma de oro esta brillante fiesta, de la que se hizo eco toda la prensa de París, de Londres y de Madrid.

DÍAS TRISTES

Los días tristes vinieron pronto y los terremotos de Andalucía y la declaración del cólera en algunas provincias y la cuestión de

las Carolinas, fueron algo así como los heraldos de la catástrofe; el Monarca herido de muerte, aunque en la *Gaceta* y en las esferas oficiales se obstinaban en guardar el secreto, estaba ya consciente de la gravedad de su estado; en la Corte y en el pueblo se presentía la inminencia del funesto desenlace; una sombra de tristeza lo envolvía todo; una angustia, apenas velada, reflejándose en los semblantes y cuando el Rey fué trasladado al Pardo en aquel triste mes de Noviembre del año de 1885, díjese que sobre el frontispicio del bello palacete de Carlos IV, comenzaban a dibujarse las desoladoras palabras de Dante: «¡Dejad toda esperanza!».

LA REGENTE

Durante los días de la enfermedad de Don Alfonso XII, la Reina Doña María Cristina estuvo a la altura de sus deberes; retenida en el regio Alcázar por consejos casi imperativos de Don Antonio Cánovas, que con la adivinación de su gran inteligencia, dábale clara cuenta de los peligros que acechaban a la Monarquía, iba diariamente al Pardo a pasar largas horas al lado del amado esposo; iba al Pardo decimos, dejando en el regio Alcázar al Duque de Montpensier, aguardando el terrible momento, y más de una vez, la figura triste y augusta de la joven Soberana, cruzábase con misteriosos embozados que salían furtivamente de las estancias palatinas. ¿Qué se fraguaba en aquellas horas de angustia? ¿Qué planes se formaban para el momento ya cercano en que Don Alfonso XII, *el Pacificador*, rindiere su tributo a la muerte?

Misterio...

Llegó el trágico instante; la Reina, a la cabecera del augusto enfermo, sintió que la muerte se acercaba y llamó a los médicos de Cámara; el remedio por éstos indicado, produjo en Don Alfonso una rápida somnolencia; pero de este sueño no volvió a despertar; no es cierto pues, que en los últimos momentos, pronunciara las palabras que algunos escritores le han atribuido: «¡Qué conflicto, Dios mío!».

Si en la muerte del Rey pudieron formularse aquellas palabras, sus labios no se abrieron para pronunciarlas. Tal nos lo han asegurado algunas de las personas que se hallaban en aquel momento en la Cámara regia.

Y fué entonces cuando se reveló el temple de alma firme y heroico de Doña María Cristina. Fué entonces cuando la sangre de la insigne estirpe que circula por sus venas, la hizo mostrarse digna descendiente de aquella gran Emperatriz, ante quien los magnates de Hungría, clamaban con fervoroso entusiasmo: «Lucharemos por nuestro Rey María Teresa».

Verdad es que al lado del trono había entonces un gran hombre: Cánovas del Castillo. Y este insigne estadista, a quien tanto debe la patria, sostuvo con energía los derechos constitucionales de la angustiada Señora, mandó a la *Gaceta* el Decreto proclamando su regencia durante la menor edad del llamado a ceñir la corona —cosa que se ignoraba puesto que la Reina se hallaba en cinta— y dispuso que volviese a Madrid acompañando el cadáver de su llorado esposo.

Y fué ese mismo grande hombre quien aconsejó la llamada de Sagasta y su partido a los Consejos de la Corona, fundándose para ello —según uno de los pocos escritores que han relatado ese período de la Historia de España— en que un *reinado nuevo, necesitaba ministros nuevos*.

Cánovas y Sagasta celebraron una conferencia trascendental que entre la gente política se conoce con el nombre del *pacto del Pardo*.

De esta conferencia arranca toda la política del período de la Regencia de Doña María Cristina.

Mas no es nuestro propósito hacer una historia de la Regencia, ni en los límites de esta Revista habría espacio suficiente para relatar los múltiples sucesos ocurridos en los diez y seis años largos que duró la menor edad de nuestro muy amado Rey Don Alfonso XIII.

Cronológicamente los va consignando en su Historia de España el sabio Catedrático y Académico D. Angel Salcedo y Ruiz y así van desfilando a nuestra vista sucesos faustos y adversos —mas numerosos ¡ay! los últimos que los primeros—; la jura de la Regente, momento solemnisimo en que sobreponiéndose a su dolor, apareció con la fastuosa pompa de la Corte española, en el salón de sesiones del Palacio de la Representación nacional, envuelta en los crespones del luto y llevando de la mano a sus dos hijas la Princesa de Asturias y la Infanta Doña María Teresa, oyendo en aquellos momentos una de las más grandes ovaciones de su vida; el nacimiento de D. Alfonso XIII, que colmó los anhelos de la Nación y de la Reina, las sublevaciones militares, los cambios políticos; la Exposición universal de Barcelona, el famoso crimen de la calle de Fuencarral, la Coronación del gran poeta Zorrilla, las primeras pruebas del submarino Peral, las grandes y magníficas fiestas del centenario del descubrimiento de América, Cánovas, ya casado con D.^a Joaquina de Osma, convocó en *La Huerta* a toda la pléyade de americanos ilustres venidos para las fiestas — la guerra de Cuba, con el desfile de generales que en vano pretendieron sofocar la insurrección. Maceo y Máximo Gómez triunfaban — extendida a Puerto Rico y Filipinas.

Y luego la rápida guerra con los Estados Unidos, la pérdida de

nuestras colonias, y de nuestra escuadra, y el heroico sacrificio de tantos bravos marinos...

De esta época es una fiesta célebre verificada en el Circo, ya derruido, del Príncipe Alfonso y a la que asistió la Reina Doña Cristina, vistiendo las tocas de viuda, que no abandonó hasta el momento de las bodas de su augusto hijo.

Era un concierto benéfico; el teatro estaba rebosante de público, había gente hasta en los pasillos, en el ambiente respirábase aire de tragedia; llegó la Regente y ocupó su palco en medio de una respetuosa simpatía, que apenas si se atrevía a exteriorizarse; tal era la tensión de los nervios.

Esperábanse noticias de la guerra; D.^a María Cristina había dado orden a uno de sus Ayudantes para que cualquier telegrama que se recibiera, se lo llevaran al Teatro.

Mediaba el concierto; de repente, se destaca en la penumbra del palco regio la figura de un militar, cuyo uniforme ostenta la roseta de los Ayudantes de la Reina; esta desdobra un papel azulado y lee... El público ávido torna sus miradas al palco regio; corre una ráfaga de emoción; alguien lanza la noticia de un desastre y un rumor sordo estremece la sala. La Regente emocionadísima hace al público señales tranquilizadoras con la mano; entrega el papel al Ayudante y de pronto en el escenario, en medio de un silencio angustioso, se da lectura al despacho, que contiene satisfactorias noticias.

Estalla un aplauso unánime, atronador, la orquesta hace sonar las notas de la *Marcha de Cádiz* y el público en pie prorrumpe en atronadores vivas a la Reina, al Rey, a la patria.

El momento es solemne.

La Reina madre, llora...

La boda de la Princesa de Asturias celebrada en este período fué una fiesta familiar, algo triste; recuerda el cronista su paso por la Puerta del Sol, tomada militarmente, el desfile de palatinos, la exposición de las joyas, depositadas en la canastilla de la joven Princesa y todos los actos, en fin, que precedieron y siguieron a la ceremonia.

Otros muchos sucesos interesantes ocurrieron en el largo período de la Regencia, de la que un historiador nada sospechoso de adulación, ni de monarquismo —el Señor Ortega y Rubio— hace la siguiente síntesis que es el mejor elogio de D.^a María Cristina de Austria.

«La Regencia había abarcado un interesante período de muy cerca de diez y siete años, y a pesar de las inolvidables desgracias y catástrofes, unas fortuitas y otras culpables, ocurridas durante ella, llegaba a su término natural en plena paz, y en medio de un renacimiento de las energías nacionales, precursor de días más felices. Sería injusto dejar de consignar que de los juicios severos, y por desgracia demasiado justos formulados por el pueblo español contra sus gobernantes, excluyó siempre la generalidad a la Viuda de D. Alfonso XII; su imparcialidad y celo en el cumplimiento de sus deberes constitucionales; su irresponsabilidad en los desastres sufridos por la Patria, sin dificultad los reconocieron todos, amigos y adversarios.»

La historia, pues, hace justicia a la Reina Madre.

LA REINA MADRE

Después de las brillantes fiestas de la Jura de D. Alfonso XIII, parece como que se esfuma en la política, la noble figura de la Madre; dolorosas desgracias de familia turban su bien ganado reposo y sucesivamente ve desaparecer a sus dos hijas la Princesa de Asturias D.^a María de las Mercedes y la Infanta Doña Reina María Teresa, muertas en plena juventud, rodeadas del cariño y del respeto que sus altas virtudes merecían. El lacerado corazón de la Reina Madre, que ya había visto morir a la gran Archiduquesa Isabel, sangra con estas heridas crueles y aún ve la muerte de algunos de sus nietos que vuelan al cielo en edad temprana.

El pueblo español —su pueblo— conmuevese con los augustos dolores, y aunque la Reina huye de toda exhibición y se encierra largas temporadas en sus habitaciones del Alcázar, el pueblo la

sigue con simpatía, y cuando sus deberes la obligan a presentarse en público, en actos oficiales, un murmullo de simpatía y de respeto, la acoge siempre. Pero ella es fuerte y grande y se sobrepone a sus penas; es la sangre de la gran Emperatriz María Teresa, que corre por sus venas...

Y protege a las artes y fomenta la cultura y tiende su mano generosa y pródiga a todos los necesitados.

Antes de terminar este artículo hemos de consignar dos rasgos caritativos de la Reina Madre que prueban las delicadezas de su alma. Helos aquí:

La Marquesa de V. llevó a su matrimonio con un hermano del General P. una fortuna no inferior a un millón de duros; azares de la suerte o despilfarros de gran Señor, mermaron esta fortuna en términos que los descendientes de la ilustre dama hallaron la herencia tan embrollada, que no podían distraer las sumas necesarias para pagar los derechos de sucesión del noble título.

Pero había joyas magníficas, restos del esplendor antiguo, y se acudió a un maravilloso collar de diminutas perlas en forma de racimos de uvas —collar histórico que había pertenecido a la Reina Amelia— para con su producto, conservar el nombre glorioso; mas el *snobismo* de muchas gentes a quienes se ofreciera la artística joya, hizo que la consideraron anticuada y nadie mostró deseos de adquirirla.

Alguien entonces acudió a aquella inolvidable Condesa de Superunda, que fué la última Camarera Mayor de la Infanta Doña Isabel, y la *Superunda*, como se la llamaba, la llevó a Palacio; vió el collar la Reina, se enteró del precio irrisorio en que se vendía y del objeto de la venta, y con un rasgo espléndido pagó más de lo pedido y el título ilustre, próximo a extinguirse o a pasar en lejanos parientes, fué conservado en su familia.

La Reina puso luego el collar en el equipo de su malograda hija la Infanta D.^a María Teresa.

La otra anécdota a que nos hemos referido es muy reciente:

Trátase de un joven alumno de una Academia Militar, próximo a ceñir los galones de oficial; el padre, un autor cómico que ganó mucho dinero en la época de la Regencia, se halla en situación apurada; faltan dos meses para los exámenes de fin de curso; el alumno tiene el número dos en la Academia, pero las pagas de dos meses están adelantadas; se debe a la patrona, al guarnicionero, al sastre, ¿qué hacer en tan angustiosa situación?

El autor aplaudido se acuerda de la Reina Madre; ella asistió a la representación de sus obras; el humorismo de estas dispó a veces las nieblas de su espíritu; mostróse siempre con el poeta cariñosa y amable. A ella, pues, recurrió en sencilla y conmovedora súplica...

Poco tiempo después, el aventajado alumno, era promovido a Oficial, tras de unos brillantes exámenes y en aquel instante el padre del muchacho recibía una carta del secretario de S. M. en que le decía que todos los gastos del equipo corrían a cuenta de la augusta señora.

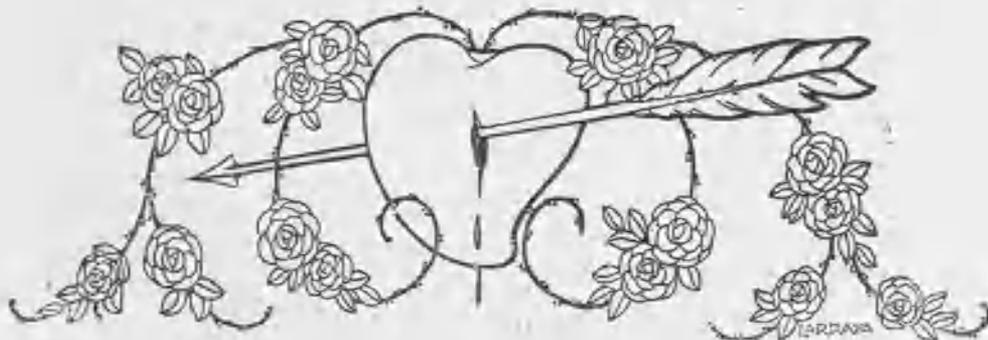
TIMBRE DE GLORIA

El más brillante, el más glorioso de sus timbres, es sin duda alguna, su actuación como Reina madre, la admirable educación física y moral dada al augusto vástago, nacido en tan difíciles circunstancias, bastarían para colocar a D.^a María Cristina de Austria entre las más grandes Reinas que figuran en la historia de España; a ella se deben los nobles y generosos sentimientos a lo continuo acreditados por nuestro joven Soberano; su amor al Ejército y a la Patria tantas veces puesto de manifiesto y su valor acreditado en los momentos en que una mano criminal atentó traidoramente contra su preciosa vida.

A grandes rasgos hemos trazado esta semblanza de la Reina D.^a María Cristina. Para ella parecen escritas estas palabras de Marco Aurelio.

«Los Príncipes que pensaron en hacerse amar, más bien que temer, reinaron siempre, asegurados de conjuraciones.»

MONTE-CRISTO





LA CUMBRE MÍSTICA

i

¿CÓMO EXPRESAR LO INEFABLE? • LA MÍSTICA Y EL VULGO • LAS DOS ESCUELAS
 DEL ALMA • CRISIS MORAL DE NUESTRO TIEMPO • ORO Y ESCORIA • DEVANEOS
 PROFANOS • LA MODA DE LOS PSEUDOMÍSTICOS Y DE LOS FALSOS APÓSTOLES
 • • • EL NUEVO DON JUAN DE LA FILOSOFÍA • • •



DLUGUIERA A DIOS, Y ya es harto ambicioso de-searlo, que, de sencilla y natural manera, sin salir de los términos comunes de nuestra flaca razón, pudiese yo dar a entender lo que es la Mística, deducir sus principios, conocer su fin y sus medios, investigar la suma Ciencia de que todos hablan

y tan pocos saben. Difícil y peligroso es el intento. Si aún los doctores en sagrada teología se pierden alguna vez en esos profundos y misteriosos caminos de lo sobrenatural ¿cómo pudiera yo, pobre de mí, declarar lisa y llanamente, según dije, lo que trasciende y sobrepaja a toda luz y discurso de hombres? Porque la Mística, en su sentido propio, es ciencia, pero de ángeles; no ejercicio intelectual, ni abstracción filosófica, ni instrumento alguno del profano saber, que pueda reducirse a leyes, métodos y fórmulas, sino un don particular y amorosísimo de Dios, un sobrehu-

mano entender, un conocimiento experimental de ciertas almas, por vías y modos diferentes de la razón y de la fe. ¿Cómo expresar lo indecible, cómo remitir a ideas y conceptos esa experiencia personal, incommunicable, de la suma Realidad, ese maravilloso comprender, regalada primicia de la eterna beatitud, en cuyas últimas fruiciones pierde su obrar el entendimiento, queda sin reflexión ni discurso, inundado de luz, quieto y absorto en la pura intuición de lo divino?

Mas aunque nada se me alcanza de esas cosas, que exceden al orden lógico de las sensibles e intelectuales, ni soy tan frívolo que presuma, y menos en una breve disertación, descubrir tan hondos y escondidos misterios, reservados por la gracia de Dios a sus predilectas criaturas, voy a exponer, del modo más claro y reverente que yo pueda —como una introducción a los ensayos españoles que prometí en *Los Caballeros de la Cruz*— los principios elementales de la Mística, pero en su aspecto doctrinal, especulativo y teórico, tal como la estudian y conocen los libros con que se instruye al vulgo.

Pues si algunos doctos piensan ahora, como en tiempos de Fray Luis de León, que en los tales libros hay mucho

riesgo por la suma delicadeza de lo que tratan, exquisito manjar no para todos, cierto es también que no se debe por consideración al daño particular de gentes maliciosas o indispuestas, de gustos viles o de estragados paladares, cerrar la boca al deleite y provecho de aquellos otros que sienten hambre de Dios, ansia pura de conocer sus inefables maravillas, sus tiernos regalos, sus infinitas misericordias.

Ni es tampoco, a mi ver, indiscreción o irreverencia, considerar la Mística al modo intelectual y filosófico. El Amor se basta a sí mismo. La caridad no ha menester razones pues las excede con las obras. «El reino de Dios, dice San Pablo, no consiste en palabras concertadas ni en sutilezas metafísicas, sino en las puras y virtuosas acciones». A las disputas de los sabios responden siempre la virtud y la fe: «todo está en el corazón»... Pero también es lícito y prudente incorporar a las vivas lecciones del buen amor las doctrinas, bien depuradas y asimilables, del claro pensamiento, según lo hacían los Padres y los Doctores de la Iglesia. El bien es la verdad, la más cierta y segura de todas en el orden práctico: al fin de las más hondas reflexiones sobre el sentido de la vida, después de largos y penosos rodeos, el filósofo llega al mismo punto a donde llegaron ya, sin esfuerzo ni duda, por un movimiento espontáneo del corazón, las almas buenas, las que hacen del amor y la fe su firme y única certidumbre. Pero, conforme nos advierte Fray Juan de los Angeles, «hay dos escuelas para el alma; una de piedad y otra de conocimiento, porque nuestra perfección es doble y consiste a la par en la virtud y en la ciencia. Conviene, pues, al varón evangélico seguir ambos estudios para que merced al primero se enderece al bien, por el segundo a la verdad; por el uno, arda, por el otro resplandezca y dé luz»... Dichoso quien vive en dulce y santa penumbra, confortado por las brasas ardientes de un fervoroso corazón; mas no olvidemos la necesidad de otras almas de diverso linaje, más reflexivas o ambiciosas, que sienten la noble aspiración de conocer, según la ciencia, las últimas razones de sus actos y juntar en la senda de sus vidas la lumbre de la caridad y el resplandor del entendimiento.

Ello más en un siglo falto de unidad y armonía, siglo de muchedumbres y divorcios, de profunda crisis moral, de conflictos agudos entre la vida y la razón; siglo de pugnas, destronamientos y bancarrotas, en que la triste Filosofía se ve en el duro trance de hacer oficios de tercera entre la vida sensible y los «hombres de acción», o yacer en el oscuro fondo de la conciencia solitaria, sin calor y sin luz, sin fe en lo divino ni en lo humano. Y así como la fría in-

teligencia todo lo abate y lo destruye y aún se devora a sí misma cuando le falta el suave calor del corazón, así la vida moral y religiosa flaquea y se empobrece cuando renuncia a toda filosofía, cuando pierde el aliento metafísico, el impetu aguileño de la especulación intelectual.

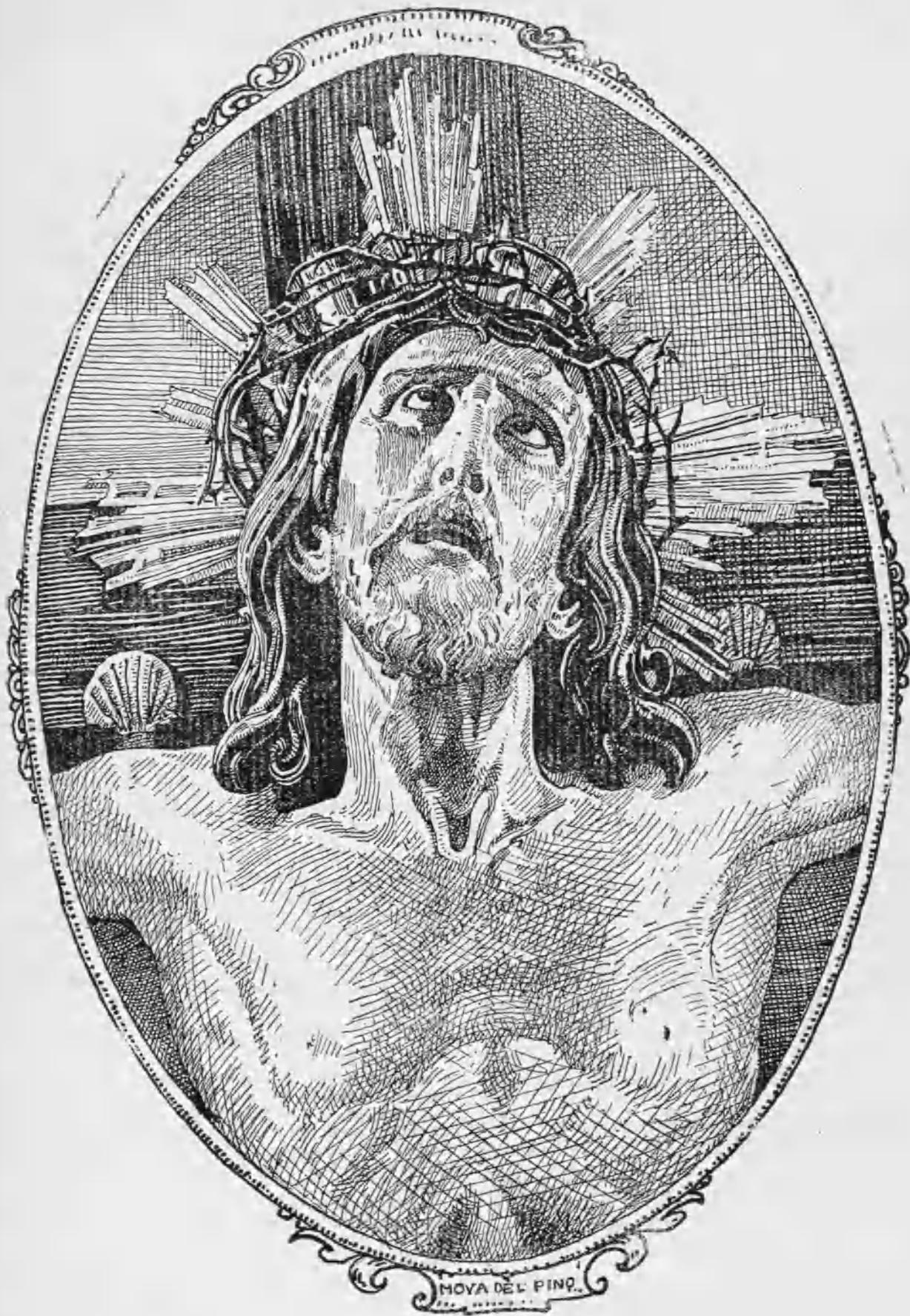
Harto lo vemos hoy y lo tocamos al comprobar con pesadumbre en todas partes la tibieza de la fe, el quebranto de las convicciones religiosas y filosóficas, el rebajamiento de la ética y, lo que es peor todavía, la falsificación y parodia con que muchos hombres fingen y ultrajan el amor divino, la sed de la ciencia y el sentido moral, cuantas virtudes nos redimen de las cosas mortales y aparentes, para elevarnos a las seguras e inmortales.

Por estas y otras razones, antes de discurrir sobre la Mística nos conviene y urge separar el oro de la escoria, mostrar algunos torpes devaneos que, con nombre de místicos, son cabalmente la negación y el simulacro de la vida espiritual. Porque en el ambiente de incertidumbre, de presunción y superchería en que yacemos, apenas hay ocioso, parlanchín o pedante que no traiga en los labios aquella altísima palabra y no la aplique a lo más impuro, bastardo y sospechoso de la vida temporal. Místico suelen decir al rebelde, al incrédulo, al melancólico y al extravagante, al apocado y simple; al boquirrubio sentimental de ojos tiernos y gemebunda voz; al mozo tímido de enfermas y delgadas razones; al poeta chirle de los versos «delicuescentes»; al filosofastro que se emboza en cábalas y tinieblas... Nunca se abusó como ahora de las palabras místico y apóstol, ¡y, precisamente, quienes más las prodigan son aquellos que renegaron de la fe!

Hoy está muy de moda el *misticismo*, —así, a la francesa—, igual entre la gente frívola y mundana que en las nuevas especulaciones de muchos filósofos y en los vagos ensueños de no pocos artistas: un misticismo heterodoxo, basado en cierta profana y misteriosa intuición de la conciencia; un espiritualismo laico y amable, con puntas y ribetes gnósticos y panteístas; bruma ideal con que quieren henchir el triste vacío de sus almas gentes sin religión, pero hartas delicadas y soñadoras para vivir a gusto en el triunfo grosero del empirismo utilitario; subjetivismo seductor, elegante, voluptuoso, como un Don Juan de la filosofía y por ende muy accesible a la sensibilidad femenil de algunos hombres de ahora... ¡Notable aberración de nuestro siglo enfermo y desventurado, hijo de la negación y de la crítica, pero cada vez más ansioso de afirmar y creer: luego de negar a Dios, se dice místico; luego de negar el alma, se declara psicólogo!

RICARDO LEON





¿Cuál es la fuente de aguas vivas que brota en Limpias, que allí acuden y vuelven a acudir las gentes en busca de ese algo que apague su sed?

Porque, aun prescindiendo del prodigioso prodigio, todo posible; aun prescindiendo de esa parte de muchedumbre ávida de curiosidad a fuerza de ocio, allí la multitud la forma esa ola que incesantemente llega ávida de contemplar, de sentir ese espectáculo tan conocido como olvidado, tan superior como despreciado. Esa verdad que sostiene al mundo: la Redención: ver a Cristo sufrir, ver a Cristo perdonar, ver a Cristo amar, ver a Cristo morir... y la humanidad siente alientos de perdón, de amor, de fortaleza, de sacrificio.

MANUSCRITOS INÉDITOS DE D. ANDRÉS MANJÓN

RECOGIDOS Y ORDENADOS POR D. RUFINO BLANCO Y SANCHEZ



Ave María

EN ESTA MANERA COMIENZA la primera carta que yo recibí de D. Andrés Manjón (1):

«Cuando vea usted este signo A. M. rece un Ave María, y yo haré lo mismo». Y como el Ave María es el título de las Escuelas populares fundadas por el benemérito sacerdote, y en ellas es además plegaria, saludo, pedote, no parece fuera de lugar que esta sección lleve por primer epígrafe las

conmovedoras palabras de la invocación angélica cuyas iniciales, por feliz casualidad, son los mismos de D. Andrés Manjón (2)

Por otra parte tampoco ha de parecer incongruente que en una revista que se titula *VOLUNTAD*, se dé a conocer lo ignorado de un hombre que para funder su magna obra no tuvo más elementos que su voluntad, siempre ajustada a la Voluntad Divina.

Las obras inéditas de D. Andrés Manjón

Las obras publicadas por D. Andrés Manjón son muchas y muy interesantes (3); pero no lo son menos ciertamente los originales hasta ahora inéditos de que el autor no ha hecho aprecio y que ofrecen sobre los impresos el encanto efusivo de la espontaneidad y los delicados atractivos de lo íntimo y confidencial.

Para recoger estos preciosos materiales no ha sido posible contar con la voluntad de su esclarecido autor. Un concepto sinceramente humilde de sí mismo le ha hecho dejar inéditos muchos trabajos de su sanísima minerva, pero como en todos ellos hay algo de lo que no puede haber en las obras hasta ahora impresas, será conveniente y, por de contado edificante, insertarlos en una publicación que, por su fin social ha de penetrar en los más sanos elementos de los pueblos hispano-americanos.

La originalidad de sus originales

Siempre es motivo de natural curiosidad saber cómo escriben sus obras los autores de más fama.

(1) Escrita en Granada el 13 de Enero de 1898.

(2) A. M. = Ave María y Andrés Manjón. El monograma del Ave María que a modo de viñeta lleva este artículo es original de un famoso grabador de letra, alcazreño, del siglo xviii llamado D. Francisco Assensio y Mejorada. El grabado tiene enlazadas en el centro las mismas letras que se leen en el contorno del medallón.

(3) La bibliografía manjoniana completa es variada y abundante. En la imposibilidad de insertarla ahora íntegra, baste la indicación de las obras principales de cada género ordenadas por la fecha de su publicación.

Cosas de antaño emprendidas ogeño. Granada, 1885.

Es la primera obra impresa de nuestro autor. En ella expone con gracia Don Andrés Manjón las costumbres, verdaderamente pintorescas, de la preceptoría de Pollentes (Santander) en que él estudió Latín y lo que era un *dómino* en el año 1854.

El pensamiento del Ave María. 1900-1916.

Consta de tres partes, en las cuales se halla la historia de las Escuelas del Ave María y la exposición de los principios pedagógicos del autor.

Derechos de los padres de familia en la instrucción y educación de sus hijos. Granada, 1902.

Es el discurso que el autor leyó en el Congreso Católico de Santiago de Compostela. En el mismo año se hicieron de esta monografía tres copiosas ediciones. Es la obra de D. Andrés Manjón de que se ha impreso mayor número de ejemplares.

El problema social y la acción del Clero. Madrid, 1908.

Discurso leído en la Asamblea de las Corporaciones católicas obreras de Granada.

Hojas del Ave María. Granada 1909.

Es una publicación mensual en varias series con distintas denominaciones (*Hojas catequísticas y pedagógicas*, *Hojas coeducadoras*, *Hojas paternales escolares*, etc.)

Las Escuelas Laicas. Barcelona, 1910.

Interesante folleto en favor de la escuela católica que tuvo gran resonancia después de los sucesos de Barcelona del año 1909.

El catecismo como asignatura céntrica. Barcelona, 1915.

Discurso del Congreso Catequístico celebrado en Valladolid.

Derecho eclesiástico general y español. Granada, 1915.

Dos tomos. Obra importantísima para la enseñanza universitaria. Es cuarta edición.

Visitas al Santísimo Sacramento. Madrid, 1915.

Obra de subido mérito ascético, enriquecida con muchas Indulgencias por todos los prelados. «Esta obra —dijo el Sr. Salvador y Barrera, obispo entonces de Madrid— es el «Kempis de la Eucaristía».

El Maestro mirando hacia dentro. Madrid, 1915.

Es obra de lectura espiritual sobre temas pedagógicos para convertir al maestro en apóstol de la fe.

Hojas evangélicas y pedagógicas. Manuscrito inédito próximo a publicarse. Granada, 1919.

A esta obra pertenece el artículo que se publica en el presente número de *VOLUNTAD*.

Nota bene. El producto de la venta de estas obras y de las que no se mencionan le dedica íntegro el autor al sostenimiento de las Escuelas del Ave María.

Don Andrés Manjón escribe con «la difícil facilidad» de que hablaba el clásico, y puede añadirse que aún escribe mejor y con mayor soltura cuando no escribe para el público.

Los originales que D. Andrés redacta para darlos a la imprenta rara vez han sido escritos con el necesario reposo y la indispensable tranquilidad de espíritu. La obra inmensa de sus Escuelas y sus obligaciones sacerdotales apenas le dejan tiempo para despachar los asuntos urgentes y, sin embargo, ha escrito muchos volúmenes aprovechando necesarias clausuras y robando sin cesar horas al sueño.

Don Andrés Manjón no usa nunca amanuense. *De manu propria* son todas las cartas que escribe y de su mano son todos los originales que para la imprenta compone.

Tacha y corrige bastante porque le interrumpen a menudo en su tarea y porque nunca le parece bien lo que hace (1); pero cuando da por terminado el trabajo, la composición es admirable por la solidez del pensamiento y por la castiza y robusta elocución.

Su letra, bastarda española, que aprendió más que de su maestro de primeras letras, de un condiscipulo del Seminario de Burgos (2), no está exenta de algún valor caligráfico y desde luego es clarísima, aunque el material escriptorio deja casi siempre un poco que desear, porque D. Andrés escribe los originales para la imprenta en la cara aprovechable de los muchos papeles usados que llegan a sus manos.

El original que reproduce el grabado adjunto se halla escrito en la parte interior de un sobre dirigido al autor por su grande amigo D. Manuel González, actual Obispo de Olimpo, y los que le acompañan, que han recibido el texto exuberante de la última obra de D. Andrés Manjón aún inédita, son cuartillas con fragmentos de cartas familiares y reversos de besalmanos, ofrecimientos de casa (uno de Doña Mónica Vitorica, viuda de Urquijo), recibos, esquelas de defunción, anuncios, cubiertas del *Boletín eclesiástico*, facturas del Banco, sobres de diversos colores y otros variados papeles que hacen equivocarse siempre a los tipógrafos en el cálculo preliminar de los pliegos de una obra.

Los primeros manuscritos manjonianos que ahora se publican

Por multitud de circunstancias fácilmente explicables, es tarea casi imposible reunir todos los manuscritos que han salido de la pluma privilegiada de D. Andrés Manjón; pero reunidos los de mayor importancia, aún queda el problema de escoger, no sólo porque son muchos, sino por lo múltiple de su interés.

Poco a poco, y según sea posible, irán saliendo algo ordenados en esta revista para edificación de sus lectores si lo hubieran menester; pero el problema para hoy está resuelto, porque a mis manos ha llegado con destino a la imprenta el interesantísimo original de la última obra de D. Andrés Manjón, terminada de escribir en Granada en el presente año.

Titúlase *Hojas evangélicas y pedagógicas*, y es en cierto modo la segunda parte de *El Maestro mirando hacia dentro*.

En ella expone y comenta D. Andrés Manjón los evangelios correspondientes a todas las fiestas de precepto del año, comenzando por el del día de la Virgen de la Anunciación, que es la Patrona de las Escuelas del Ave María, y terminando con el del día de San José de Calasanz, como santo fundador de la Escuela popular.

Los Evangelios festivos han sido comentados sapientísimamente antes de ahora desde muchos puntos de vista: desde éste de la educación nada hay todavía impreso en castellano, ni en ningún otro idioma, que yo sepa.

Del espíritu y originalidad de los comentarios que D. Andrés Manjón ha puesto al Sagrado texto, habría que hacer el debido elogio; pero mejor será transcribirlos en parte a continuación, dejando su alabanza a la discreción de los lectores.

SOBRE EL EVANGELIO DEL DÍA DE LA ANUNCIACION PATRONA DE LAS ESCUELAS DEL AVE MARIA

El Evangelio de este día está tomado del capítulo I del texto de San Lucas, que narra el Misterio de la Encarnación.

(1) En carta del 29 de Agosto de 1912 me decía literalmente: «Añí le mando 407 *Visitas a Jesús Sacramentado*. Cuando las escribí de primera intención medio me gustaron, cuando las repasé para corregirlas, no me llenaron, y hoy que las he vuelto a numerar me han dado impulsos de quemarlas por su poco o ningún valor, repeticiones, tachaduras, imperfecciones, etc., etc. Haga usted, pues, con ellas lo que mejor le parezca.»

Lo que mejor me pareció fue imprimirlas y por el mundo andan produciendo muchos bienes espirituales.

(2) De nombre Manuel Campo Salces, que escribía con facilidad la letra de Iturzaeta. Hoy es Coronel retirado, con residencia en Medina del Campo.

Es Dios quien se hace Hombre para enseñarnos a ser hombres; es Cristo hecho Maestro para enseñar y educar; es Jesús, hecho Salvador para salvar a los hombres; es la Iglesia, la Misionera del Mesías; es el Cristianismo, con todo su ser, lo que en la Encarnación se encierra, en germen, en principio, en fundamento.

Por vía de ejemplo y demostración de lo que el Evangelio encierra, hagamos esta pregunta pedagógica:

LA HUMANIDAD ¿ESTÁ CAÍDA?

Primero. Esta es una pregunta que se han hecho todos los pensadores y pedagogos serios y observadores. La humanidad ¿está sana o enferma, salió cual hoy es de las manos de Dios, o ha sido perturbada y trastornada en su fondo? Esta es la primera pregunta que debe hacerse un educador y todo pedagogo; pues para saber dirigir y educar al hombre, hay que aprender si está torcido o derecho, caído o levantado, sano o enfermo, inclinado al mal o al bien, con las facultades y sentidos sanos o enfermos.

Sagundo. La respuesta, sea afirmativa o negativa, es de suma importancia; pues si la humanidad está sana, no hay sino dejarla que siga su curso, y, a lo más, ayudarla y empujarla; pero si está enferma, hay que curarla; si está torcida, hay que enderezarla o rectificarla, y si está caída, hay que levantarla.

Hablando del hombre moral, que es el objeto principal de la educación, el hombre de la pedagogía, diremos: que, si está recto y sano, sanas y rectas serán sus acciones, pasiones e inclinaciones y no habrá que rectificarlas ni enderezarlas. Más observemos y preguntemos a los hechos.

De hecho, el hombre se siente inclinado al egoísmo y la soberbia, a la ambición y la avaricia, a la gula y los placeres de la carne; a la ira y a la venganza y crueldad, a la envidia y a la pereza.

¿Deben considerarse estas inclinaciones y pasiones como hijas de una naturaleza recta y sana o no? Si lo primero, ni el egoísmo, ni la soberbia, ni la ambición, ni la avaricia, ni la gula y embriaguez, ni la lujuria, ni la ira vengativa y cruel, ni la envidia, ni la negligencia y haraganería deben ser refrenadas ni sometidas, porque no son males, no son sino productos sanos de una naturaleza sana, desahogos naturales de una naturaleza no torcida.

Tercero. Si un Maestro abriera una escuela con este programa: «Las pasiones son siempre libres, buenas y santas, pues son naturales, y la naturaleza no está mala; aquí no se las reprende ni reprime; se las respeta, cultiva y fomenta», ¿mandaríais vuestras hijas e hijos a esta escuela?

Cuarto. Señores pedagogos, lo que no puede hacer un Maestro en la escuela ¿lo podréis vosotros elevar a sistema en un pueblo con vuestras teorías mo-

dernistas, contrarias a la caída del hombre y favorables a la disolución, que entraña el rousseísmo, y no quieren ver algunos legisladores y educadores?

Quinto. Esto quiere decir que en la vida práctica se impone el instinto, y ante el buen sentido cede el sofisma; ante la honradez y el amor de la familia no prevalecen los sistemas de los novelistas a lo Rousseau, de los *animalizadores* del hombre, y *prácticamente*, hasta los incrédulos creen que el hombre nace inclinado al mal, que está enfermo del alma *a nativitate*, y que la educación que no trata de curarle con un tratamiento pedagógico adecuado a este modo de ser, no es la verdadera clínica del alma, no es lo que debe ser.

Sexto. Y esto es precisamente lo que enseñan la Religión y educación cristiana, que el hombre está caído y hay que levantarlo, que está debilitado para la verdad y práctica del bien moral, y hay que vigorizarle y robustecerle y ayudarlo, y esa es la misión de Cristo y su Iglesia y debe ser el objeto de toda pedagogía humana, racional y cristiana.

No habiendo espacio para el desarrollo de las ideas pedagógicas que el Evangelio de la Anunciación encierra y sugiere, y en otros se irán desarrollando, indicaremos aquí algunas por vía de muestra:

1.º Creación del hombre por Dios en estado perfecto y en dicha paradisíaca, estado y dicha que perdió Adán para sí y para su descendencia, como cabeza que era de la Humanidad. Aquí el pecado original, la solidaridad humana, el origen del mal y la trasmisión por herencia, puntos importantísimos de pedagogía fundamental y trascendental, que no es lícito ignorar ni tratar a la ligera a ningún pedagogo.

2.º Relaciones pedagógicas entre Adán dignificado, Adán caído y Adán regenerado mediante la Encarnación del Verbo y sus derivaciones y aplicaciones, o lo que es lo mismo, parangón pedagógico entre el hombre que Dios hizo y el pecado afeó y el Dios hecho Hombre vino a restaurar y hermosear.

3.º Sistemas de filosofía y pedagogía inventados para explicar el mal, relacionados con el dogma del pecado original y la redención de Cristo y la pedagogía cristiana fundada en estos hechos.

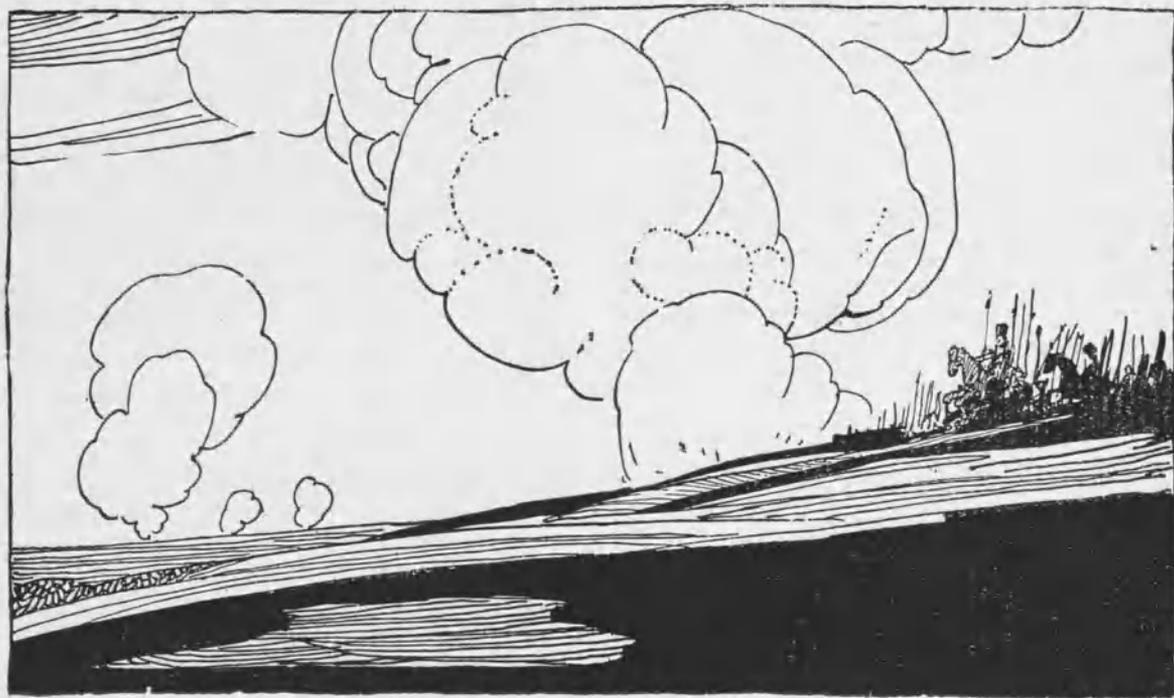
4.º Desde que la humanidad ha sido elevada a un orden sobrenatural, la educación meramente natural es inadecuada, y el maestro que esto ignora no está a la altura del cargo.

5.º Tú, Maestro cristiano, cuando medites sobre el Evangelio, observa que son Dios, María y el Ángel los que tratan de la Encarnación del Verbo para la salvación del hombre, que es también tu misión; para desempeñar la cual necesitas el amor de Dios, la obediencia, humildad y pureza de María, y el celo, vigilancia y fidelidad del Ángel.

6.º Ya ves si hay que aprender pedagogía en el Evangelio.

ANDRÉS MANJÓN





EN EL FRENTE RUSO

I

En el bosque un soldado la fogata encendía
Y en cerco, los cosacos sus miembros calentaban,
Era el corto descanso con que se regalaban
Al hundirse en la noche la nevada del día.
En su rostro y sus manos negrura se veía,
Señales del combate nocturno, que quedaban,
Placas de humo y de lodo entre las que sangraban
Golpes y alguna herida sin vendar, que se abría.
Taciturnos miraban derretirse la nieve
De sus gorras y duros capotes invernales,
Y con salto de tigre cogieron su armamento
Cuando en el hondo bosque tras el silencio breve
Las ametralladoras, cual voces infernales,
Insulto a Dios, rompían la paz del firmamento.

II

—No es tiempo aún—les dijo su oficial arrogante
Hasta la amanecida descansad, y mañana
Caeremos cual sabemos en la línea cercana
Descuartizando vivo cada enemigo infante.
—¡Hurra!—gritó la *sotnia* de cosacos triunfante;
Su voz, cual un alerta, vibró en la zona llana,
Y la fiera respuesta de la tropa germana
Su cañón la repite cercano y vigilante.
Dos cosacos entraron al ancho cobertizo,
Que con ramas escuetas en los hielos se hizo.
Donde hombres y caballos pudiéranse abrigar;
Sus piensos los caballos mascaban con delicia;
Cada hombre hizo a su potro silenciosa caricia,
Y a sus pies se sentaron los valientes del Zar.

III

Pedazos de pan negro, de tocino corteza,
 Algún terrón de azúcar, blando y ennegrecido,
 Entre el tabaco suelto, que fuera recogido
 Registrando bolsillos bajo herida cabeza,
 Del morral van sacando con hambrienta presteza
 Y en su fondo moviendo de monedas el ruido;
 Ellas son el hallazgo codiciado y habido,
 Con pillaje que mancha del triunfo la belleza.
 Otros, entre las bestias se quedan rezagados
 Y en el suelo tendidos, por la fiebre acosados
 Ven, con mirada torva, comer al compañero...
 Y en el rincón que en sombras ha dejado la tea,
 En el fondo clavada, hay sangre que gotea
 Del cuerpo adolescente de rubio prisionero.

V

Y en alto sosteniendo el reloj bello y triste
 Del cosaco la boca mellada se reía,
 Y otro repuso erguido, con brutal alegría:
 —Ante mí, compañero de alabarte, desiste.
 Mi mujer en mi estepa sedas próceres viste,
 Come en platos con orlas de verde pedrería,
 Y bebe en hondo cáliz «kumys» cuajado al día
 Que de Prusia la traje lo más rico que existe.
 Y uno joven y torvo con ojos de vidente
 Abrió su negra mano y dijo indiferente
 De un brillante mostrando el fulgente radiar:
 —De pie estaba en el foso mal herido por cierto
 Me acerqué, resistiose, de un tajo cayó muerto
 Y logré de sus dedos el anillo arrancar.

IV

Cuando llenó sus cazos el té espeso y ardiente
 Uno de los soldados así dijo con brío:
 —Volcad aquí los sacos; sabed que os desafío
 A mostrarme una prenda que valga cabalmente
 Tanto. Y el bolso abriendo levantó hasta su frente.
 Un reloj viejo imperio sobre mármol sombrío,
 Más inmóvil su horario cual de miedo y de frío,
 A contar se negaba las horas del presente.
 —Miradlo bien, es todo de plata y oro y pesa
 Cual lobo harto: estaba oculto en una mesa
 De la casa judía que la *sotnia* incendió
 En su puerta una vieja me dijo cara a cara
 Que el reloj era suyo, que su hacienda dejara...
 Y ella fué quien sus carnes en mi pica dejó.

VI

Se extingue de la tea la luz intermitente
 Y al avivarse un punto su roja llamarada
 En los hielos del muro ella finge una espada.
 Que busca al prisionero con su acero candente.
 Fluctúa, baja y sube su filo ante el yacente
 Prisionero turbando su agonía callada
 Y descendiendo ignea va a quedarse clavada
 En el pecho sangrante del rubio adolescente.
 En montón se apretaron los rusos en el suelo.
 Rendidos, silenciosos, mas con firme desvelo
 Se quedan por el frío y el ruido del cañón...
 Y sueñan que al galope y la pica en las manos
 Irán de amanecida a los fosos germanos
 Infantes ensartando los cosacos del Dón.

SOPÍA CASANOVA.



LA INFANCIA DE SANTA TERESA



A PRIMERA EVOCA-
ción que nos visita al en-
trar en Avila es la imagen
añada o juvenil de Santa
Teresa. Las primeras pá-
ginas de su «Vida» se des-
corren a nuestros ojos
mentales, envolviéndonos
en un perfume de flor de-
licada, candorosa primicia
de un apasionado misti-
cismo.

La monja vehemente e iluminada de las fundacio-
nes y de los trabajos dolorosos, la ingenua y genial
escritora, la santa, con todas sus consecuencias de
proselitismo y universalidad, esa es otra Teresa más
grande que necesitaremos seguir a través del mundo
y de los siglos. La Teresa niña, la de las inquietudes
iniciales, la flor en capullo y dos veces virgen, esta
vive siempre, igual a sí misma, en las calles de Avila.
Ella es, en efecto, la que acude a saludarnos. Y por
eso es tan pura y sugerente la noble ciudad, tan ve-
tusta, y sin embargo dotada de un prestigio tan vivo
de candor juvenil.

En balde trazan las murallas y los torreones sus
fieros rasgos marciales; la impresión varonil y gue-
rrera es impotente para contrarrestar la otra virginal y
añada que el capullo místico pone en la silenciosa
ciudad. Y sin remedio, mientras vagamos por las cal-
les, no hacemos otra cosa que reconstruir una imagen

de niña seguramente bella, noble la actitud, vivaces y
soñadores los ojos, un poco voluntarioso e impaciente
el ánimo; la cual se apodera de su dócil hermanito...

«Que era el que yo más quería, aunque a todos te-
nía gran amor y ellos a mí».

Y ya en sus pocos años se manifiesta la facultad del
mando y la virtud del proselitismo, indispensables a
toda genialidad que arrostra la carrera del fundador,
del reformador y del conductor de gentes. Su herma-
nito, blanda y suave criatura, es ese sujeto de sumisa
complicidad que suelen aprisionar las chicas vivaces
para los juegos y a veces las pequeñas trapacerías in-
fantiles. Aquí el hermanito se siente sugestionado y
preso por el encanto de la feminidad en capullo y
también por la superioridad imaginativa y ejecutante
de la hermana,

En fin, un día decide que deberían imitar las vidas
de los santos y, como ellos, morir por la gloria de
Dios.

«Y juntábame con este mi hermano a tratar qué me-
dio habría para ésto. Concertábamos irnos a tierra de
moros, pidiendo por amor de Dios para que allá nos
descabezasen, y paréceme que nos daba el Señor áni-
mo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino
que el tener padres nos parecía el mayor emba-
razo».

Pero la intención del martirio era desmesurada para
los dos encantadores proyectistas, y el intento hubo
de fracasar apenas principiado. Ahora bien, los frac-
sos dejan poca huella en aquellos dos chicos volunta-

riosos. Si no podían hacerse mártires, haríanse ermitaños.

»De que ví que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas que luego se caían, y así no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo...»

Después la santa nos contará sus otros juegos infantiles, girando todos alrededor de las cosas religiosas, puesto que en la honrada casa de su padre, en el siglo XVI y en el corazón de Castilla, la vida se limitaba a un régimen de rigor piadoso. Hasta que la niña salta el peldaño grave de la pubertad e incurre aquel espíritu abrasado, nada menos que en el pecado de la coquetería.

¡Cómo sería de inocuo aquel pecado! ¡Qué inocente coquetería la que pudiera insinuar aquel espíritu esencialmente limpio! Pero ese pecado con ser para nosotros risible, arranca a Teresa las confesiones más doloridas, los remordimientos más patéticos, y determina tal vez y de una manera providencial la vocación de la santa.

En esa edad peligrosa y decisiva toman forma los caracteres humanos; es también cuando las vidas escogen su camino. Entonces la inquieta Teresa, a hurtadillas de su madre, busca las novelas de caballerías que en ninguna casa faltaban por aquel tiempo, y sube tal vez a lo alto de los muros de la ciudad, sobre el huerto patricio, para leer más impunemente las aventuras de Amadis de Gaula.

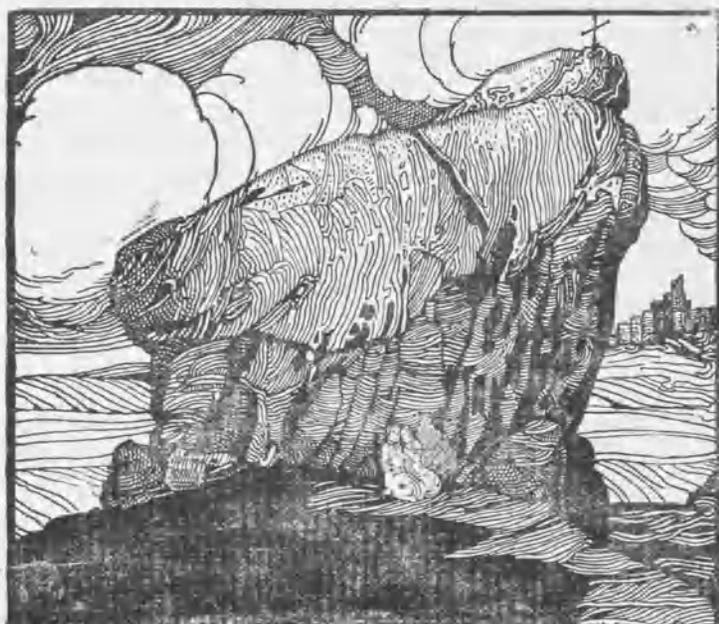
Aunque la colina en que se asienta Avila es poco elevada, produce, no obstante, una impresión de extraordinaria altura. Toda la ciudad parece montaña, y apenas subimos a un torreón nos figuramos sentir, o positivamente sentimos, la sensación de alta cum-

bre. Allí, pues, alzaba a veces Teresa los ojos de sobre el libro y dejaba huir la mirada hacia el llano remoto y la blanca sierra que cerraba el horizonte.

El alma, cuando sube a lo alto y se encara con la inmensidad, sospecha que ha recuperado el verdadero valor de cosa potencial, de matriz creadora, de ala vibrante con virtud de largo vuelo. Nada es comparable a la sensación de vahido religioso que las llanuras de Castilla causan a todo espíritu predestinado. Desde la altura se ve tenderse la inmensidad como un cielo a la inversa, tanto más sugestivo porque es tan solitario, monótono e infinito. La luz fina y clara, la atmósfera ligera, los colores difuminados, la majestad de aristocracia, y sobre todo el sereno talante, solemne y personal, de esa dimensión pajiza o azulada, son incentivos para los anhelos de marcha. Marchar, sea a la región mística o a las aventuras guerreras. Marchar... Y esta tentación de actividad errabunda se manifiesta en la Historia por el avance hacia el Mediodía de los ejércitos reconquistadores, mientras en el arte está expresada por las dos grandes creaciones de errabundez dinámica y soñadora: el Cid y Don Quijote.

Allí la niña Teresa acudiría, sobre la alta muralla, a leer escondidamente los libros de caballerías que, en efecto, su buena madre conservaba. Los episodios fantásticos de aquellas novelas, entonces a la moda, avivarían la imaginación inquieta de la adolescente. El mundo apenas entrevisto y solo vagamente sospechado, abriríase como un espectáculo de ensueño ante el asombro de la niña predestinada, y la conturbaría, en esas inefables pausas de ensimismamiento y de imprecisa contemplación que sólo conocen bien las almas que han tenido una adolescencia ávida, soñadora y muy sensible...

José M.^o SALAVERRÍA.





El ejemplo del disunto Pedroso

E AGRADARIA DISPONER DEL tiempo suficiente para escribir un tratado acerca de las revistas ilustradas. No creo que haya nadie que pueda expresar, a propósito de ellas, ideas más extraordinarias ni narrar anécdotas más interesantes. Desde luego, en América no encontraría competidor. Nunca he podido explicarme cómo pueden existir en América esas publicaciones. En los países donde no rijan monarquías, debe de ser difícilísimo dar amenidad a un número. Aun los más inexpertos, saben que la principal atracción de una revista, consiste en adornarse con numerosas fotografías de los reyes. El público aprecia mucho la variedad que hay entre un grabado que representa al rey, presidiendo una sesión de la Academia de Jurisprudencia, y otro grabado que ofrezca la imagen del mismo rey asistiendo a una junta del Consejo de Estado.

Yo amo las revistas, principalmente, por el dulce consuelo que ofrecen al mísero mortal sus planas de anuncios. La gente no parece haber detenido su atención en la fuente inagotable de optimismo que constituyen esas páginas. Leyéndolas, el hombre se encuentra bruscamente trasladado a un paraíso, donde todo mal tiene remedio, y cualquier ansia realización. El semblante del lector se ilumina, vuelve a brillar en sus ojos la suave lucecita de la esperanza... La magia de aquella descuidada literatura se adueña de él y le hace creer que vive en una edad maravillosa en que la voluntad realiza, apenas formulado, el más difícil deseo. Las planas de anuncios de la revista van dogmatizando ante él.

--¿Te duele el pecho? Nadie más que el que quiere, fallece por padecer de las vías respiratorias. ¿Cuál es tu ideal?

¿Comprar muebles baratos? He aquí muebles baratos. Te desafío a que expreses un ruego que no pueda atender. Oye una gran noticia: ya no hay calvos. Puedo decirte que una señora ofrece comunicar gratuitamente a los que sufren neurastenia, un remedio seguro. ¿Quiéres crecer ocho centímetros? Es muy fácil... ¿Deseas colocarte rápidamente? Anúnciate en estas planas...

Y así, de una manera concisa y atropellada, las páginas de anuncios de las revistas nos sugieren la ilusión de un mundo feliz, en el que nadie es calvo, en el que no hay señoritas anémicas, en el que todos tienen dos metros de estatura, y muebles baratos, y un destino a medida de su voluntad.

Todo esto es plausible y merece, ciertamente, gratitud profunda. Tenemos que lamentarnos, no obstante, de que las revistas fomentan más que ninguna otra cosa en el mundo la vanidad de los hombres.

La hiperestesia de la vanidad presenta en el individuo dos manifestaciones inconfundibles: una aguda necesidad de que le publiquen el retrato, y la irreprimible tendencia a escribir versos.

Entre los seres de la especie humana existe la costumbre de no dejar pasar, sin comentario, la aparición de cada una de las estaciones del año. Por ejemplo, el 21 de Marzo, mucha gente suele decir:

—Ya está aquí la primavera.

Los más exaltados, exclaman:

—¡Gracias a Dios que llega la primavera!

Pero la verdad es que no le dan más importancia.

Entre aquellos seres figuran, sin embargo, algunos que se apartan de esta conducta normal. Se encierran en su

estudio, meditan, luchan con el lenguaje, le arrancan de nodadamente cierto número de palabras que tienen terminaciones iguales o análogas, se imponen la tortura de que cada renglón que escriben no pasen de determinada cantidad de sílabas, y a la postre, envían a la revista unos versos que en sustancia dicen:

—Ha llegado la primavera. La primavera es encantadora. Nacen las flores y parece que los pájaros están más alegres que en el invierno.

Pese a todo, el más encarnizado cultivador de las revistas, es el hombre que quiere que publiquen su fotografía. Desde el soborno hasta la simple recomendación, no vacila en apelar a todos los procedimientos.

Yo he sido testigo de una curiosa tenacidad. No tengo la pretensión de que el caso me haya ocurrido a mí solamente; es seguro que otros podrán contar sucedidos análogos; pero no es esta una razón para que contrarie mi deseo de divulgarlo. Recuerdo que era una noche de lluvia. Acababan de dar las doce, y yo tomaba un ponche en un café céntrico de Madrid. Confieso que el ruido de la lluvia me empereza, me abstrae. Nada hay que sugiera en mí tantas imágenes interiores. Fumo, pienso y me molesta que alguien intente romper mi ensueño. Si en esos instantes tiene uno un urgente que hacer abandonado, el placer reviste entonces caracteres de inefable.

Acababan de dar las doce cuando se abrió la puerta del café. Y entró Pedroso.

Pedroso había muerto hacía tres días. Nadie puede admirarse de que a mí me extrañase un poco verle entrar.

El hombre dió una rápida ojeada a las mesas y vino hacia mí. Me contrarió aquello. Pero mientras se acercaba, tuve tiempo a pensar.

—Este Pedroso va a fastidiarme de veras. No tengo humor ni para moverme de mi asiento, y si él se acerca, no me queda más remedio que hacer lo que hace todo el mundo delante de un aparecido. Será necesario que dé un grito, que agite los brazos, que me desmaye... Desde luego no podré seguir fumando ni podré terminar el ponche...

Tuve una idea magnífica.

—Fingiré no saber su defunción.

El espectro estaba ya ante mí. Adopté un gesto amigable.

—Buenas noches, querido Pedroso. ¿Cómo le va?

Me miró un poco desconcertado. Se advirtió que cedía a la costumbre al contestar:

—Bien, muchas gracias.

Agregó con voz cavernosa:

—Vengo en busca de usted.

—Siéntese —supliqué—. Tiene usted una voz demasiado ronca. Se ve que está acatarrado. Me permito recomendarle que tome un ponche, como yo.

Iba a llamar al mozo. Me confuvo.

—No tomo ponche.

—¿Acaso un grog?

—Tampoco.

—¿Ni un café?

Suspiró con melancolía:

—¡El café ha sido mi delirio! ¡Tomaba diariamente doce cafés! Lo echo muy de menos.

—Pues bien; un café...

—Es inútil...

—¡Eh —grité al camarero—, traiga un café!

Pedroso me contempló otra vez sorprendido. Había abandonado ya el ronco tono en que se había creído en el deber de hablarme. Inquirió:

—Pero... ¿usted no sabe...?

Me miró fijamente. Yo sonreía. Gimió, ocultando su rostro entre las manos:

—¡Señor, no está enterado! ¡He perdido el viaje! ¿Cómo contarle ahora...?

—Pedroso —le dije—, comprendo que viene usted de asistir a una representación de *El obscuro dominio* y que está todo lo trastornado que cabe suponer en un hombre que viene sin gabán en una noche como esta.

Pedroso se puso en pie. Me preguntó en voz baja:

—¿Gabán? ¿Está usted loco? ¿Ha visto usted algún difunto entrar en un café con el gabán puesto?

Le vi decidido a hacer la revelación. Resolví impedirlo.

No, ciertamente. Ningún difunto se atrevería a entrar nunca en un café, fuese cual fuese su indumento.

Pareció afectarse mucho.

—¿Usted cree eso?

—Estoy seguro. He leído todos los cuentos de Hoffman y de Poe, y las narraciones de la señora Elena Blavatski. Y en ninguna de esas páginas se menciona el caso de un espectro que concurra a un café.

Se arrugó la frente de Pedroso.

—¿Supone usted que eso sería de mal gusto?

—Tengo, por lo menos, la certeza de que la gente sensata lo juzgaría severamente.

El aparecido volvió a suspirar, meditó unos instantes y comenzó a andar hacia la puerta. Ya me creía libre; pero volvió con paso decidido:

—A pesar de todo —me dijo— yo no quiero marcharme sin resolver la cuestión que aquí me trajo. Y para ello es preciso que le diga la verdad. No me juzgue usted mal, pero yo... estoy muerto.

No era posible prolongar la comedia.

—¡Querido Pedroso! —murmuré—. ¿Es cierto eso?

—Cierto es.

Busqué algunas frases adecuadas:

—¡Parece mentira! ¡Si hace una semana que le he visto sano y robusto!

—¡Así es la vida!

—Comprendo —me apresuré a añadir cortesmente— que tiene usted razones para estar indignado contra mí. ¡No haberme enterado! Pero le ofrezco a usted que mañana mismo haré una visita de pésame a su familia...

El rostro de Pedroso se serenó:

—Algo quejoso de usted estoy, en efecto, pero por causa bien distinta. Usted es director de una revista ilustrada. En esa revista hay una sección que se titula «muertos ilustres», en la que publican los retratos de todas las personas notables que fallecen... ¿Cómo no se han acordado en la redacción de mí? Cuando feneció Gutierrez, se publicó el retrato de Gutierrez. Y ¿quién era Gutierrez, válgame Dios? Un poetilla ripioso. ¿Podía compararse conmigo? Franca-mente... Yo he pensado muchas veces que cuando me muriese, mi retrato aparecería en esa sección... Era una idea que me hacía simpatizar con la tumba... Y ahora...

—Querido Pedroso —intenté disculparme—, hay mucho original... Disponemos de poco espacio...

—¡El original, el espacio!... —protestó—. Cuando se trata de un verdadero amigo..., de un hombre de mérito... Prométame usted que aparecerá en el próximo número.

Al fin cedí. Pedroso me estrechó las manos:

—¡Gracias, gracias! Me vuelvo satisfecho al sepulcro. No he salido más que para hacerle este ruego. Ya ve usted... ¡El ideal de toda mi vida!...

Quiso pagar el ponche. Me anticipé. Guardó maquinalmente, siguiendo su vieja costumbre, los terrones de azúcar que había sobre la mesa, y se fué, feliz por ser muerto y aparecer fotografiado.



EL PUDOR FEMENINO Y LA MODA



OR QUÉ LAS MODAS FEMENINAS actuales tienden a la deshonestidad? No hablamos sólo de la indumentaria, ni confundimos la deshonestidad con el desnudo. La Venus de Milo es casta en su desnudez. Lo deshonesto de las modas contemporáneas, nace de la silueta que han creado como prototipo de distinción, de los retorcimientos, de las actitudes impúdicas, de todos los detalles con que procuran cambiar el espíritu femenino, despojándolo de aquel sentimiento de rubor que siempre ha estado en razón directa de la belleza misma. Se tiene siempre por cosa frívola y superficial hablar de modas femeninas. Y, sin embargo, por las modas se modifica y trastueca el alma de las mujeres, y con ellas se cambia toda la constitución interna del hogar y de la familia, la estructura social, la vida de las naciones. Las leyes son impotentes contra las costumbres. Y por eso, es inútil poner diques legislativos a la íntima ruína y esterilidad de una nación, cuando las costumbres, es decir, las modas han esterilizado previamente el espíritu femenino.

Hay muchos elementos, en el mundo contemporáneo, a quienes interesa destruir la sociedad. ¿Cómo derruirla, sin acabar previamente con el espíritu de familia? Esas gentes —que son conocidas— profesan odio secular a las aristocracias territoriales, nacionales, y para combatirlas, para aniquilarlas, han creado una vida elegante artificiosa, que tiene por ideal el cosmopolitismo. Digámoslo con claridad: el cosmopolitismo elegante, es obra de esa tribu adinerada, a la que exaspera la existencia de las aristocracias nacionales.

Por eso, ser una mujer distinguida, bella, aristocrática, no es lo mismo que ser una mujer a la moda. Lo primero significa una selección, una diferencia, por que toda aristocracia es esencialmente diferenciación. Lo segundo es una imitación, una sumisión a los gustos sin carácter nacional, impuestos por esa tribu que no tiene vínculos territoriales.

El propósito de la tribu opulenta es acabar con los núcleos verdaderamente aristocráticos que todavía perduran en las viejas naciones europeas. Así ha ido introduciendo en el ánimo de las gentes asequibles a esas sugerencias rudimentarias, el ansia de una vida fastuosa de índole cosmopolita, en la que no quede ningún carácter nacional, ningún rasgo, ningún rastro por el que se perpetúen las diferencias territoriales, aristocráticas. Y en el espíritu blando de muchas mujeres, ha arraigado la idea cómica de que el ideal de la existencia elegante, de la selección espiritual y material, es la imitación de lo que hacen las cortesanas de París y de Viena, las actrices de Londres, las bailarinas judías de Nueva York; creen con admirable ingenuidad que la belleza y la elegancia consisten en remedar las siluetas de las bayaderas de teatro; y en resumen, imaginan que el colmo de la distinción, debe ser la vida de los pasajeros de primera en un trasatlántico.

Esta influencia cuyos efectos disolventes no amenguan

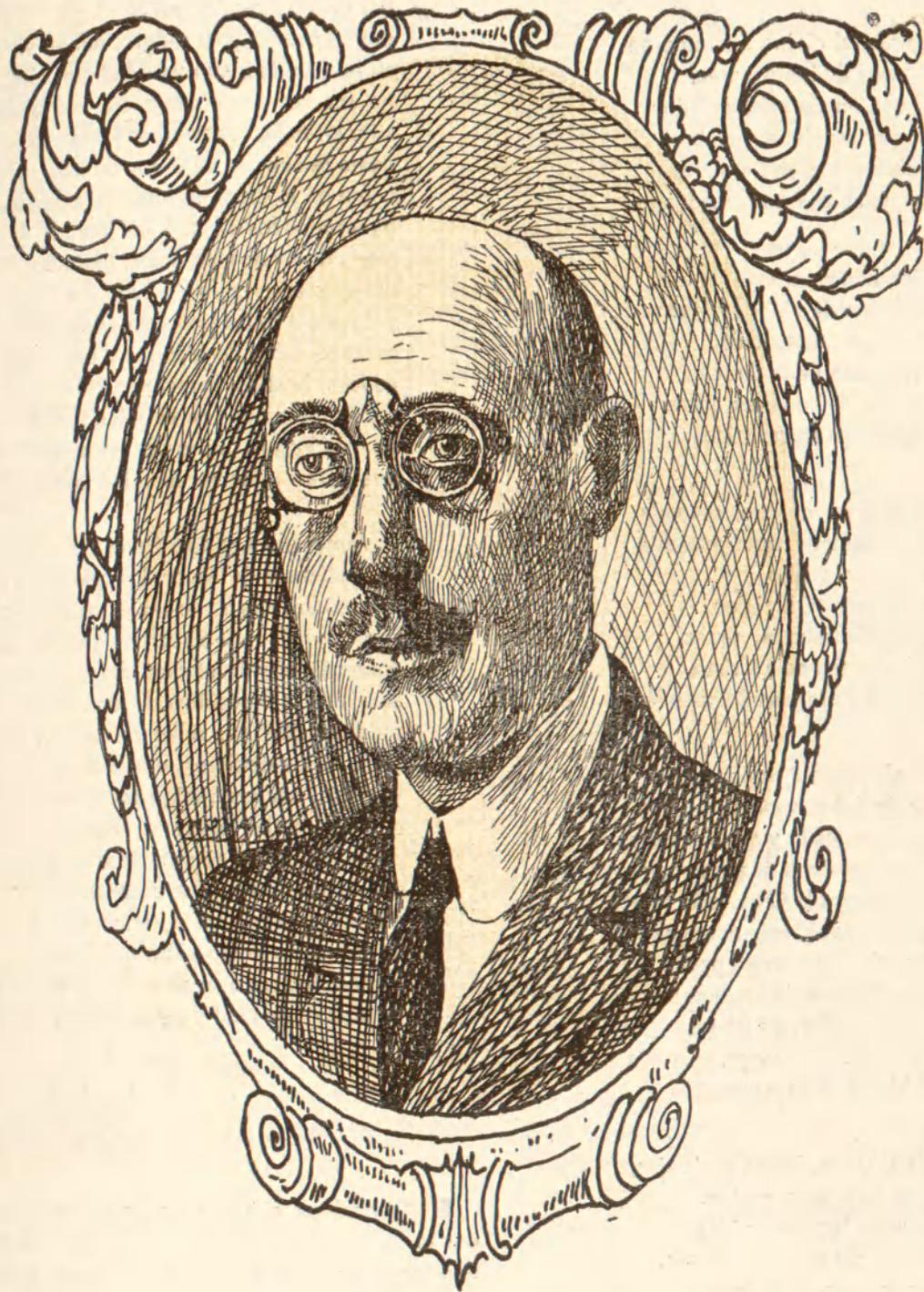
su apariencia cómica, es impotente contra las aristocracias verdaderas. Ni en las viejas familias de la nobleza francesa, británica o austriaca, ni en esa minoría de grandes señores que en Prusia ha sobrevivido a la derrota militar, hace mella el ataque sinuoso de los enemigos de las nacionalidades. Conservan sus usos y costumbres con firmeza, y acogen el espectáculo de esa vida que podría simbolizarse en la promiscuidad de los grandes hoteles, con una sonrisa de desdén. Pero la sugestión hace presa en la burguesía adinerada, que así imagina aristocratizarse por el sólo influjo de la modista, y elegantizarse mediante una simple almoneda del pudor. Cuando una de estas mujeres alcanza el honor de ser presentada a una gran dama, lo primero que la sorprende es su sencillez, la compostura de su silueta, el noble decoro que parece inspirar todas sus actitudes. Aunque la dama realmente aristocrática se produzca sin mogigatería, con familiaridad y afabilidad, hay en ella como un tácito respeto a sí misma, que la impide imitar a las coristas de los music-halls. Y esto es más difícil de improvisar que un gesto provocador, y más complicado de adquirir que una falda corta. Pasa con esta discreta señal de aristocracia, lo que con la fragancia de los vinos añejos. No es sino eso: una fragancia, un vago perfume, un aroma que el conocedor distingue entre millares de otros semejantes, y que pasa inadvertido para el rico improvisado a quien sólo interesan el taponazo y la etiqueta costosa de la botella de champán.

Esa distinción, que va unida a las aristocracias territoriales, es lo que aquella tribu —que ha podido comprarlo todo con su dinero— no ha podido adquirir. En vano inventa nuevos trajes, y sugiere formas inéditas de liquidación del rubor femenino. No es posible conciliar la elegancia con la imitación, ni se la puede expender por recetas. Se difunde el lujo, se extienden los ademanes y los gestos provocativos. Lo que es mecánico, lo material, lo que no significa un trabajo de selección ni es don divino —como la belleza. Pero esa elegancia de munición, cuya esencia íntima es la actitud consciente o inconscientemente impúdica, ni siquiera para suscitar el amor sirve. Porque quien ama a una mujer, con amor hondo, la quiere recatada y no incitadora en la vía pública.

A esta burguesía nuestra que —como la de todas partes— acoge con tanta facilidad la moda fraguada por los enemigos de todo espíritu nacional, hay que hacerle entender lo absurdo de esa imitación simiesca de lo extranjero cosmopolita, lo que hay de vulgar, de subalterno, en esa sumisión a sugerencias anónimas de gentes cuyo odio a los sentimientos de raza está visible en sus actos. Pero esta ha de ser obra de los maestros, de las familias, de los literatos y artistas, de todos cuantos contribuyen a la formación del espíritu de la mujer y no sólo de quienes hablan de la moda. Por que no es una cuestión de vestidos, sino algo más profundo lo que hay que modificar. Como nos decía un humorista, a tiempo que observábamos a una jovencita, sentada en el palco de un teatro, estirarse maquinal y vanamente las faldas:

—No es la falda, sino el pudor, lo que escasea.

JUAN PUJOL



ASAMBLEA EUCARISTICA EN SALAMANCA

Un discurso admirable de Ricardo León



ON MOTIVO DE LA gran fiesta Eucarística celebrada recientemente en Salamanca tuvo efecto un brillantísimo acto literario del que fué mantenedor el ilustre poeta y novelista D. Ricardo León y Román. La prensa diaria describió a su debido tiempo la grandeza esplendorosa de la Asam-

blea salmantina. Nuestra misión, por consiguiente, se reduce a ensalzar y aplaudir los actos verificados y a reproducir el discurso de Ricardo León que escucharon más de 5.000 personas congregadas en el monumental patio barroco de la histórica *Clerecía* y presididas por el eminentísimo Señor Cardenal Almaráz.

Publicando íntegramente la prosa y los versos que en esta fiesta inolvidable leyó Ricardo León creemos ofrecer a la delectación espiritual de nuestros lectores una de las más brillantes y armoniosas páginas del prodigioso estilista y clásico evocador de la poesía y la elocuencia de nuestro siglo de oro.

He aquí el texto íntegro del discurso:

EL SACRAMENTO DEL ALTAR

¡Canta, lengua, el divino Sacramento del altar, el Amor de los Amores, que, en sùtil apariéncia encarcelado, se nos ofrece por manjar al hambre de nuestras bocas, a la sed ardiente de eternidad que abraza nuestras almas!

¡Loa también con amorosas voces la pura Concepción de Nuestra Madre, la Santísima Virgen, concebida sin pecado, Azucena de la Gracia, vida y dulzura de los hombres, llave de los altos misterios Eucarísticos.

¡Cantemos al Amor que nos convida con su Cuerpo inmolado, aquí presente para dejarse poseer, oculto para dejarse desear! ¡Oh cielos, mundos, estrellas, criaturas, almas, ángeles, hombres: alabad a Cristo, nuestro Señor, en su inmortal Custodia!

No le bastó al eterno Apasionado hacerse carne de dolor, vestirse con la piel de la angustia y de la muerte; cargar sobre sus hombros nuestras culpas, mucho más recias que la Cruz, más torvas y agudas que los clavos, más amargas que la hiel y el vinagre; dar su pecho por blanco a las injurias de los hombres; su faz al beso del traidor, su frente a las espinas, su cerviz al yugo, su corazón al hierro de la lanza.

Sangre, polvo, sudor, llanto y ultrajes, cuerdas, aceros, salivazos, mofas, en cada afrenta, padecer mil vidas y en solo un cáliz apurar mil muertes, perdonar y morir, clavado al leño, las entrañas abiertas y los brazos para mover, para estrechar al mundo, no eran bastantes a su Amor. ¡Tenía, pues era Dios, que superar al Hombre!

Padecer y morir por quien se ama; dar honra y vida, desgarrarse el pecho para entregar el corazón, son rasgos propios del hombre cuando el hombre siente llamear el espíritu en su carne; mas hacer sempiterno el sacrificio, darse en perpetua Comunión de amores, no ya a la Humanidad, uno por uno a cada corazón, a cada boca, juntar su sangre con mi sangre, su alma con la mía, su cielo con mi tierra, nutrirme yo de la sustancia suya para vivir la vida de su Espíritu, misterio es que los ángeles entienden que sólo alcanzan a entrever los hombres cuando en las horas de profundo insomnio les abraza la ardiente calentura del más allá, la sed de lo Infinito...

Que todo es poco a la ternura, al ansia del divino Amador: así le plugo dar su cuerpo y su sangre, dar su vida, su humanidad, su eternidad con ella, no una vez sola como puede el Hombre, sino en todos los tiempos y lugares, como le cumple a Dios, toda sangrando como en la Cruz, en inmortal convite, para todos los siglos y las gentes, plena de amor y de dolor, latiendo con misterioso pulso a cada instante, presente a todas horas en la augusta muchedumbre de templos y sagrarios, cálices, hostias, corazones, lenguas, almas, prendidas en el dulce fuego de esta Pasión universal, las almas que gritan «¡Siempre!» a los que dicen «¡Nunca!»

Venid, pues, a esta Cena los hambrientos, los sedientos de Amor, los que en la Noche tendéis los brazos, los abiertos brazos como Cristo en la Cruz; los que, en tinieblas, apeteceís el sol; los que, entre hierros, sentís en los presidios de la carne pujos de libertad; vidas tronchadas como tallos de flores, ojos dulces y tristes, hechos a mirar las cosas al través de las lágrimas; deseos puros, heroicos, entrañables; frentes coronadas de espinas; corazones enfermos de belleza y hermosura, de soledad y compasión: hermanos, comed, bebed; este es el pan y el Vino de la Inmortalidad y de la Gloria.

LA CONCIENCIA TEOLÓGICA DE LA RAZA

Si hay pueblos, si hay moradas, si hay altares privilegiados en la tierra, donde con más ardor, con más holgura y familiar costumbre le place aposentarse al Rey de Reyes, ¿cuál más noble, más ancho, más hermoso que este solar español, esta ciudad insigne, esas aulas gloriosas en que brotó a torrentes la soberana luz de la Teología, el áureo sol de aquella Escuela, que, con Francisco de Vitoria, con sus ilustres discípulos Domingo de Soto y Melchor Cano, lumbreras de cátedras y concilios, bañó de nuevos resplandores todos los ámbitos de la patria, esclareciendo los más hondos problemas intelectuales, los peñados abismos del Misterio, las cumbres vertiginosas de lo Sobrenatural?

No conocí sede española, ni aun en las otras tierras de Castilla, donde palpite con tan recio pulso, al través de los siglos y los hombres, la conciencia teológica de la raza, como en la augusta metrópoli salmantina, donde con tal arraigo se manifieste la vocación de la estirpe, despreciadora de las cosas mortales, inclinada con vehemente ahinco a las eternas y absolutas; las armonías de la razón y de la fe; la entrañable pasión de la verdad; aquel fervor ontológico de nuestros mayores hecho lumbre en la mente del doctor Eximio; aquella devoción pujantísima, plena a la vez de ternura y de ardor intelectual, que desbordaba de las Universidades y los claustros, de los púlpitos y las aulas al aire libre de los campos, al coso alegre de la plaza pública, de la ciudad a la aldea, llevando tras sí a las muchedumbres con la pompa y el júbilo de las procesiones eucarísti-

cas, los autos sacramentales, las mil fiestas y regaladisimas prácticas de nuestros siglos de oro.

Tenía entonces nuestra fe la santa ingenuidad, el vigoroso candor de las edades evangélicas, la tierna sencillez, la majestad heroica de los siglos de hierro, bajo las elegancias de los clásicos; era una cosa robusta, orgánica, entrañable, sangre y espíritu en las venas y en las almas del vulgo y de los doctos, de los poetas, los artifices, para los cuales el dogma, lejos de parecer como fría, como imponente abstracción, latía a sus ojos, concreto y familiar, a la manera de las más sensibles realidades, plástico y vivo como el fruto de las más claras y luminosas intuiciones. Estaban los hombres habituados a lo inmortal y sublime sin mengua de su emoción y su grandeza, cual amorosos hijos en las rodillas del Padre omnipotente; era el milagro para ellos acción visible, incorporada al perpetuo fluir de las cosas presentes y naturales; era la vida, en suma, cuadro rotundo, consolador y prodigioso, en que el pincel retrata, con igual firmeza y valentía, lo profano y lo divino, escenas humanas y rompimientos de gloria; tal como el lienzo del cretense donde los caballeros toledanos que acompañan al conde de Orgaz ven desgarrarse el cielo sobre sus nobles y españolísticas cabezas...

¿Dónde hallar más precioso relicario de nuestras puras tradiciones teológicas que este espléndido relicario salmantino, que esta ciudad lucentísima, templo al amor de Dios y a la fe de los hombres, ciudad custodia, monumento vivo cuyas robustas y elegantes piedras, labradas como por ángeles orífices, bruñidas por los soles de la edad de oro, tienen color y morbidez de carne, de la carne encendida por las eternas lumbres del espíritu? ¿Dónde hogar ni isilustre ni blasón más alto a las glorias pretéritas de España ni a su ya abierto porvenir, que ese edificio venerable, de perenne y graciosa juventud, la Universidad insigne, en cuya purísima portada plateresca las armas de los Reyes Católicos, el águila imperial de Carlos V y la Sede Pontificia señalan las tres cumbres de nuestra historia: sus tres ideales señoríos: la cultura cristiana, la patria temporal, la patria eterna? ¿Dónde más claros espejos de nuestras virtudes intelectuales que las obras y las vidas de aquellos peregrinos doctores que infundieron su sangre nueva y generosa en los antiguos y robustos vasos de la Filosofía Escolástica, que hoy, merced a su esfuerzo, resurge y prevalece sobre los rotos alcázares de los más soberbios sistemas metafísicos?

Todo fué aquí yunque y horno de la Razón y de la Fe; todo, templo y sagrario de la Divina Majestad; nunca, desde aquel siglo XIII, lumbre y corona de siglos, desde los días del Doctor iluminado y el Doctor Angélico, se preocuparon los hombres con tan aguda lucidez, con tan heroico brío intelectual por el estudio de las verdades supremas —las únicas que al cabo nos importan—, por hundir sus mentes en los abismos insondables de Dios como en la edad y en la patria de aquellos héroes divinos, los Vitorias, los Suárez y los Canos, los Sotos, los Bañez, los Medinas, varones de muchas y poderosas almas, luz de concilios y de príncipes, terror de herejes y sofistas, glorias perennes y familiares al claustro de San Esteban o a las Escuelas Mayores de esta inmortal Atenas española. Ellos trazaron con su firme pulso, con su genial intuición las relaciones y los límites de ambas realidades; la naturaleza y el espíritu; ellos agotaron las fuentes del puro conocer, con una noble confianza en los derechos de la razón del hombre, sin endiosarla en mengua del sentido común y de la fe ni renegar de sus clarísimas virtudes; ellos pusieron en su punto las cuestiones más complejas y trascendenta-

les golpeando a la vez con sus martillos de oro a nominalistas y herejes, y luego de ahondar en los misterios de la esencia de Dios, corroborando almas y bríos con el pan de los ángeles, restablecieron el imperio de la enciclopedia filosófica y cristiana, dilatándola por los dominios de la crítica, la psicología, la ética y el derecho, la experimentación, los horizontes filológicos, hasta convertir la Teología en una acrópolis formidable, en una Summa del saber humano, en una ciencia universal que a no ser de Dios sería española y salmantina. Señores del pensamiento y la palabra, Maestros de luz y de armonía; aquellos varones florentísimos concertaron al modo de los artifices platerescos los ímpetus medioevales con las nuevas orientaciones de la Edad moderna, vistiendo con airoas togas, con la elegancia y el primor de las letras humanas, grave austeridad de las divinas, reconciliando, en fin, conforme al genio cristiano y español castizo, lo natural y lo sobrenatural, el hombre y el mundo, la especulación y la acción, cuyo divorcio constituye la más honda tragedia espiritual de nuestro tiempo.

LA NATURALEZA Y EL ALMA

En las primeras edades el hombre se confunde con la naturaleza exterior. A los hombres flacos y a los pueblos niños les basta y les sobra con el mundo visible, que, en apariencia, tan grande y espacioso, tan bello y deleitable se les ofrece. Inclínanse con ardor a la naturaleza, la imitan y retratan; ceban los sentidos en sus lozanas y garridas formas, en los alegres y rutilantes colores, en los sonidos armoniosos; bastan a su placer las delicias de la carne; el sabroso manjar, el blando sueño; la risa de la luz y de las aguas... El placer de la acción, el libre desarrollo de las fuerzas elementales, la energía de vivir, colman el pensamiento y el deseo. Unidos con firme solidez el hombre y la tierra se conforman y estimulan a la par. El alma espiritualiza el medio, le atribuye un orden, una claridad, una ley provisionales; los impulsos conscientes se cuajan en representaciones plásticas, en vivas formas, en graciosos mitos. La verdad y la belleza se unen también: la hermosura, la novedad del mundo seducen al hombre, como la hermosura de la mujer, y atan su entendimiento al fresco goce de los sentidos...

Mas, poco a poco, la dulce, la ciega infancia, la trivial y dichosa juventud, llegan a punto de reflexiva madurez; del fondo de la vida humana surge un anhelo de independencia y libertad; el mundo interior se alza imperioso reclamando sus derechos; sobre los goces de la pura actividad se proyectan las sombras del destino, del dolor y la muerte; nacen así la reflexión aguda, el «por qué» angustioso, la metafísica, la moral; se abre la conciencia como un tajo sombrío, lleno de oscuros problemas, de formidables contradicciones. Cambia la visión del mundo, el aspecto de las cosas; la antigua vida infantil, encadenada al medio ambiente, se torna en grave y enérgica sazón, henchida de ansias nuevas, de altas preocupaciones y de inquietudes mentales.

Todavía, por algún tiempo, dura la paz entre la naturaleza y el alma, pero llega un instante al fin en que el equilibrio se rompe, en que la vida interior y la exterior chocan y pugnan, en que el sujeto, libre y dueño de sí, consciente de su íntima superioridad, se yergue con aires de señor enfrente del objeto, el hombre y el mundo se oponen y se apartan como dos implacables enemigos.

A esta ruptura trágica, pero fatal, imprescindible, urgente, condición de la vida espiritual y del progreso, añadió el